

Estímulos y duendes Capítulos 1-4

L. Serrot



Capítulo 1



Jealousy, turning saints into the sea

Swimming through sick lullabies

Choking on your alibis

But it's just the price I pay

Destiny is calling me

Open up my eager eyes

'Cause I'm Mr. Brightside

Mr. Brightside - The Killers

Capítulo 1. Momentos rebeldes y gatas post-humanas

1

¿Sabes esos momentos en que no tienes ni la más remota idea de cómo has llegado a parar a una situación en que eres el protagonista de algo tremendamente raro que sólo puede llevar a que te salga una cabeza de duende, o, al menos, a la muerte? Este era uno de esos momentos.

Pero este, por lo que sea, no paraba de durar, y no parecía querer ceder su calidad mental de momento por mucho tiempo que pasara.

La discoteca estaba saturada de luces y sonidos. Las personas se agolpaban sudorosas, bailando al ritmo de la atronadora música de rock electrónico.

El ácido mantenía las pulsaciones de Kainer a un nivel aceleradísimo y estaba a punto de rasgarse la camisa del calor que sentía.

Necesito salir afuera ya o me voy a desmayar, pensó.

Se disponía a la salida del local cuando una joven bastante atractiva le agarró de la muñeca. Sin poder reaccionar, y como llevado por un influjo inevitable se dejó guiar.

Esta, vestía de un negro alquitrán, que le rodeaba el cuerpo en líneas siniestras y misteriosas. Enseñando carne de manera esquinada y sutil.

Kainer no podía dejar de mirar el tatuaje púrpura que le nacía de la muñeca y le llegaba hasta el cuello. Tres estrellas de nueve puntas se

fusionaban para generar una extraña flor en el nacimiento del tatuaje.

Esta, miró ferozmente a Kainer y le dijo:

-¿Te gusta mi tatuaje? No lo mires mucho, a ver si te va a morder -una dentadura nívea asomaba a su cara de rasgos ovalados-. Cuando me lo hicieron, me dijeron que no mirara. Me contaron que hay una leyenda que dice que el que lo tatuó por primera vez, se desmayó al acabar, y despertó a los dieciocho años en un hospital. La enfermera lo encontró degollado con un trozo de espejo y en este, pintado el tatuaje con sangre.

La gente le cedía el paso sin darse cuenta. Se contoneaba con desparpajo y elegancia. Pero nadie le miraba. No le importaba, o bien, no se daba cuenta.

Los sonidos eléctricos de las guitarras y los tambores de la batería se solapaban con furia.

Guiaba a Kainer hasta el baño de mujeres.

Con un fuerte golpe abrió una de las cabinas y le sentó en la tapa del váter, que estaba sospechosamente empolvada. Inmediatamente después, se sentó con ansia en sus piernas mirando hacia él.

La mezcla aprisionadora de olores dulzones y ácidos, las pegatinas con proclamas crípticas y formas sibilinas, junto con la masa pegajosa que le mantenía los pies en el sitio y la actitud de la chica, hermetizaban totalmente.

-¿Qué pasa contigo, guapetón? -dijo la joven, que respiraba acusadamente y tenía la cara hecha un gurrúño de pintalabios y línea de

ojos. Los pechos escotados le subían y bajaban como con vida propia a medida que se apretaba contra mí-. ¿No te enteras de cuando una chica tiene ganas de follar y muy poco tiempo para satisfacer la necesidad?

-Sss...Eeh..es que estoy un poco mareado. Necesitaría tomar pr-primero un poco el aire -replicó Kainer sin apenas aliento.

Sin mediar palabra, se desabrochó el vestido y se sacó atropelladamente un pecho.

El genital brotó como una fruta madura. Tenía el pezón erizado, rodeado por una simétrica aureola de una tonalidad rosácea.

Era verdaderamente apetecible.

-¿De verdad no te quieres comer esto? -dijo-. Sus ojos miel brillaban con una lascivia descarada mientras se mordía el labio y miraba a sus bondades y después a mí-.

El olor de su cuerpo era embelesador. Su sudor se mezclaba con el aroma de la canela y la rosa y parecía concentrarse en su busto.

No sabía de dónde salía el impulso, pero Kainer no pudo evitar agarrarle el pecho con las dos manos y lamérselo violentamente.

Para cuando quiso darse cuenta, ya estaba dentro de ella. El sonido de los golpes de sus muslos y de la cada vez mayor humedad de su sexo le mantenían en un enloquecido tren del deseo.

El inesperado disfrute no duró mucho.

Una inevitable debacle se iba formando como una coctelera dentro de Kainer.

Se echó fuertemente hacia atrás para tomar aire, pero eso sólo sirvió para dispersar la poca sangre que le llegaba al cerebro.

Un fuerte retortijón surgió de su vientre, y al punto, una masa ácida y caliente asomó de su boca, yendo a parar al cuello de la chica.

Sus generosos pechos, embadurnados de vómito sobre el vestido ajustado a medio bajar, asemejaban un nauseabundo helado de dos bolas.

-Ohh...Aaahh...¿pero qué coño? –espetó la chica. Los fuertes gemidos se vieron cortados súbitamente por una fuerte reacción de asco y aprensión-: ¡Suéltame pedazo de mierda! ¡Joder, qué puto asco!

La chica no paraba de soltar imprecaciones y espumarajos por la boca cuando el tatuaje de su brazo comenzó a destellar con fuerza.

La cabina del baño comenzó a vibrar mientras una especie de sumidero surgido del tatuaje fue atrayendo a todo lo que estaba dentro de la misma.

La masa informe que era ahora el cuerpo de la chica, estaba casi completamente dentro del agujero, cuando su palpitante ojo amarillo terminó de arrastrar la cabeza de Kainer adentro.

Se hizo un borrado en blanco.

2

Kainer despertó en una gran avenida flanqueada por dos líneas de árboles cobrizos, parecidos a hayas.

A unos pocos metros de él se encontraba una gata negra de gran tamaño.

Sus dos enormes ojos miel relucían a la luz del alba y tenía un tatuaje púrpura que le iba de la frente al final de la cola.

Kainer estaba muy alterado, aunque una curiosidad incuestionable salía de él sin esfuerzo; además, ya no sentía náuseas ni los efectos del estupefaciente: parecía haber salido de un sueño profundamente reparador.

La calle de adoquines resquebrajados se fundía perfectamente con las intenciones de la gata: "Estás en tu casa" parecía decirle, mientras esta comenzaba la marcha.

Las hojas de las imponentes hayas volaban a su alrededor, pero ni una sola se posaba en el pavimento.

De vez en cuando miraba hacia atrás para cerciorarse de que Kainer le seguía. Pero de una manera desapegada, como echando un ojo a la estela que dejaba tras su paso.

Por un momento Kainer se desvió un poco del trayecto para ver más allá del enorme borde de árboles. Encontró un enorme abismo con incontables

islas suspendidas.

Se dio la vuelta y enfrentó de sopetón a la gata delante de él levitando. Del susto estuvo a punto de precipitarse, pero su cola le sostuvo en el último momento.

-Ahí no encontraras la salida -dijo la gata, que como si nada volvió al suelo y se puso de vuelta a su destino andando sobre sus cuatro patas.

Su voz era parecida a la de la chica de la discoteca que se perdió en el sumidero; amén de sus ojos y tatuaje, pero tenía un tono extrañamente solemne.

Su cola extensible iba lentamente volviendo a su tamaño inicial yendo del segundo cuarto al último de un reloj imaginario.

Anduvo tras ella por lo que parecieron varias horas hasta que esta, de repente, se frenó en seco.

Ya era bien entrada la noche, y, a falta de algunas estrellas en ese extraño lugar, sólo brillaban sus ojos y tatuaje.

La felina empezó a hablar tras unos segundos que se le hicieron larguísimos a Kainer.

-¿Entiendes porqué estamos aquí? -dijo, aburrida.

-Lo entiendo lo suficiente como para no haber flipado al momento de despertar aquí y haberme liado a guantazos con mi cara -dijo Kainer. Demasiado tranquilo a decir verdad y sin cansancio aparente tras la

caminata-.

>>La perspectiva en la que una gata empieza a hablar y me doy cuenta de que me salva, con su cola, de no caer rebotando entre una ensalada de islas flotantes, me hace pensar a su vez, que, o bien, entiendo algo muy chungo que explique todo esto y por lo que sea no consigo hacerlo consciente, o bien, se me está cociendo la cabeza en una cuneta y estoy alucinando fuertemente.

Una enorme isla pasó volando por encima de sus cabezas.

-Por cierto -prosiguió-, no sé si me veo en la obligación de no saberlo, o es que no tengo ni la menor necesidad de saber qué o quién eres.

La gata no pareció inmutarse de la última parte de su discurso.

-Estás pasando por un puente entre realidades -terció, tras lamerse una pata y cepillarse la frente-. Pero esta no es una realidad cualquiera. Al igual que a la que te diriges. Puedes considerarla como una realidad auxiliar.

-¿Una realidad auxiliar? -dijo Kainer, mientras la extrañeza iba ganándole el juego.

-Sí, es una realidad que fue generada para resolver algo -dijo la gata.

-¿Y no será que todo es una película que me estoy creyendo producto del LSD? -inquirió Kainer.

-Una película con mucho que contar -replicó la gata, aproximándose un poco hacia Kainer-. Ven aquí, tienes que saltar.

-¿Saltar?, ni de coña -dijo este, con bastante firmeza-. Acepto gato parlante como animal de compañía, pero no un salto al vacío.

-Si no saltas, te quedarás aquí para siempre. ¿Es eso lo que quieres? -dijo la gata. Por un momento le pareció ver a Kainer una línea de expresión ascendente, como de cuestionamiento, surgir de su ojo izquierdo-.

Llamaradas de fuego fatuo serpenteaban su tatuaje.

-Probablemente no te ocurra nada, pero la alternativa... -continuó.

Se quedó mirándole inquisitivamente un tiempo. Las hojas se arremolinaban alrededor suya.

-Vale, vale -dijo Kainer, resignado.

-Tómalo como un salto de fe. No tienes ya nada que perder Kainer -dijo la gata misteriosamente-.

¿Cómo qu...? -le salió decir-. De repente, se tropezó sospechosamente con uno de los adoquines y el trastaballo le llevó de bruces a la caída libre.

'Buen viaje. Nos volveremos a ver...Espero', fue lo que logró oír a la gata, mientras se aferraba a la consciencia.

Capítulo 2. Si el fuego te devuelve la mirada, que lo hará...

1

Aterrizó en un campo baldío. El día ya iba quedándose sin luz.

Estaba lleno de gente con túnicas oscuras que miraba atentamente a un hombre subido a una gran tarima de madera. Un enorme halcón se posaba en su cabeza, como un estridente sombrero de taxidermista.

Notó una resistencia interna debido al cambio de presión, luz y temperatura. Por un momento pensó que se estaba enfrentando a los efectos postreros del alucinógeno, pero fue recomponiéndose a medida que su vista iba ganando enfoque.

Hacía un calor infernal y los presentes despedían un olor fuerte a sudor y azufre.

Una ligera calima se abría paso.

Árboles desnudos, que se alzaban como manos carbonizadas en deseo al cielo, enmarcaban, junto con una cerca de dólmenes y sotobosque marchito, una pradera sedienta con un presente que distaba mucho de lo que pudiera haber sido su lustre primordial.

El hombre, que se encontraba en un púlpito, abrió un desastrado pergamino y comenzó a hablar.

-No deis la espalda a vuestro camino interior aunque el calor sea agotador y transforme vuestra carne: aunque cambie lo que pensabais de vosotros mismos y vuestra relación con los demás. En el interior mora la delicada piel en que os enfundaréis en vuestra renovado y eterno comienzo - fuertes toses seguían su habla.

Tenía la cara y los brazos hinchados por la viruela y al rascarse le supuraban las pústulas; bajo el reflejo del sol parecía resina manando de un anciano árbol.

De pronto, el ave rapaz bajó a su hombro y comenzó a picotear una buba hinchadísima de su mejilla. El viejo se mantuvo estoicamente en silencio, pero se podía ver cómo hacía fuerza para contener el dolor al apretar los puños. La sangre con coloraciones blancas y amarillas le fluía vivamente bajo el torso. Mientras, se iba generando un pequeño pandemónium de plegarias.

`Aaarrgghh...¡Sí! ¡El profeta no desestima el dolor!' decía uno. `¡El dolor se convierte en dicha si nos bañamos en él!' se podía oír a otro. Rápidas retahílas de aforismos recalcitrantes surgían, pero su contenido vacío, que sólo ganaba fuerza por la intencionalidad del grupo, los hacía indistintos.

-Todo proceso que en esta vida vale la pena pasa por el reconocimiento del dolor. <<La distorsión se encuentra cuando negamos el fuego>> -dijo

el hombre.

-i<<La distorsión se encuentra cuando negamos el fuego>>! -gritaron al unísono los congregados.

¿Dónde diablos me he metido?; ¿en qué año estoy?: es como una versión mala de un videojuego indie de terror, pensó Kainer.

Un joven tísico, que parecía haber cedido unos cuantos años de vida por una causa extenuante, la cual, al juzgar por sus ojos perdidos, no parecía tener muy en mente, abordó a Kainer de pronto.

-iEh, hermano!, ¿dónde tienes tu hábito? -inquirió-. Ya sabes que no podemos cantarle nanas a la llama si no vamos todos con él. La uniformidad en todas las formas.

Sus dientes estaban torcidos de toda suerte imaginable y tenía los secos labios agrietados y llenos de llagas y úlceras. Abrir la boca parecía costarle un mundo. Sospechosas manchas reseca se ganaban un hueco en su vestimenta.

-Ehmmm...eh...claro -repuso Kainer, mientras miraba de reojo por si alguno más se acercaba. Este debe ser el que cobra las entradas, pensó con sarcasmo, para intentar tranquilizarse-. Lo que ocurre hermano, es que una gata muy traviesa me lo ha robado y necesitaría uno nuevo, y, la verdad, es que he perdido la lista de tarjetas y entre ellas la de nuestro queridísimo sastre. ¿Serías tan amable de darme su dirección?

Tras sacarse un moco mirando a nadie a lo lejos respondió:

-No entiendo porqué pareces tan poco agotado, pero los recuerdos de Verwoist me dicen que en el fondo estás explotando de ansia. Me

recuerdas un poco a él... -dijo el desahuciado. Una desagradable sonrisa le surgía a expensas de la armonía interior Kainer-.

-Sí...Verwoist -murmuré. La ansiedad iba inflando mi tripa con ardores punzantes-. ¿Y-y qué te ha dicho Verwoist concretamente?

-¡Claro! No estuviste cuando nos comimos la cabeza de Verwy. Has debido venir de la congregación de Merister, ¿no es así? -dijo el joven. De pronto su lengua hizo un barrido por su boca-.

Los sectarios parecían seguir la misa como si nada, aunque la conversación estuviera llevándolos de a poco al centro de la muchedumbre.

El calor y el olor mareaban a Kainer seriamente. Fue incapaz de responder en el momento: estaba en pleno procesamiento del miedo que se apoderaba de su garganta a razón del cariz que iba cobrando el suceso.

Los dólmenes acunaban la voz del viejo y le daban resonancia.

-Será por eso que no saboreaste sus recuerdos... -dijo el joven-. ¿Allí en Merister no hacéis lo mismo, verdad? Nosotros nos dimos cuenta hace unos años que, como algunos gusanos, podemos retener los recuerdos y epifanías de nuestros compañeros al comernos sus cabezas, ¡je!. Conocimiento brindado por nuestro queridísimo profeta que habla con todos los seres.

Varios mechones de su largo cabello ceniciento se repartían por el cuello de su ropaje.

-Así las cosas -continuó-, Verwy nos habló de un extraño misionario que vendría del sur. El cual estaría siguiendo las migajas del pasillo entre

realidades. Sí...eres tú. Vamos a necesitar tu ansia.

-N-no sé de qué me hablas amigo -dije, intentando encarcelar por todos los medios mi terror-. Creo que lo mejor será que vaya a por un hábito y vuelva lo antes posible para aclarar las cosas.

-¿Vas a perderte la nana a la llama? -inquirió-. No renuncies a mirar.

-Para nada -dije-. Como te digo, y siguiendo tu sentido común, considero que no...no haría honor a-a la llama si no voy vestido apropiadamente.

-Déjale Oirt -pronunció de pronto el profeta. Todos los presentes dirigieron al punto la mirada hacia nosotros-.

El sol estaba cayendo y un fuerte contraluz hacia del profeta un extraño eclipse.

Kainer no se había fijado anteriormente, pero ahora caía en la cuenta de que no había parado de interiorizar sus palabras. Podía percibir aún su zumbido.

De la misma forma, sabía ahora sin duda alguna que llevaba un tiempo sobrevolándolos al joven y a él una sombra. Esa sombra por supuesto era el ave del viejo.

Una pluma sanguinolenta se aposentó en el dorso de su mano. Pegó tal respingo que casi se tropieza con una roca.

-El momento llegará Kainer -terció el profeta, que entrelazaba las dos manos-. En uno, tres, como mucho nueve soles. Llegará. El dolor se tiene

que acomodar a la carne, no al revés. La suya está aún tierna hermanos. No sufráis, más dejarle ir.

‘No podrás cerrar la boca por mucho tiempo sanguinario’, escuché en mi cabeza. ‘Habrás de decir las palabras que ahora no quieres ver. Señalar las heridas que ahora crees no tener. Vomitar la sangre vieja que ya pereció. Bajo el ansia. Entre el fuego’.

Oirt, el joven enfermizo, estaba mirando a Kainer de hito en hito. Tenía una de sus manos agarrándose el labio inferior; a diferencia de uñas tenía costras. Si es algún tipo de mensaje, no lo capto, pensó Kainer. Sus pupilas dilatadas estaban tan secas que apenas reflejaban la luz. Cientos de venas rojizas buscaban con afán llegar al iris. A un azul muerto.

A su vez, el resto de presentes se posicionaban hacia Kainer, pero todos ellos llevaban la capucha bien calada. Algo de alivio para este entre la asfixia que le aferraba.

Sin mediar palabra Kainer comenzó a andar hacia atrás. Al poco, se aventuró a hacer un giro completo de su cuerpo. Quizás haya girado con demasiada brusquedad al final, pensó Kainer.

Una decena de encapuchados con los hombros de cuero tachonado con punzones salieron del embotamiento y se dirigieron a los cuatro dólmenes principales de la estructura.

A medida que caía el sol lacerante a su indeseada noche, llamas rugientes surgían de grandes antorchas.

Ahora sí. Las caras de ángulos caprichosos y sonrisas caídas se iban contorneando al amparo del ardiente.

El interior de la mente de Kainer era un témpano provisional. Notaba como si su lengua fuese un calcetín de esparto.

Pero no hicieron nada. Simplemente se quedaron ahí. Mirándole. Con sus apollilladas mentes encendidas.

Empezó a alejarse contando sus pasos. Necesitaba la afirmación mental de que estaba poniendo tierra de por medio de esos desquiciados. Los sonidos de la arena le marcaban el tempo. Uno, dos, tres...nueve. Al noveno paso un viscoso crujido bajo su pie izquierdo anunció olas negras. Su protección psíquica provisional se abrió.

La ominosidad clavó sus zarpas.

Lo que acababa de pisar era una calavera. No le quedaba un ápice de cerebro, pero mantenía trozos de carne ahí y allá. Una ristra de gusanos verdes salían de la parte de la mandíbula que había recibido el grueso de su pisada, confundándose con la flácida lengua. No encontraba rastro del resto del cuerpo.

No pensaba nada, no sentía nada. El terror que se abría paso por todos sus poros era un ente ajeno. Mutante. Salió volando. Fue a buscar su lugar entre el nido de víboras a su espalda, que expresaban la catarsis a través de terribles risas. Malévolas e implorantes.

‘¿Te ha comido la lengua el gato?’ espetó el profeta a lo lejos. ‘¿Dónde te has dejado las bromas?. Lo que vivirás será mas real que el olor de la sangre’.

Kainer desconocía de dónde sacó el tesón, pero se puso en marcha y se

alejó de ese rincón de locura.

Lo que no sabía es que, eso, sólo era la carta de presentación.

2

Caminó durante horas por el bosque colindante al lugar de la misa macabra.

Se encontraba de lleno en la madrugada de un cielo de estrellas rasgado por las ramas de chopos perfectamente alineados cuando un búho salió despedido a lo alto, hacia la acaparadora luna llena de reflejos azulados.

Nunca imaginaría que fuese a echar tanto de menos a esa maldita gata, pensó Kainer.

Juzgaba el paso del tiempo en función del sol, ya que sus pertenencias tecnológicas se debieron perder en algún momento entre el maremágnum de estímulos.

El frío se hacía cada vez más presente. Tenía la ropa llena de polvo y el instinto de supervivencia se había aligerado lo suficiente para que la necesidad de comida y agua estuvieran cada vez más presentes. Al igual que la fatiga, y el sueño, que pedía su entrada en el mundo de Morfeo cerrando sus ojos con legañas de arena y deshidratación.

Delante de él se encontraban unas caballerizas, y al lado, un establo. A unas decenas de metros, divisó una hacienda.

Había un espantajo del que brotaba un manojó de paja del lateral de la

cabeza. Un par de cuervos salieron en desbandada.

Se aseguró de que no hubiera ninguna luz encendida y se dirigió a hurtadillas al establo, pasando entre un campo de hierba alta.

Por suerte, la puerta estaba entreabierta y para mayor goce, localizó un cubilete con algo de leche. Bebió el contenido de una sentada. La leche fluía por sus entrañas, formando un ligero pastiche con la sequedad de su boca. La primera experiencia positiva en este sitio, pensó.

Entró en el establo. A izquierda y derecha tenía algunas vacas dormitando en estrechos recintos. Se percató de que una de ellas estaba rodeada por tres terneros que se apretaban contra ella. Pero había algo raro. Uno de ellos tenía una larga cola negra. Muy tupida, sobresalía claramente.

No quiso darle importancia. Al fin y al cabo, estoy, bien imaginándomelo todo, o en una realidad desconocida, donde a saber qué cosas pueden darse, pensó.

Al final del lugar había un generoso pajar de heno. En estas circunstancias es hasta apetecible, pensó. Se tumbó lo mas ergonómicamente posible y cayó rendido.

3

Le despertó un lametón vacuno a la tarde del día siguiente. Delante de él, una niña con graciosos tirabuzones y un tanto peripuesta, se desternillaba al mirarle. Mientras, comenzaba a comerse una manzana.

Parece la reencarnación de Shirley Temple en aquella película que me ponía mamá de pequeño: 'Ricitos de oro', pensó Kainer.

Se estaba recreando tanto, que se le cayó la manzana. Uno de los terneros apareció como un proyectil y la engulló. La pequeña no se lo tomó nada bien:

-¡Noo Freddy! ¡Era la última que me quedaba! -espetó. El enorme lazo rojo que llevaba en su cabeza no paraba de contonearse-. Ahora tendré que desviarme y pasar por el manzano... Con la prisa que tengo por llegar a Merister con la tía Ann. Hoy es domingo de despertar. Además tu mamá querrá que tengas hambre para su lechecita, has tenido tan pocos hermanos que debe sentirse muy sola.

El ternero de extraña cola no dejaba verse por ningún lado.

-¡Oh, hola! Perdona que no me haya presentado. Me llamo Ezila. Tengo nueve años. ¡Me hace mucha gracia como vas vestido!

-H-Hola Ezila. Yo soy... John -Fue el único nombre que se le ocurrió en el momento. Era el nombre de su hermano-.

Je...jejeje, sí, lo compré en una tienda de disfraces en, eeh, Merister.

-Encantada John... uhmm ¡ese nombre me hace sentir bien! -quedó obnubilada un tiempo-. ¿En Merister? Llevo yendo toda mi vida y nunca he oído hablar de una tienda de disfraces, qué raro... ¡Y mira que a mí me gustan los disfraces!-se puso a dar saltos.

Lleva un vestido muy bonito, a decir verdad, pensó Kainer. Era de satén, con imaginativos encajes y volantes. Una de esas prendas que hacían parecer más mayores a las niñas del siglo diecinueve. Estaba dejándose los botines y la falda perdidos de barro.

-Está en un lugar un poco escondido -dijo Kainer, con poca seguridad. La chica parece bastante avispada, tengo que andar con pies de plomo, pensó este-. Sé donde está porque es de un amigo mío. La abrió recientemente. L-Lo único, que me lo mandó por correspondencia y aún no sé cómo llegar a Merister desde aquí. ¿Podrías decirme cómo llegar?

-¡Claro! Puedes venir conmigo, ¡y así me enseñas la tienda! ¿Oye, qué haces durmiendo en mi establo? Es muy incómodo. Yo probé echarme una siesta hace unos días con Freddy, pero no lo conseguí.

-Pues verás, perdí a mis acompañantes ayer por la noche a unas cuantas horas de aquí -repuso Kainer, dando un vistazo al lugar-. Lo malo es que fueron interceptados por un grupo de bandidos. No pude ver demasiado, estaba...haciendo pis a cierta distancia y conseguí escabullirme, ¡por suerte!

-¡Oh, qué valiente! -la niña comenzó a jugar con su detallado cinturón-. Pues espero que tus amigos estén bien, al fin y al cabo los deseos de la llamita van en todas direcciones. O eso dicen.

La niña da golpes cada vez más fuertes en una habitación precintada de mi cabeza, pensó Kainer.

-¡Sí! Los deseos de la llama... Emm, Ezila, ¿qué se hace exactamente en el domingo de despertar? -dijo Kainer, con las brasas de ansiedad de antes avivándose. Si esta niña tiene algo que ver con el grupo de tarados, no voy a llegar muy lejos, pensó-. Allá de donde provengo... no tenemos esa celebración.

-Eso no me lo puedo creer... su luz llega a todas partes -pasaron unos segundos muy incómodos-. ¡Bueno! No pasa nada. ¡Los deseos de la llama van en todas direcciones!

-¿Y qué cosas soléis hacer? -insistió Kainer-. ¿Qué haces aquí sola Ezila? - La niña había cogido al ternero Freddy y estaba apretándolo con fuerza contra su pecho; sin hacer caso de la pregunta de Kainer. Del mugido que soltó podía escucharse un lamento-.

La explosión de nerviosismo de Kainer se vio interrumpida por una entrada en su plano de visión. Una gata negra cruzó por la puerta, de lado a lado del establo. Recortando el horizonte, al que este llevaba tiempo sin tener en cuenta.

Donde antes estaba el espantajo, ahora se recortaban dos figuras entre una bola de llamas. Con una mano se cogían, con la otra señalaban a Kainer. Tenían sonrisas forzadas que se estiraban hasta detrás de las orejas y las cuencas de los ojos vacías.

Kainer asfixió un recuerdo y un símbolo.

Se esfumaron antes de entrar en la mente del tiempo. Eternizados en los temblorosos miembros de Kainer, y en plegarias mudas.

'Acúnate', le dijeron. 'Arde hasta el alma'. 'Abrígala renacida con la carne del niño'. 'Vuelve'.

Capítulo 3. Esta casa huele a fruta prohibida y a viejo

1

Al volver los ojos, se encontró a Ezila abrazándole. Se había evadido tanto que no se había dado cuenta.

-Yo te cuido, no tengas miedo -le dijo. Le rodeaba un aroma peculiar,

como lo que los japoneses llaman kareishu. El olor de los ancianos-.

-Tranquila, estoy bien -dentro de Kainer se gestaban notas discordantes. Trincheras olvidadas-. Tengo que irme Ezila. Me acabo de acordar de algo... Tengo q-que irme.

-Vale... de acuerdo. Pero si te vas, al menos llévate esta manzana -La sacó de un bolsón.

-¿De dónde has sacado esa manzana, Ezila? -inquirió. Lo cierto es que estaba muerto de hambre-.

Asió la manzana evitando mirar a la niña a la cara y la guardó con brío.

Un flashback le secuestró por un momento: él y su madre plantando un manzano en la Calle Sombrero. Su impotencia, sus capas emocionales rompiendo la realidad de su entorno; como guardianes defectuosos.

-La tenía aquí -replicó Ezila, cortando su momentánea evasión. Se señaló un lateral de la falda con gracia. -. La tía Ann dice que soy muy olvidadiza. No recuerdo nada de...

-Ya me seguirás contando pequeña, ¿vale? -le cortó Kainer. Tengo que encontrar a esa gata para que me saque de aquí cuanto antes, pensó-. Necesito hacer algo urgente.

-Vale... ¿Pero no te olvidarás de mí, no? -Kainer no supo identificar todos los matices, pero entre ellos había soberbia, melancolía y cierto reproche-.

-No, Ezila -con sorpresa comprobé que algo me ataba a esa niña. Había verdad en mis palabras; a pesar de la evidente incomodidad que me generaba. Existía un sentido de responsabilidad añejo, sin embargo, negado; ya macerado, y todavía, enterrado-.

Posé mi mano con afecto en su hombro y caminé hacia la salida. Antes de salir me dejó aún una sentencia. Provenía de ese vínculo a regañadientes que formábamos:

-Siempre nos contamos las cosas a nosotros mismos, ¿no crees?. A la inocencia incorruptible.

No era ella.

Pude oír cómo mordía la manzana.

No miré atrás.

2

Las dos figuras de antes no habían dejado un resquicio de su presencia. El espantajo recuperó su lugar.

Kainer se encaminó por donde la gata cruzó. Rodeó el establo y dio con un caminito. Lo enfiló. Pudo observar un carruaje en el camino principal que daba a la hacienda. En este se subió la pequeña Ezila.

Una mano, que sobresalía de un vestido negro, le aupó adentro. Su diminuto cuerpo se adentró, seguido de un correr de cortinillas. Lo último fue el chasquido del conductor, que, junto un golpe de látigo, puso en marcha a dos bellos corceles blancos. Un símbolo se encontraba plasmado en la parte anterior del vehículo: una cuna.

Proseguí mi marcha. Al final del camino había un campo embarrado y, delante, un manzano. Un manzano con una llovizna constante encima. Alcé mi cabeza, pero no habían nubes. La precipitación era de generación desconocida.

Estaba repleto de manzanas. Rojas. Muy rojas. Como las de Ezila.

Ahí estaba ella. Era inconfundible. La gata negra de la gran avenida. Estaba dando círculos alrededor de una manzana.

-Hola, Kainer. ¿Qué tal ha ido tu primer día? ¿Más movidito que uno de tus días de fiesta? –dio algunos toquitos a la fruta, hasta que se cansó y la envió a lo lejos-. A lo mejor tengo algún caramelito que te guste, para que no pierdas la costumbre. O quizás, un cuaderno, para que no se te escape un detalle, ya que te has quedado sin aparatitos electrónicos.

-¿De qué va esto? –Los rayos del mediodía atravesaban el manzano. Ramificaciones ficticias de la gata se encontraban en las sombras.

-¿Quieres jugar un poco? Estoy algo agarrotada de observarte. Eres muy aburrido. Puedes tirarme una manzana para que la busque, o... podemos continuar donde lo dejamos en el baño.

-¡Ya basta! ¿Quién es esa gente que sabe mi nombre? ¿Y Ezila? ¡Devuélveme a mi realidad, joder!

-¿A tu realidad? ¡Jajaja! Qué gracia. Escucha, eres tú el que accediste a venir aquí, yo sólo te llevo adonde quieres estar.

-¿Qué accedí a venir aquí?! -le costaba gran esfuerzo bloquear la angustia-. Fuiste tú, puta tarada, la que me agarró del brazo y me arrastró a este desfile ridículo.

-Ya me entenderás. ¿No te parece buena la combinación de colores de este sitio? A lo mejor le vendría bien una saturación diferente aquí y allá, pero es aceptable -bajó algo la cabeza; lo que tomé por un ligero mohín de arrepentimiento-. Vayamos al grano. Tú posibilidad de supervivencia pasa porque entres en esa casa -señaló con la cola la hacienda de Ezila-.

-¿La casa de la niña? - Kainer no quería entrar ahí. La perspectiva de un armario lleno de vestiditos tétricos, me revuelve las tripas, pensó.

-Eso es. La pequeña impertinente y vivaz. Menuda es. Dicho esto, voy a tener que ausentarme. Acuérdate de enviarme un gif gracioso y de actualizar tus redes sociales -proyectó una secuencia en que un hombre daba una galletita a un gato.

-¡No, espera! -una musiquita empezó a sonar-.

-“Una niña vino aquí, vino aquí, y ella ya se quiere ir, quiere ir, bajo la nanita va, isí que va!, para por siempre mimir, ¡ay mimir!. Si su...” - cantaba la gata. Mientras, desaparecía entre neblinas purpúreas-.

3

Pasó por una pequeña plantación de tabaco al dejar atrás el manzano. Sus hojas eran de un verde intenso. Un delicado cenador negro cobijaba una mesa, que contaba con dos sillas: una muñeca daba una improvisada

velada a un conejo de peluche.

La hacienda, de ornamentada fachada, saludaba a los invitados con gárgolas dantescas.

Había una serpiente con dos patas que mudaba de piel, un querubín con mirada desencajada y piel arrugada adherido a una especie de bañera tentacular con ojos, un ave de rasgos humanoides que se comía varias veces a sí misma...

Las ventanas estaban tapiadas.

Un ademán de burla se le insinuó a Kainer. No lo dejó operar. Ya no hay tiempo para dulcificar las cosas, pensó. Tengo que tener los ojos bien abiertos, como si me sometiese a la técnica de Ludovico; asistiendo a la impertinencia de cada fotograma. Apaleando mis excusas.

El portón principal estaba abierto. Entró con reparos y sin saber muy bien el porqué. ¿Debo hacer caso a la gata?, sólo me ha traído problemas, pensó.

El vestíbulo le recibía con una sucesión casi ceremonial de velas de cera. A la izquierda, se situaba un gran espejo dorado con cenefas en el marco. Su camisa estaba hecha unos zorros: el vómito se mezclaba con restos de paja y una pátina de arena. Un líquido grasoso rezumaba de su calcetín izquierdo.

Capítulo 2

Capítulo 2. Si el fuego te devuelve la mirada, que lo hará...

1

Aterrizó en un campo baldío. El día ya iba quedándose sin luz.

Estaba lleno de gente con túnicas oscuras que miraba atentamente a un hombre subido a una gran tarima de madera. Un enorme halcón se posaba en su cabeza, como un estridente sombrero de taxidermista.

Notó una resistencia interna debido al cambio de presión, luz y temperatura. Por un momento pensó que se estaba enfrentando a los efectos postreros del alucinógeno, pero fue recomponiéndose a medida que su vista iba ganando enfoque.

Hacía un calor infernal y los presentes despedían un olor fuerte a sudor y azufre.

Una ligera calima se abría paso.

Árboles desnudos, que se alzaban como manos carbonizadas en deseo al cielo, enmarcaban, junto con una cerca de dólmenes y sotobosque marchito, una pradera sedienta con un presente que distaba mucho de lo que pudiera haber sido su lustre primordial.

El hombre, que se encontraba en un púlpito, abrió un desastrado pergamino y comenzó a hablar.

-No deis la espalda a vuestro camino interior aunque el calor sea agotador y transforme vuestra carne: aunque cambie lo que pensabais de vosotros mismos y vuestra relación con los demás. En el interior mora la delicada piel en que os enfundareis en vuestra renovado y eterno comienzo - fuertes toses seguían su habla.

Tenía la cara y los brazos hinchados por la viruela y al rascarse le supuraban las pústulas; bajo el reflejo del sol parecía resina manando de un anciano árbol.

De pronto, el ave rapaz bajó a su hombro y comenzó a picotear una buba hinchadísima de su mejilla. El viejo se mantuvo estoicamente en silencio, pero se podía ver cómo hacía fuerza para contener el dolor al apretar los puños. La sangre con coloraciones blancas y amarillas le fluía vivamente bajo el torso. Mientras, se iba generando un pequeño pandemónium de plegarias.

`Aaarrgghh...¡Sí! ¡El profeta no desestima el dolor!' decía uno. `¡El dolor se convierte en dicha si nos bañamos en él!' se podía oír a otro. Rápidas retahílas de aforismos recalcitrantes surgían, pero su contenido vacío, que sólo ganaba fuerza por la intencionalidad del grupo, los hacía indistintos.

-Todo proceso que en esta vida vale la pena pasa por el reconocimiento del dolor. <<La distorsión se encuentra cuando negamos el fuego>> -dijo el hombre.

-¡<<La distorsión se encuentra cuando negamos el fuego>>! -gritaron al unísono los congregados.

¿Dónde diablos me he metido?; ¿en qué año estoy?: es como una versión mala de un videojuego indie de terror, pensó Kainer.

Un joven tísico, que parecía haber cedido unos cuantos años de vida por una causa extenuante, la cual, al juzgar por sus ojos perdidos, no parecía

tener muy en mente, abordó a Kainer de pronto.

-¡Eh, hermano!, ¿dónde tienes tu hábito? -inquirió-. Ya sabes que no podemos cantarle nanas a la llama si no vamos todos con él. La uniformidad en todas las formas.

Sus dientes estaban torcidos de toda suerte imaginable y tenía los secos labios agrietados y llenos de llagas y úlceras. Abrir la boca parecía costarle un mundo. Sospechosas manchas reseca se ganaban un hueco en su vestimenta.

-Ehmmm...eh...claro -repuso Kainer, mientras miraba de reojo por si alguno más se acercaba. Este debe ser el que cobra las entradas, pensó con sarcasmo, para intentar tranquilizarse-. Lo que ocurre hermano, es que una gata muy traviesa me lo ha robado y necesitaría uno nuevo, y, la verdad, es que he perdido la lista de tarjetas y entre ellas la de nuestro queridísimo sastre. ¿Serías tan amable de darme su dirección?

Tras sacarse un moco mirando a nadie a lo lejos respondió:

-No entiendo porqué pareces tan poco agotado, pero los recuerdos de Verwoist me dicen que en el fondo estás explotando de ansia. Me recuerdas un poco a él... -dijo el desahuciado. Una desagradable sonrisa le surgía a expensas de la armonía interior Kainer-.

-Sí...Verwoist -murmuré. La ansiedad iba inflando la tripa de Kainer con ardores punzantes-. ¿Y-y qué te ha dicho Verwoist concretamente?

-¡Claro! No estuviste cuando nos comimos la cabeza de Verwy. Has debido venir de la congregación de Merister, ¿no es así? -dijo el joven. De pronto

su lengua hizo un barrido por su boca-.

Los sectarios parecían seguir la misa como si nada, aunque la conversación estuviera llevándolos de a poco al centro de la muchedumbre.

El calor y el olor mareaban a Kainer seriamente. Fue incapaz de responder en el momento: estaba en pleno procesamiento del miedo que se apoderaba de su garganta a razón del cariz que iba cobrando el suceso.

Los dólmenes acunaban la voz del viejo y le daban resonancia.

-Será por eso que no saboreaste sus recuerdos... -dijo el joven-. ¿Allí en Merister no hacéis lo mismo, verdad? Nosotros nos dimos cuenta hace unos años que, como algunos gusanos, podemos retener los recuerdos y epifanías de nuestros compañeros al comernos sus cabezas, ¡je!. Conocimiento brindado por nuestro queridísimo profeta que habla con todos los seres.

Varios mechones de su largo cabello ceniciento se repartían por el cuello de su ropaje.

-Así las cosas -continuó-, Verwy nos habló de un extraño misionario que vendría del sur. El cual estaría siguiendo las migajas del pasillo entre realidades. Sí...eres tú. Vamos a necesitar tu ansia.

-N-no sé de qué me hablas amigo -dijo Kainer, intentando encarcelar por todos los medios su terror-. Creo que lo mejor será que vaya a por un hábito y vuelva lo antes posible para aclarar las cosas.

-¿Vas a perderte la nana a la llama? -inquirió el extraño joven-. No

renuncies a mirar.

-Para nada -dijo Kainer-. Como te digo, y siguiendo tu sentido común, considero que no...no haría honor a-a la llama si no voy vestido apropiadamente.

-Déjale Oirt -pronunció de pronto el profeta. Todos los presentes dirigieron al punto la mirada hacia nosotros-.

El sol estaba cayendo y un fuerte contraluz hacia del profeta un extraño eclipse.

Kainer no se había fijado anteriormente, pero ahora caía en la cuenta de que no había parado de interiorizar sus palabras. Podía percibir aún su zumbido.

De la misma forma, sabía ahora sin duda alguna que llevaba un tiempo sobrevolándolos al joven y a él una sombra. Esa sombra por supuesto era el ave del viejo.

Una pluma sanguinolenta se aposentó en el dorso de su mano. Pegó tal respingo que casi se tropieza con una roca.

-El momento llegará Kainer -terció el profeta, que entrelazaba las dos manos-. En uno, tres, como mucho nueve soles. Llegará. El dolor se tiene que acomodar a la carne, no al revés. La suya está aún tierna hermanos. No sufráis, más dejarle ir.

'No podrás cerrar la boca por mucho tiempo sanguinario', escuché en mi cabeza. 'Habrás de decir las palabras que ahora no quieres ver. Señalar las heridas que ahora crees no tener. Vomitar la sangre vieja que ya

pereció. Bajo el ansia. Entre el fuego’.

Oirt, el joven enfermizo, estaba mirando a Kainer de hito en hito. Tenía una de sus manos agarrándose el labio inferior; a diferencia de uñas tenía costras. Si es algún tipo de mensaje, no lo capto, pensó Kainer. Sus pupilas dilatadas estaban tan secas que apenas reflejaban la luz. Cientos de venas rojizas buscaban con afán llegar al iris. A un azul muerto.

A su vez, el resto de presentes se posicionaban hacia Kainer, pero todos ellos llevaban la capucha bien calada. Algo de alivio para este entre la asfixia que le aferraba.

Sin mediar palabra Kainer comenzó a andar hacia atrás. Al poco, se aventuró a hacer un giro completo de su cuerpo. Quizás haya girado con demasiada brusquedad al final, pensó Kainer.

Una decena de encapuchados con los hombros de cuero tachonado con punzones salieron del embotamiento y se dirigieron a los cuatro dólmenes principales de la estructura.

A medida que caía el sol lacerante a su indeseada noche, llamas rugientes surgían de grandes antorchas.

Ahora sí. Las caras de ángulos caprichosos y sonrisas caídas se iban contorneando al amparo del ardiente.

El interior de la mente de Kainer era un tímpano provisional. Notaba como si su lengua fuese un calcetín de esparto.

Pero no hicieron nada. Simplemente se quedaron ahí. Mirándole. Con sus

apolilladas mentes encendidas.

Empezó a alejarse contando sus pasos. Necesitaba la afirmación mental de que estaba poniendo tierra de por medio de esos desquiciados. Los sonidos de la arena le marcaban el tempo. Uno, dos, tres...nueve. Al noveno paso un viscoso crujido bajo su pie izquierdo anunció olas negras. Su protección psíquica provisional se abrió.

La ominosidad clavó sus zarpas.

Lo que acababa de pisar era una calavera. No le quedaba un ápice de cerebro, pero mantenía trozos de carne ahí y allá. Una ristra de gusanos verdes salían de la parte de la mandíbula que había recibido el grueso de su pisada, confundándose con la flácida lengua. No encontraba rastro del resto del cuerpo.

No pensaba nada, no sentía nada. El terror que se abría paso por todos sus poros era un ente ajeno. Mutante. Salió volando. Fue a buscar su lugar entre el nido de víboras a su espalda, que expresaban la catarsis a través de terribles risas. Malévolas e implorantes.

‘¿Te ha comido la lengua el gato?’ espetó el profeta a lo lejos. ‘¿Dónde te has dejado las bromas?. Lo que vivirás será mas real que el olor de la sangre’.

Kainer desconocía de dónde sacó el tesón, pero se puso en marcha y se alejó de ese rincón de locura.

Lo que no sabía es que, eso, sólo era la carta de presentación.

Caminó durante horas por el bosque colindante al lugar de la misa macabra.

Se encontraba de lleno en la madrugada de un cielo de estrellas rasgado por las ramas de chopos perfectamente alineados cuando un búho salió despedido a lo alto, hacia la acaparadora luna llena de reflejos azulados.

Nunca imaginaría que fuese a echar tanto de menos a esa maldita gata, pensó Kainer.

Juzgaba el paso del tiempo en función del sol, ya que sus pertenencias tecnológicas se debieron perder en algún momento entre el maremágnum de estímulos.

El frío se hacía cada vez más presente. Tenía la ropa llena de polvo y el instinto de supervivencia se había aligerado lo suficiente para que la necesidad de comida y agua estuvieran cada vez más presentes. Al igual que la fatiga, y el sueño, que pedía su entrada en el mundo de Morfeo cerrando sus ojos con legañas de arena y deshidratación.

Delante de él se encontraban unas caballerizas, y al lado, un establo. A unas decenas de metros, divisó una hacienda.

Había un espantajo del que brotaba un manojo de paja del lateral de la cabeza. Un par de cuervos salieron en desbandada.

Se aseguró de que no hubiera ninguna luz encendida y se dirigió a hurtadillas al establo, pasando entre un campo de hierba alta.

Por suerte, la puerta estaba entreabierta y para mayor goce, localizó un cubilete con algo de leche. Bebió el contenido de una sentada. La leche fluía por sus entrañas, formando un ligero pastiche con la sequedad de su boca. La primera experiencia positiva en este sitio, pensó.

Entró en el establo. A izquierda y derecha tenía algunas vacas dormitando en estrechos recintos. Se percató de que una de ellas estaba rodeada por tres terneros que se apretaban contra ella. Pero había algo raro. Uno de ellos tenía una larga cola negra. Muy tupida, sobresalía claramente.

No quiso darle importancia. Al fin y al cabo, estoy, bien imaginándomelo todo, o en una realidad desconocida, donde a saber qué cosas pueden darse, pensó.

Al final del lugar había un generoso pajar de heno. En estas circunstancias es hasta apetecible, pensó. Se tumbó lo mas ergonómicamente posible y cayó rendido.

3

Le despertó un lametón vacuno a la tarde del día siguiente. Delante de él, una niña con graciosos tirabuzones y un tanto peripuesta, se desternillaba al mirarle. Mientras, comenzaba a comerse una manzana.

Parece la reencarnación de Shirley Temple en aquella película que me ponía mamá de pequeño: 'Ricitos de oro', pensó Kainer.

Se estaba recreando tanto, que se le cayó la manzana. Uno de los terneros apareció como un proyectil y la engulló. La pequeña no se lo tomó nada bien:

-¡Noo Freddy! ¡Era la última que me quedaba! -espetó. El enorme lazo rojo que llevaba en su cabeza no paraba de contonearse-. Ahora tendré que desviarme y pasar por el manzano... Con la prisa que tengo por llegar a Merister con la tía Ann. Hoy es domingo de despertar. Además tu mamá querrá que tengas hambre para su lechecita, has tenido tan pocos hermanos que debe sentirse muy sola.

El ternero de extraña cola no dejaba verse por ningún lado.

-¡Oh, hola! Perdona que no me haya presentado. Me llamo Ezila. Tengo nueve años. ¡Me hace mucha gracia como vas vestido!

-H-Hola Ezila. Yo soy... John -Fue el único nombre que se le ocurrió en el momento-.

Je...jejeje, sí, lo compré en una tienda de disfraces en, eeh, Merister.

-Encantada John... uhmm ¡ese nombre me hace sentir bien! -quedó obnubilada un tiempo-. ¿En Merister? Llevo yendo toda mi vida y nunca he oído hablar de una tienda de disfraces, qué raro... ¡Y mira que a mí me gustan los disfraces!-se puso a dar saltos.

Lleva un vestido muy bonito, a decir verdad, pensó Kainer. Era de satén, con imaginativos encajes y volantes. Una de esas prendas que hacían parecer más mayores a las niñas del siglo diecinueve. Estaba dejándose los botines y la falda perdidos de barro.

-Está en un lugar un poco escondido -dijo Kainer, con poca seguridad. La chica parece bastante avispada, tengo que andar con pies de plomo, pensó este-. Sé donde está porque es de un amigo mío. La abrió recientemente. L-Lo único, que me lo mandó por correspondencia y aún no sé cómo llegar a Merister desde aquí. ¿Podrías decirme cómo llegar?

-¡Claro! Puedes venir conmigo, ¡y así me enseñas la tienda! ¿Oye, qué haces durmiendo en mi establo? Es muy incómodo. Yo probé echarme una siesta hace unos días con Freddy, pero no lo conseguí.

-Pues verás, perdí a mis acompañantes ayer por la noche a unas cuantas horas de aquí -repuso Kainer, dando un vistazo al lugar-. Lo malo es que fueron interceptados por un grupo de bandidos. No pude ver demasiado, estaba...haciendo pis a cierta distancia y conseguí escabullirme, ¡por suerte!

-¡Oh, qué valiente! -la niña comenzó a jugar con su detallado cinturón-. Pues espero que tus amigos estén bien, al fin y al cabo los deseos de la llanita van en todas direcciones. O eso dicen.

La niña da golpes cada vez más fuertes en una habitación precintada de mi cabeza, pensó Kainer.

-¡Sí! Los deseos de la llama... Emm, Ezila, ¿qué se hace exactamente en el domingo de despertar? -dijo Kainer, con las brasas de ansiedad de antes avivándose. Si esta niña tiene algo que ver con el grupo de tarados, no voy a llegar muy lejos, pensó-. Allá de donde provengo... no tenemos esa celebración.

-Eso no me lo puedo creer... su luz llega a todas partes -pasaron unos segundos muy incómodos-. ¡Bueno! No pasa nada. ¡Los deseos de la llama van en todas direcciones!

-¿Y qué cosas soléis hacer? -insistió Kainer-. ¿Qué haces aquí sola Ezila? - La niña había cogido al ternero Freddy y estaba apretándolo con fuerza contra su pecho; sin hacer caso de la pregunta de Kainer. Del mugido que soltó podía escucharse un lamento-.

La explosión de nerviosismo de Kainer se vio interrumpida por una entrada en su plano de visión. Una gata negra cruzó por la puerta, de lado

a lado del establo. Recortando el horizonte, al que este llevaba tiempo sin tener en cuenta.

Donde antes estaba el espantajo, ahora se recortaban dos figuras entre una bola de llamas. Con una mano se cogían, con la otra señalaban a Kainer. Tenían sonrisas forzadas que se estiraban hasta detrás de las orejas y las cuencas de los ojos vacías.

Kainer asfixió un recuerdo y un símbolo.

Se esfumaron antes de entrar en la mente del tiempo. Eternizados en los temblorosos miembros de Kainer y en plegarias mudas.

'Acúñate', le dijeron. 'Arde hasta el alma'. 'Abrígala renacida con la carne del niño'. 'Vuelve'.

Capítulo 3

Capítulo 3. Esta casa huele a fruta prohibida y a viejo

1

Al volver los ojos, se encontró a Ezila abrazándole. Se había evadido tanto que no se había dado cuenta.

-Yo te cuido, no tengas miedo -le dijo. Le rodeaba un aroma peculiar, como lo que los japoneses llaman kareishu. El olor de los ancianos-.

-Tranquila, estoy bien -dentro de Kainer se gestaban notas discordantes. Trincheras olvidadas-. Tengo que irme Ezila. Me acabo de acordar de algo... Tengo q-que irme.

-Vale... de acuerdo. Pero si te vas, al menos llévate esta manzana -La sacó de un bolsón.

-¿De dónde has sacado esa manzana, Ezila? -inquirió. Lo cierto es que estaba muerto de hambre-.

Asió la manzana evitando mirar a la niña a la cara y la guardó con brío.

Un flashback le secuestró por un momento: él y su madre plantando un manzano en la Calle Sombrerero. Recordó la impotencia que sentía, sus capas emocionales rompiendo la realidad de su entorno como guardianes defectuosos.

-La tenía aquí -replicó Ezila, cortando la momentánea evasión de Kainer: se señaló un lateral de la falda con gracilidad. -. La tía Ann dice que soy muy olvidadiza. No recuerdo nada de...

-Ya me seguirás contando pequeña, ¿vale? -le corté. Tengo que encontrar a esa gata para que me saque de aquí cuanto antes, pensó-. Necesito hacer algo urgente.

-Vale. ¿Pero no te olvidarás de mí, no? -Kainer no supo identificar todos los matices, pero entre ellos había soberbia, melancolía y cierto reproche-.

-No, Ezila -con sorpresa comprobó que algo le ataba a esa niña. Había verdad en sus palabras; a pesar de la evidente incomodidad que generaba a Kainer. Existía en él un sentido de responsabilidad añejo, sin embargo, negado; ya macerado, y todavía, vivo.

Kainer posó su mano con afecto en el hombro de la niña y caminó hacia la salida. Antes de salir ella dejó aún una sentencia. Provenía de ese vínculo a regañadientes que formaban: <<Siempre nos contamos las cosas a nosotros mismos, ¿no crees?. A la inocencia incorruptible>>.

No era ella.

Kainer pudo oír cómo mordía la manzana.

No miró atrás.

Las dos figuras de antes no habían dejado un resquicio de su presencia. El espantajo recuperó su lugar.

Kainer se encaminó por donde la gata cruzó. Rodeó el establo y dio con un caminito. Lo enfiló. Pudo observar un carruaje en el camino principal que daba a la hacienda. En este se subió la pequeña Ezila.

Una mano, que sobresalía de un vestido negro, le aupó adentro. Su diminuto cuerpo se adentró, seguido de un correr de cortinillas. Lo último fue el chasquido del conductor, que, junto un golpe de látigo, puso en marcha a dos bellos corceles blancos. Un símbolo se encontraba plasmado en la parte anterior del vehículo: una cuna.

Kainer Prosiguió su marcha. Al final del camino había un campo embarrado y, delante, un manzano. Un manzano con una llovizna constante encima. Alzó su cabeza, pero no habían nubes. La precipitación era de generación desconocida.

Estaba repleto de manzanas. Rojas. Muy rojas. Como las de Ezila.

Ahí estaba ella. Era inconfundible. La gata negra de la gran avenida. Estaba dando círculos alrededor de una manzana.

-Hola, Kainer. ¿Qué tal ha ido tu primer día? ¿Más movidito que uno de tus días de fiesta? –dio algunos toquitos a la fruta, hasta que se cansó y la envió a lo lejos-. A lo mejor tengo algún caramelito que te guste, para que no pierdas la costumbre. O quizás, un cuaderno, para que no se te escape un detalle, ya que te has quedado sin aparatitos electrónicos.

-¿De qué va esto? –Los rayos del mediodía atravesaban el manzano.

Ramificaciones ficticias de la gata se encontraban en las sombras.

-¿Quieres jugar un poco? Estoy algo agarrotada de observarte. Eres muy aburrido. Puedes tirarme una manzana para que la busque, o... podemos continuar donde lo dejamos en el baño.

-¡Ya basta! ¿Quién es esa gente que sabe mi nombre? ¿Y Ezila?
¡Devuélveme a mi realidad, joder!

-¿A tu realidad? ¡Jajaja! Qué gracia. Escucha, eres tú el que accediste a venir aquí, yo sólo te llevo adonde quieres estar.

-¿Qué accedí a venir aquí?! -le costaba gran esfuerzo bloquear la angustia-. Fuiste tú, puta tarada, la que me agarró del brazo y me arrastró a este desfile ridículo.

-Ya me entenderás. ¿No te parece buena la combinación de colores de este sitio? A lo mejor le vendría bien una saturación diferente aquí y allá, pero es aceptable -bajó algo la cabeza; lo que Kainer tomó por un ligero mohín de arrepentimiento-. Vayamos al grano. Tú posibilidad de supervivencia pasa porque entres en esa casa -señaló con la cola la hacienda de Ezila-.

-¿La casa de la niña? - Kainer no quería entrar ahí. La perspectiva de un armario lleno de vestiditos tétricos, me revuelve las tripas, pensó.

-Eso es. La pequeña impertinente y vivaz. Menuda es. Dicho esto, voy a tener que ausentarme. Acuérdate de enviarme un gif gracioso y de actualizar tus redes sociales -proyectó una secuencia en que un hombre daba una galletita a un gato.

-¡No, espera! -una musiquita empezó a sonar-.

-“Una niña vino aquí, vino aquí, y ella ya se quiere ir, quiere ir, bajo la nanita va, isí que va!, para por siempre mimir, ¡ay mimir!. Si su...” - cantaba la gata. Mientras, desaparecía entre neblinas purpúreas-.

3

Pasó por una pequeña plantación de tabaco al dejar atrás el manzano. Sus hojas eran de un verde intenso. Un delicado cenador negro cobijaba una mesa, que contaba con dos sillas: una muñeca daba una improvisada velada a un conejo de peluche.

La hacienda, de ornamentada fachada, saludaba a los invitados con gárgolas dantescas.

Había una serpiente con dos patas que mudaba de piel, un querubín con mirada desencajada y piel arrugada adherido a una especie de bañera tentacular con ojos, un ave de rasgos humanoides que se comía varias veces a sí misma...

Las ventanas estaban tapiadas.

Un ademán de burla se le insinuó a Kainer. No lo dejó operar. Ya no hay tiempo para dulcificar las cosas, pensó. Tengo que tener los ojos bien abiertos, como si me sometiese a la técnica de Ludovico; asistiendo a la impertinencia de cada fotograma. Apaleando mis excusas.

El portón principal estaba abierto. Entró con reparos y sin saber muy bien el porqué. ¿Debo hacer caso a la gata?, sólo me ha traído problemas, pensó.

El vestíbulo le recibía con una sucesión casi ceremonial de velas de cera. A la izquierda, se situaba un gran espejo dorado con cenefas en el marco. Su camisa estaba hecha unos zorros: el vómito se mezclaba con restos de paja y una pátina de arena. Un líquido grasoso rezumaba de su calcetín izquierdo.

El hombre del reflejo era él, pero no se reconocía del todo. No era una cuestión morfológica. El tiempo, en ese sucedáneo de continuidad espacial, le estaba convirtiendo en su observador distante.

Treinta y tres años, pensó. Desperdiciados en inseguridades, malas decisiones, negación... En primaveras alquiladas de habitaciones de motel, donde he sofocado todas mis buenas acciones con almohadas de barquitos a la deriva.

Lustrosas escaleras de mármol rosa ascendían, bifurcándose a ambos lados, hacia un piso superior. La comitiva de velas seguía hacia allí, manchando de cera el suelo y la barandilla.

En el descansillo de estas se situaba una vidriera. No debía tener muchos años. Reflectaba la luz en varias trayectorias. Encerraba un acto litúrgico en el que un corro de niños bailaba rodeando una pira. Sujetos adultos con trajes elegantes transportaban en volandas a una anciana desnuda. Decenas de comensales, a los laterales, disfrutaban de platos con manjares varios.

Emprendía su marcha hacia las escaleras cuando con el rabillo del ojo pudo ver una sombra atravesar el vestíbulo hacia lo que parecía el salón.

Necesito algo que poder utilizar como arma antes de entrar ahí, pensó. En una mesita bajo el espejo había un pequeño candelabro de latón. Lo colocó fuertemente contra su pecho.

Su respiración era entrecortada y notaba cómo la adrenalina apretaba su yugular palpitante.

La poca luz que se filtraba por las ventanas y las lonas blancas que cubrían los muebles eran su única ayuda visual en la estancia, por otro lado oscura.

El intruso empezó a hablar.

-La falsa inocente ha de morir -dijo-. Al igual que tú. No es la rabia de el Iracundo lo que has de sufrir por toda la eternidad, para proveernos de la ofrenda definitiva de dolor, como quiere el profeta.

De repente tropezó con algo moviendo un mueble, lo que produjo un chirrido. Eso ayudó a Kainer a situarle.

-Tu ansia podría también traer peligros -dijo-. Disidencias. Yo sé algo que Verwy sabía, que el viejo no quiere ver. Verwoist era hijo del fuego, sus sesos calcinados hablan verdad. Había en el tono emocional de su carne reparos hacia tu vida aunque sus palabras no lo dejasen claro. Amo al profeta, pero en esto se equivoca, no creo que consiguiera interpretar bien a Verwoist, ni tampoco el resto que le probó. Es preferible que mueras. Aunque ese cerebro no se puede desperdiciar. Quizá pueda sustituir a mi amado profeta con la precognición que puedas aportarme. Ya está falto de perspectiva.

Una voz familiar las pronunciaba. Insectoide. Kainer pasó unos instantes buscando la raíz en su memoria. Oirt. Era Oirt, el lacayo del profeta.

-Hey Oirt -dijo Kainer con elocuencia- Creo que vas a tener que volver con

tu profeta, parece que se te ha desgastado la correa.

Kainer no paraba de dar vueltas sobre sus pies y de girar el cuello delirantemente.

El muy hijo de perra se mueve rápido, pensó Kainer. No puedo dejar que me pille por la espalda.

Me encanta probar mi conexión con la fe. Mi capacidad para ablandecer carnes y romper resistencias. Todos son conejitos cuando enfrentan mi voluntad férrea, pensó Oirt.

-Kainer... -susurró Oirt con una voz estridente-, no utilizaré aquí el cuchillo. No derramaré sangre tan preciada en este lugar infecto. ¿Sabes a qué hora volverá la niña? Me encantaría donar vuestro dolor de manera conjunta.

Pasó por la espalda de Kainer varias veces sin hacer nada. Es como si disfrutase de dejarme al punto justo de histeria, pensó Kainer.

La niña ha sido concebida por esos elegantones de Merister -continuaba Oirt-. No entienden las escrituras. Se me escapa cómo han conseguido que transicione, pero es una aberración. No está bien hecha. Bagh...

Kainer escuchó el arrastre de una lona. Creyó anticipar lo que haría con ella, por lo que se acercó al halo de luz más ancho para facilitarle el ataque. Esperó. Arriesgándose a estar en el lado por el que no se aproximaría y rezando para que Oirt no se percatase de que tenía el candelabro contra su pecho.

Se equivocó.

No le tomó por la espalda e intentó ahogarle. Le tiró la manta encima, adhiriendo algo tan pesado que cayó, dando con la nuca contra el suelo. Cerdo astuto, pensó Kainer. La vista le jugó una mala pasada a Kainer. Oirt se puso encima de él y, confiado, continuó hablándole.

-Le han metido en esta mansión de algún terrateniente pretencioso, para hacer gala de ella en sus misas absurdas y pastelosas. Herejes santurrones.

Quitó el candelabro a Kainer y lo puso contra su hombro.

Kainer no conseguía ver su cara, ya que llevaba puesta la capucha, pero por su forma de hablar sabía que estaba extasiado. Su saliva le cayó en la boca. Dio una fuerte arcada.

-Será así entonces como ocurrirá -susurró Oirt, preparando un golpe descendente-. Primero tú, luego la asquerosa niñita.

Accionó el golpe. Este no llegó a la cara de Kainer. Hizo un movimiento lo bastante brusco para producirse una picazón en alguna de sus asquerosas costras y tuvo que rascarse: ese fue el momento de Kainer.

Le endiñó un puñetazo en el costado con toda la intención que pudo. Su disnea le dio el tiempo suficiente para quitárselos de encima a él y su trampa improvisada.

Con la urgencia, Kainer olvidó arrebatarse el candelabro.

Es un esqueleto andante con el vigor de un leopardo, pensó Kainer: tenía apenas el segundo metro recorrido cuando este sintió una mordida. Un dolor sordo de los que se recuerdan estalló en su pierna izquierda.

Imaginó vívidamente su rótula seccionada. Y estaba en lo cierto.

Lo último fue el candelabro cerca de su ojo. Oirt le dejó inconsciente.

Te equivocabas profeta, no tardaré nada en aguar su carne para las llamas, pensó Oirt. Conozco vías del ansia que tu ni intuyes. Yo soy un agente importante del fuego. Siempre me has subestimado, y por ello te arrepentirás, amado.

4

Al despertar, el jardín de la hacienda se encontraba en la perspectiva del cielo de Kainer; un mar de nubes anaranjado hacía las veces del suelo. El terreno embarrado próximo, las gotas de agua cayéndole incesantemente y el caminito que llegaba a su posición, le dieron la información necesaria para saber que colgaba del manzano. Sus manos también estaban atadas por las muñecas.

Veía doble y borroso, y sentía tremendas náuseas, por lo que supo que tenía una conmoción cerebral. El dolor de su rodilla era insoportable, además, una gran hinchazón la inflaba.

Caía el crepúsculo.

Oirt creaba un mejunje a base de jugo de manzana y de su sangre, que le fluía de los brazos. Estos, eran un amasijo de cicatrices rúnicas recientes.

Kainer debió hacer evidente su vigilia, porque Oirt se soltó a hablar:

-Sería una simétrica trinidad que ingerir para ofrecer en dolor al fuego. La sangre del artefacto que mantiene a Ezila lozana –sostuvo una manzana en una palma y la sopesó con sus ojos de pez hasta que la espachurró en el recipiente de mezclas-, mi sangre, y la tuya... la de el duelista. Sí...

definitivamente eres él. Una pieza central en el juego de la ira.

Kainer se fijaba en las huellas que la gata había dejado antes mientras pensaba en la forma de salir de ese atolladero.

-Delicioso elixir... iohgg! -prosiguió-. Pero no puedo ingerirlo de esta manera. Me es requerido adulterarlo un poco, ya que será la salsa con que coma tu cerebro. Todo es por el bien de el supradolor. Alguien ha de hacer de faro en nuestra decadente organización. Yo seré quién haga uso de tu ansia por ti, yo seré ahora el segundo al mando. el Iracundo estará orgulloso y volverá su fuerza. Todos seremos infantes renovados.

<<El ansia, el dolor como ofrenda al fuego, el supradolor, la falsa inocente, el juego de la ira, los infantes renovados... el Iracundo>>. Todo este sinsentido va constelando algo en mi inconsciente; pese a mis reticencias, pensó Kainer.

Un brillo iridiscente surgía entre ellos a la vez que un fuerte viento arreciaba; removiendo el esbelto campo de hierba. La inclinación de la llovizna del manzano no se veía perturbada.

-¿Sois..iargh! tod-todos aquí tan feos? -inquirió Kainer, bajo la aflicción punzante.

Su mecanismo del humor no se rendía. Desde niño fue siempre su forma de afrontar los problemas: muchas veces tomaba el control de tal forma, que sentía que no era él mismo. En ese momento se dio cuenta de que había sido su mejor peor amigo-.

>>Me gustaría ay-yudarte con tus problemas personales... iuuff!, te recomiendo El Poder del ahora de Eckhart Tolle. Ese sí es un verdadero profeta. Acerté al regalárselo a... iahhrrg!... mi querida y bipolar amiga Lara. Se portó genial conmigo esa noche. Bend... benditas sean las recomendaciones de Amazon.

Quizás romperle psicológicamente sea la vía para poder provocarle y atraerle hacia mí; desviando su foco en el cuchillo un tiempo, pensó Kainer. No puedo forzar la pierna, tengo que intentar cortarme las ligaduras de la muñeca.

-¿Sabes?, Verwoist era más sabio aún que el profeta, pero nunca quiso destacar en la organización en términos jerárquicos. Se limitaba a mantener viva el ansia en nosotros y aconsejar al viejo -le nacían en el rostro profundos surcos al hablar-.

>>Huía del foco de atención. Era el enlace con el Iracundo. Milenario. Llevaba tanto o más aquí que La Ira de la Inocencia... nuestras queridas escrituras. Muchos dicen que él fue uno de los autores, más nunca afirmó o desmintió tales afirmaciones. Sólo nos dejaba ver lo que él quería. Aún en su muerte.

Caperuza verde, ojos saltones, aterciopelado... Un duende se ligaba a ese nombre: Verwoist.

-Luego llegaste tú -prosiguió, algo taciturno- No puede ser casual, quizás él proviniese de donde tú vienes; de otra realidad entre el pasillo de realidades. Te asemejas tanto a él... Pero Verwoist sólo nos dejó claro que tienes un papel importante aquí y que hemos de aprovechar tu insigne dolor.

No consigo alterarle lo más mínimo, pensó Kainer. Era como si Oirt hablase consigo mismo y sufriese algún tipo de solipsismo.

-¿No... no te ca-cansas... de, de dar círculos alrededor de conceptos necios? -replicó Kainer, hastiado- No sé quién te crees que soy... pero mi vida no tiene nad-nada de especial. Si es mi dolor lo que quieres, llevo durmiéndolo más de quince años. Vas a tragar anestesia... ijajaja... aaah!

-Creo que ya es hora de donar algo de sufrimiento ceremonial por tu parte
-dijo Oirt con parsimonia.

Se sacó un cuchillo tallado de un cinturón bajo su túnica y se lo puso en la frente a Kainer.

-Quiero que sientas con fuerza mientras te abro la cavidad craneal y te rajo los brazos -repuso, mientras el viento le movía su gollumesco y ralo pelo a cachos-, ya que, posteriormente, cuando coma tu cerebro, no podrás sentir nada mientras te marchitas. Curiosidades del cerebro.

>>Empezaré por los brazos.

-¡No!, ¡esp-espere Oirt! -la situación sólo ofrecía ya a Kainer el recurso de la negociación y la súplica- ¿No-no crees que tus compañeros y las palabras de Verwoist puedan estar en lo cierto? Quizás sea más factible dejarme vivo y estudiar con más detenimiento mi carne ¿No es posible que puedas mante-mantener tu posición en la...? -antes de que terminase la pregunta puso el cuchillo a la altura del bíceps de Kainer y empezó a hender con precisión la hoja. Después, lamió un poco la herida-

-¡Aaaarrhgh! -espetó Kainer con sus escasas reservas de aliento.

No podía ver apenas a su captor: la noche pedía su hora. Desfallecía, el dolor le hacía desmayar. De pronto, la iridiscencia cercana cobró una potente luminiscencia y agarró firmemente a Oirt.

El fenómeno torció la muñeca de este que sostenía el cuchillo, y, posteriormente, le arrancó el brazo de cuajo. Kainer pudo escuchar el crepitar de sus fibras al separarse y de sus huesos al partirse. Le arrojó a metros de distancia. Sus gritos de hiena debieron reverberar a kilómetros

a la redonda. Me va a perforar el tímpano, pensó Kainer.

Un cuerpo de imposibles proporciones iba tomando la textura del nácar oscuro, y después, de la piel humana, donde antes sólo había una iridiscencia.

Finalmente Kainer pudo ver que era Ezila. O algo parecido.

-¡Ya he llegado! -espetó alegremente-. ¡Qué traviosos sois los encapuchados!

5

El brillo de la "Ezila mutada" los alumbraba a pesar de la oscuridad.

Oirt era sorprendente. Poseía un deseo tan obsesivo, que permanecía impasible a lo ocurrido en su estado físico; como una lagartija a la que le hubiesen cortado la cola. ¿Quizás debido a su costumbre al sufrimiento?, pensó Kainer.

Reptó como una serpiente a su cuenco de mezclas y se puso a beberlo con desesperación.

Perseveró poco en su empresa, ya que Ezila le quitó con saña el recipiente de sus brazos. Vertiendo el contenido, y al poco, metiéndoselo con un golpazo entre los dientes.

-¡Oaarghh...p-puta! -espetó. Algunas astillas salieron despedidas de su supurante boca, que quedó desdentada de parte de su zona superior. Observó sus dientes en el suelo como quien ve pasar una hormiga.

Si un artista de lo macabro y surrealista los hubiese visto, hubiera arriesgado el pellejo por pintarlos al óleo.

Ezila vino a Kainer y le rompió las ataduras de sus piernas con un giro de mano, después, le depositó con gentileza en el tronco del árbol. No le costó ningún esfuerzo. Cuando se acercó para desatarle las manos, un hedor a carne asada, tierra, sangre y manzana le puso los pelos de punta

a Kainer.

Seguidamente, le arrancó con presteza y habilidad la parte baja del pantalón, partió dos ramas gruesas, se cortó dos trozos de su falda, y le entablilló burdamente la pierna. <<Esto servirá por el momento>>, dijo.

La voz que saldría de ella y su psicología, ya no eran las de una niña, sino las de una adulta entrada en su treintena. Sin embargo, su cuerpo cambiante se resistía a dejar de lado la infancia. Sus piernas, a pesar de ser de tamaño adulto, tenían la estructura y textura propias de las de una cría: con pocas caderas y tersura sin igual.

Llevaba la misma indumentaria que cuando Kainer le vio en el establo. Eso le generaba aún más disonancia.

-¿Qué tal, apuesto John? -dijo, por fin-. Perdona mis modales -Se peinó con las manos el pelo y lanzó un beso a Kainer. Tenía el escote y el torso llenos de sangre-. Se han extendido un poco las celebraciones en Merister, pero han sido fructuosas -hizo una media sonrisa y me miró coqueta.

Se volvió a Oirt y continuó su parlamento.

-Os encanta actuar de manera ineficiente. ¿Cuántos de vosotros tenéis que morir para pasar el testigo a Merister? -realizó un gesto de decepción forzado.

Oirt se agarraba con las dos manos la boca, intentando parar la hemorragia.

-Vuestro dolor sólo da para niños débiles que mueren entre pucheros a su madre -dijo con aplomo-. Yo no guardo el vínculo con ningún progenitor.

-¡Tú eres...! -intentó decir Oirt.

-¡Mírame! -cortó Ezila-. Acaso el Iracundo me gana en vitalidad, pero nadie más. Ya hace tiempo que no se avista, ¿será que ahora me servís a mí sin daros cuenta? Sería una maravillosa ironía...

-¡Blasfema! -espetó Oirt. Su dentadura partida le daba un tono siseante al habla- No eres natural. ¡Medio niña! Puede que nuestros niños mueran, pero ellos lo eran en carne y alma... ¿Dónde está tu carne aniñada? Envejeces por momentos.

La cabeza de grandes calvas y quemaduras de Oirt daba el aspecto de una patata cocida con raíces. Kainer no pudo evitar sentir lástima de su indignidad no atendida.

-Entendisteis todo mal -replicó Ezila con condescendencia-. Habéis sido engañados por vuestro amo. Nadie en este reino de pesadilla puede llegar a aniñar. Levábais años engordando su poder mientras os destrozaba el alma. No llegáis a peones, pues si fuese así tendrías una función más allá del puro teatro.

>>Su culto sólo era un medio para un fin -miró de soslayo a Kainer y pronunció-: atraer al mosquito al fuego. Odia esta tierra, no tiene arraigo aquí -extendió los brazos señalando el lugar-. El día no llegará, en que, cómo os prometió el pequeño Iracundo, poblaríais los pastos yermos cogidos de las manos con las plantas de la ira de los infantes renovados.

Ya era más cercana a una anciana incipiente.

-¡Mentiras, todo mentiras! -espetó Oirt-. Vieja podrida... ¿Y cómo es que

El Iracuando no auspicia a Merister?

-Porque tiene miedo -repuso Ezila tranquila-. Teme darse cuenta de que allí ya no es nadie. Una lumbre marchita, que sólo ilumina viejos esquemas y corazones ciegos. Yo fui tocada por algo que me hace más real.

Una furibunda cara de enajenación tensó las facciones de Oirt, hasta tal punto que parecían salirse los globos oculares.

-Tú llegaste hace una vida -replicó con rabia-. ¿Qué sabrás de nuestros ritos y verdad? Nada asegura que no te explote la cabeza o se pudra tu piel. Esa elasticidad corporal no tiene porqué durarte mucho más.

O me trato la herida de la cabeza en poco tiempo, o como poco me quedarán secuelas, pensó Kainer.

-Sé lo suficiente para estar convencida de que, si tragas aunque sea una gota de estas manzanas, vendrás como un sabueso a suplicar más dolor.

Comenzó a esparcirse la sangre del busto por los brazos, posteriormente, se pasó una mano por la lengua.

Kainer tenía enfrente un fauno intergeneracional completo. Dios santo, qué le han hecho a esta niña, pensó. El torso, de una anciana de setenta años ya, rompía el tiempo a la altura de las caderas, de donde salían unas piernas joviales con esencia propia. Su voz ya tenía el tono agrietado y pajaril de la vejez.

-Vamos, muerde esta manzana un poco -asíó una manzana sin mirar, tensando las tumefactas venas azules de su brazo, y se la lanzó rodando.

-Así haré, pues el ansia esta conmigo y el dolor es el arma de mi voluntad
-repuso Oirt con inusitada gravedad.

Cogió la manzana, y, tras un instante de duda, le dio un mordisco profundo.

Una convulsión nerviosa le comenzó a recorrer el cuerpo, mientras sus huesos crujían como troncos pasados por un serrucho. Pero se encontraba pletórico. Giró la cabeza como un demonio y empezó a comerse el hombro allá donde le nacía el muñón.

Los gruñidos de dolor se mezclaban con el placer.

-¡Boaagh, sí!! -espetó desgañitándose.

Cesó por un momento para dirigir su atención al manzano. Apenas se distinguía su boca. Se adentró en la capa de lluvia, ahogando la cara en el barro como un perro tras días de cautiverio.

-¡Ya lo entiendo! -pronunció con sorpresa-. ¡La respuesta no está en el fuego sino en la tierra! -espetó con júbilo.

Capítulo 4

Capítulo 4. Interludio plasmático

1

Kainer recordó entonces el aroma a abono en una tarde de primavera. Los cerezos en flor con sus pétalos blancos como la leche, que caían alfombrando el césped recién segado, creaban un lugar calmo y neutro dentro de los pitidos, las prisas y los cambios constantes de la ciudad.

La humareda de un puesto de perritos se alzaba tras Gemma, su madre, mientras esta le decía:

-Kainer, cariño, pon más por aquí.

Kainer sacó con la pala, de una bolsa de plástico blanca, un poco de abono, y lo puso sobre la semilla del manzano, ya algo cubierta.

Los ojos turquesa de Gemma reflejaban el sol acanelado con resignación y Kainer, no podía evitar sentirse ausente, pues su madre lo estaba.

Gemma era de esas personas que expresan mundos con los ojos.

Kainer se la imaginaba en uno de esos teatrillos de marionetas antiguos en que sólo participasen estos. Como si la vida se hubiera rendido a sus encantos y decidiese expresarse sólo a través de ellos. Los asistentes se mantendrían expectantes al siguiente paso dramático acontecido en esos pocos centímetros de puro contenido. Su iris proyectando las historias inefables que se guardan por siempre en rincones del alma.

Pero esos ojos no podían mentir. Había una pátina cian protectora ya cansada de ocultar una tempestad oscura.

-Ya hacen dos años cariño... cómo pasa el tiempo. Yo creo que plantar el manzano aquí, donde los dos jugabais juntos a pesar de todo, es el lugar adecuado -continuó Gemma con una sonrisa cansada. Se echó el cabello negro atrás, dejando a la vista sus orejas, a las que Kainer tenía por las propias de una elfa: con la punta de estas y la parte correspondiente del hélix de la misma, en forma de flecha. Después, colocó el último puñado de fertilizante-

No sabía qué decir, pensó Kainer mientras recordaba. Sé que ella también me culpaba, pero luchaba con todas sus fuerzas contra ello. Vivir con papá, en cambio, se hacía imposible por momentos.

-No quiero que tu padre y tú sigáis así -prosiguió-. Quiero que entiendas cariño que no fue culpa tuya -acarició la mejilla de Kainer con su delicada mano-. La señorita Aly me comenta que ya estás mucho mejor. Qué susto nos diste el año pasado, por favor cariño, piensa en nosotros, te queremos con locura.

-S-sí mamá... -replicó Kainer bajando el rostro.

-El... simplemente... ocurrió -siguió Gemma, y tras unos segundos de silencio, dijo-: siempre supimos que decías la verdad. Pero ahora... después de las pruebas que te hicieron y-y la... regresión, estamos plenamente seguros de ello.

Kainer observó a dos niños que entraron en el parque y se subieron a los columpios. Sincronizaban los movimientos a la perfección. Una niña pasaba correteando por el puente de un palacete rojo de madera. Desapareció de la vista de Kainer al pasar por una escultura estrambótica; a través de la boca de un niño cabezón de plástico. El gesto de la escultura era de evidente sorpresa, pero Kainer también veía angustia.

Volvió la vista a su madre, que esperaba, paciente, una replica por su

parte.

¿Por qué no le abracé entonces y le dije que todo saldría bien?, pensó Kainer recordando. ¿Cómo pude ser tan débil y egoísta? Tras aquello, papá perdió el trabajo y cada vez estaba menos en casa. Mamá se deslomaba a todas horas para mantenernos y se encargaba de todo. Niñato desagradecido...

Recuerdo cómo fantaseaba con haber hecho las cosas de manera diferente, con haber sido el hijo que ellos se merecían.

Gemma, decidió no forzar las palabras de su hijo. Agarró la mano inerte de Kainer y juntos aferraron una regadera. Vertieron la primera agua con que el manzano crecería.

-Es un método de desapego: dejando ir en tristeza -dijo Gemma, solemne-. Pero también de esperanza: una promesa para la renovación de las cosas -miró a su hijo, que hundía los dedos en el abono.

>>Eras la persona más importante en la vida de tu hermano, pero eso es así hijo mío, porque él también lo era para ti. El lo sentía así, nunca lo dudes. Eráis las dos semillas de mi corazón, ahora, lo seréis también de este manzano -besó la frente de su hijo. Posteriormente, se apartó un poco para dejar salir dos lágrimas de sus ojos de mil mundos-.

Se levantó con torpeza y se dirigió a su bolso. Sacó unas cuantas vallitas de madera y las puso alrededor de la pequeña plantación. Después, le acercó una placa a Kainer con una foto impresa. Este la colocó con unas juntas en la cerca creada.

En esta, donde se podía ver a Kainer con su hermano mellizo, ponía: En amada memoria de John Serrot.

-Vámonos cariño -repuso Gemma con tacto.

Los dos cruzaron el parque con la última fuerza del viento de la tarde.

Un hombre les recibía con las puertas delantera y trasera abiertas de un estilizado Range Rover Velar de tintura blanca perla.

Desgarbado y de gesto desenfadado, vestido sin ninguna pretensión ni tino: una chaqueta marrón desgastada junto con unos pantalones amarillos cortos. De aquellas personas que visten de manera funcional y que no tienen reparos en llevar complementos pasados de moda porque tienen valor personal.

-Hola cosita -dijo con ternura el hombre, mientras acompañaba a Gemma al coche agarrándola de la cadera-. ¿Cómo está hoy el jinete del continuo? -inquirió a Kainer elocuente, y, seguidamente, le palmeó la mano-. ¡Bienvenido a mi cápsula de sucesos señor! ¿Adónde nos dirigimos hoy? -Kainer no contestó.

Pasaron unos segundos incómodos-.

-Hoy no, Jake -repuso Gemma, que señaló a su hijo con la cabeza que entrara en el coche-. Vamos a casa.

Las ramas de los cerezos se reflejaban en los cristales del todoterreno.

Qué buen tipo ese Jake, pensó Kainer recordando. Compartíamos muchas cosas juntos: el gusto por los cómics de ciencia ficción, el amor por los Guns n' Roses, la pasión por la escritura... Respetaba y quería mucho a mamá... pero ella siempre le tuvo más como a un buen amigo. A pesar de estar separados, papá vivía en casa, ya que pagó parte de esta y mamá empatizó siempre con él.

-Claro... perdona peque –murmuró Jake avergonzado.

El recuerdo avanzó unas semanas en el tiempo.

3

Kainer se encontraba en el Centro de Recuperación Emocional Niños Resilientes.

Delante de él, la señorita Aly le observaba con las gafas a medio bajar y un gesto de cavilación mientras manejaba algún tipo de información en un pad anclado con un brazo metálico al suelo.

Era una peculiar mujer negra de ojos dispares rondando los cuarenta, que guardaba esa genética superior por la que el colágeno de la juventud se mantenía unas décadas más. Un ojo negro tizón, otro, azul claro.

La gente bromeaba diciendo que era de una antigua estirpe de chamanes vudú y que su ojo azul se debía a que algún ascendiente suyo atrapó el espíritu de una mujer caucásica por no haber cumplido su parte de un trato; manteniéndola así encarcelada por generaciones. Aseveraban, que cuando se cabreaba, si uno se fijaba bien, podía verse a la mujer dando golpes en el interior de su pupila.

Nada más lejos que un conjunto de comentarios racistas y envidiosos que un antiguo competidor al puesto se encargaba de difuminar por Twitter para intentar minar su posición. El litigio que surgió, concluyó en los tribunales, con una deuda considerable y una pena de prisión de cuatro meses para el susodicho con cargos por injurias y daños psicológicos, entre otros.

Vaya mujer... siempre sabía qué decir, pero sobre todo qué callar, pensó Kainer recordando. Era claro que la vida le había impelido a formar alguna clase de contención psicológica. Aún con todo el aplomo de que hacía gala, yo notaba que necesitaba entenderse a sí misma a través de los problemas de los demás. Era como si algo dentro de ella se ajustase cuando lograba avanzar conmigo.

Las primeras compulsiones que sentí hacia una mujer fueron hacia ella. Recuerdo aún el placer culpable de sábanas manchadas.

Kainer podía ver colores púrpuras en el aire del incienso de lavanda que inundaba la consulta. Aly le había dicho cuando se conocieron que eso que le ocurría se llama sinestesia, y que muy pocas personas lo tenían; una de cada cien. Le contó, que incluso había un niño capaz de "sentir la velocidad" de las personas. Esta, pudieron medir, se manifestaba bajo estelas de diferentes colores en función de la rapidez y la aceleración de cada persona.

<<Puedes imaginarlo de la siguiente manera: hay pequeños umpa lumpas en tu cabeza que se divierten cambiando tu percepción a su antojo>>, le dijo entonces Aly, divertida.

Kainer, que estaba abstraído observando la cubierta de un gran libro con ribetes rojos, fue aludido por ella.

-Bueno... Kainer –dijo, con pequeñas pausas-. La semana pasada me dijiste que ya no sentías esos síntomas por los que parecía que no te sintieras como tú mismo: la despersonalización. Acuérdate que no hay nada raro en ello; es muy normal: es un síntoma propio del trastorno de ansiedad.

El embotamiento de aquellos tiempos, pensó Kainer recordando, era algo ya tan arraigado, que no me acordaba de cómo era la normalidad. Aún así, sabía que me sentía entre una malla de rejas ajena al sentido de uno mismo propio del resto de personas; y al mío, antes de la depresión.

Cómo si me hubiera sido arrebatado el plano privilegiado de la existencia.

señorita –dijo Kainer, mintiendo. No quiero que mamá siga pagando tanto dinero por mis sesiones, pensó, entonces-.

-¿De veras? –repuso Aly con reservas-. Me gustaría creerte cariño, pero esta semana te noto especialmente fuera de ti. Me ha dicho tu madre que te ve un tanto alterado de más.

-Es posible, sí –dijo Kainer algo avergonzado-. En verdad... estoy teniendo algunas pesadillas, pero por favor Aly, no se lo digas a mi madre. Te juro que estoy avanzando. Mi madre no puede pagar...

-No te preocupes de eso Kainer –replicó cortando Aly, de forma tranquilizadora-. Han llegado las ayudas del gobierno. No tenéis que pagar más por las consultas; a partir de ahora serán gratuitas.

>>Sé que aquellas sesiones con Graham no fueron nada cómodas para ti. Verás Kainer... quiero ser lo más sincera contigo, ya que ya tienes trece años y eres un niño muy maduro e inteligente para tu edad. No podría engañarte aunque quisiese. A lo que voy, hijo, es que... tenemos miedo de lo que puedas hacerte estando sonámbulo. Aún no conseguimos encontrar la fuente de tus cambios de temperamento, y se ha convertido en un asunto... legal. Ya-ya que todavía no se ha establecido quién tiene la responsabilidad... de lo ocurrido a tu hermano. Por esto pido todo el esfuerzo por tu parte para que todo salga bien para todos.

-¿Cómo? No entiendo. Yo nunca me he despertado por la noche estando sonámbulo y menos para hacer nada... extraño –replicó Kainer con ansiedad y a trompicones.

-Kainer... ¿no te ha contado nada tu madre? -replicó Aly extrañada-. Sí es así... no entiendo cómo... Le comenté que es necesario que vayas siendo consciente de estos episodios cariño, ya que habré de practicarle hipnosis

uno de estos días y creo que, de otra manera, podrías pasarlo mal.

>>Tú madre me dijo que en hace unos días te vio en el salón. Hablabas con una figura imaginaria a la que te dirigías por: El hombre de las grandes ideas; entre otros nombres. Jugabais con tus cartas de fantasía y leías e imaginabais relatos de ciencia ficción.

A Kainer le vino a la mente sin esfuerzo. Una figura musculada, con una cabeza de enormes dimensiones rodeada de pantallas, de dónde surgía una mezcla sin concierto de las películas y series preferidas de Kainer, a través de las cuales no podía verse ni un poco de su cara. Siempre se encontraba sentado de rodillas encima de un plasmático agujero negro de bordes traslúcidos y posicionaba las manos como si rezara.

Una antena le salía de la nuca, la cual vibraba cuando hablaba, con una voz radiofónica y lejana, como la de un astronauta retransmitiendo desde el espacio.

Le surgían a su vez cuatro titilantes alas membranosas dispuestas como las de un hada o una libélula.

Olía a almidón y a sala de cine.

<< Parémonos en el horizonte de sucesos. Aquí todo lo que ha ocurrido es cuestionable y maleable. La imaginación es nuestra mejor amiga, Kainer. Elevarse por sobre los riscos limitantes que nos han dañado con filos inmisericordes. Nos hacemos fuertes y lejanos. Intocables. Las ideas y sus historias nos devuelven a un infinito momento zero. Fuera de las causas y sus consecuencias>>, reflexionaba este.

<<¿Estás bien?>> Solía preguntar a Kainer, a lo que este debía responder: <<Todo está bien, corto y cambio>>.

Kainer volvió entonces al momento presente.

-Sí, Aly –dijo, sentencioso, sorprendido de sí mismo-. El me hace ver que nada de lo que veo aquí y haya pasado, tiene que ser definitivo.

-¿Eres consciente de que es un recurso de que haces uso, verdad? Que... no existe de verdad –repuso Aly, que alzó la cabeza y se ajustó las gafas-. Lo cierto es que son raros los amigos imaginarios en la adolescencia, pero se dan en algunos casos...

-Por supuesto que sé que yo lo he inventado, pero también que eso no le hace irreal –respondió Kainer, y continuó-: sus enseñanzas y su visión me han ayudado. Hace poco leí a Carl Gustav Jung y sus Tipos Psicológicos: la frontera más profunda del hombre es el inconsciente, no el universo. La zona entre bambalinas. Donde nunca sabes cuándo topará con tu final, pues nunca terminas de ser nadie.

-Eso que dices no es del todo cierto Kainer.

-Era una mujer de manos recias a pesar de su pequeña estatura. Las posaba con intención en los respaldos de su decorado asiento -que tenía en los pomos dos espirales-, convirtiendo a este en un extraño trono que custodiaba esa pequeña pero cargada estancia-.

¿Puedes verificar que te turbas cuando te critican, verdad? Eso hace cierta y definida de manera importante tu identidad. De la misma manera, puedes notar el dolor de tu cuerpo, esto demuestra que tienes anclas suficientes con lo que existe aquí.

Kainer miró por la ventana de la consulta, que se encontraba en un primer piso. Vio a una ardilla atravesar con ímpetu un seto. Esperó unos segundos para verla salir por el otro lado, pero el suceso no se dio.

-Me da igual lo que me ancle aquí –susurró, encogiendo los hombros, y

cambiando el foco de la ventana a Aly.

-Pensar eso, además de peligroso, es irresponsable. ¿No lo crees así?
-inquirió con acritud la psicóloga-. Creo que tu madre se merece que tengas los pies en la tierra.

-¿Tú qué sabrás lo que quiere mi madre?! -espetó con indignación Kainer-. Soy yo el que tiene que vivir con ella y su angustia. ¡Yo el que tiene que vivir con la culpa de haber mata...!

-Perdoname Kainer -repuso con arrepentimiento Alyson-, desde luego que entiendes mucho mejor que yo a tu madre. Lo decía por eso mismo. Cariño, tú no mataste a tu hermano.

De repente, una secuencia en bucle le vino a la mente a Kainer entonces: el momento de la desaparición instantánea de su hermano, a través de las pantallas de El hombre de la grandes ideas.

-Bueno... ¿Qué te parece si hablamos de esas pesadillas? -repuso Aly, con cierta indecisión.

El Kainer del presente recordó el vértigo en su mente. Perdió el contacto con el pasado, traído de vuelta por Ezila.

Capítulo 5

Capítulo 6

Parte 1

A título provisional: huye de ti mismo

Jealousy, turning saints into the sea

Swimming through sick lullabies

Choking on your alibis

But it's just the price I pay

Destiny is calling me

Open up my eager eyes

'Cause I'm Mr. Brightside

Mr. Brightside - The Killers

Capítulo 1. Momentos rebeldes y gatas post-humanas

1

¿Conoces esos momentos en los cuales no tienes ni la más remota idea de cómo has llegado a parar a una situación en la que eres el protagonista de algo tremendamente raro que sólo puede llevar a que te salga una cabeza de duende, o, cuanto menos, a la muerte? Este era uno de esos momentos.

Pero este, por lo que sea, no paraba de durar, y no parecía querer ceder su calidad mental de momento por mucho tiempo que pasara.

La discoteca estaba saturada de luces y sonidos. Las personas se agolpaban sudorosas, bailando al ritmo de la atronadora música de rock electrónico.

El ácido mantenía las pulsaciones de Kainer a un nivel aceleradísimo y estaba a punto de rasgarse la camisa del calor que sentía.

Necesito salir afuera ya o me voy a desmayar, pensó.

Se disponía a la salida del local cuando una joven bastante atractiva le agarró de la muñeca. Sin poder reaccionar, y como llevado por un influjo inevitable se dejó guiar.

Esta, vestía de un negro alquitrán, que le rodeaba el cuerpo en líneas siniestras y misteriosas. Enseñando carne de manera esquinada y sutil.

Kainer no podía dejar de mirar el tatuaje púrpura que le nacía de la muñeca y le llegaba hasta el cuello. Tres estrellas de nueve puntas se fusionaban para generar una extraña flor en el nacimiento del tatuaje.

Esta, miró ferozmente a Kainer y le dijo:

-¿Te gusta mi tatuaje? No lo mires mucho, a ver si te va a morder -una dentadura nívea asomaba a su cara de rasgos ovalados-. Cuando me lo hicieron, me dijeron que no mirara. Me contaron que hay una leyenda que dice que el que lo tatuó por primera vez, se desmayó al acabar, y despertó a los dieciocho años en un hospital. La enfermera lo encontró degollado con un trozo de espejo y en este, pintado el tatuaje con sangre.

La gente le cedía el paso sin darse cuenta. Se contoneaba con desparpajo y elegancia. Pero nadie la miraba. No le importaba, o bien, no se daba cuenta.

Los sonidos eléctricos de las guitarras y los tambores de la batería se solapaban con furia.

Guiaba a Kainer hasta el baño de mujeres.

Con un fuerte golpe abrió una de las cabinas y le sentó en la tapa del váter, que estaba sospechosamente empolvada. Inmediatamente después, se sentó con ansia en sus piernas de frente a él.

La mezcla aprisionadora de olores dulzones y ácidos, las pegatinas con proclamas crípticas y formas sibilinas, junto con la masa pegajosa que le mantenía los pies en el sitio y la actitud de la chica, hermetizaban totalmente.

- ¿Qué pasa contigo, guapetón? -dijo la joven, que respiraba acusadamente y tenía la cara hecha un gurrño de pintalabios y línea de ojos. Los pechos escotados le subían y bajaban como con vida propia a medida que se apretaba contra Kainer-. ¿No te enteras de cuando una

chica tiene ganas de hacerlo y muy poco tiempo para satisfacer la necesidad?

-S-si...Eeeh..., es que estoy un poco mareado. Necesitaría tomar primero un poco el aire -replicó Kainer sin apenas aliento.

Sin mediar palabra, la chica se desabrochó el vestido y se sacó atropelladamente un pecho. El genital brotó como una fruta madura. Tenía el pezón erizado, rodeado por una simétrica aureola de una tonalidad rosácea.

Era verdaderamente apetecible.

- ¿De verdad no te quieres comer esto? Sus ojos miel brillaban con una lascivia descarada mientras se mordía el labio y miraba a sus bondades y después a Kainer.

El olor de su cuerpo era embelesador. Su sudor se mezclaba con el aroma de la canela y la rosa, que se concentraba en su busto.

No sabía de dónde salía el impulso, pero Kainer no pudo evitar agarrarle el pecho con las dos manos y lamérselo violentamente.

Para cuando quiso darse cuenta, ya estaba dentro de ella. El sonido de los golpes de sus muslos y de la cada vez mayor humedad de su sexo le mantenían en un enloquecido tren del deseo.

El inesperado disfrute no duró mucho. Una inevitable debacle se iba formando como una coctelera dentro de Kainer. Se echó fuertemente hacia atrás para tomar aire, pero eso sólo sirvió para dispersar la poca sangre que le llegaba al cerebro. Un fuerte retortijón surgió de su vientre, y al punto, una masa ácida y caliente asomó de su boca, yendo a parar al cuello de la chica.

Sus generosos pechos, embadurnados de vómito sobre el vestido ajustado a medio bajar, asemejaban un nauseabundo helado de dos bolas.

-Ohh...Aaahh... ¿Pero qué coño? –espetó la chica, viendo su disfrute adulterado. Los fuertes gemidos se vieron cortados súbitamente por una fuerte reacción de asco y aprensión-: ¡Joder, qué puto asco!

La chica no paraba de soltar imprecaciones y espumarajos por la boca cuando el tatuaje de su brazo comenzó a destellar con fuerza.

La cabina del baño comenzó a vibrar mientras una especie de sumidero surgido del tatuaje fue atrayendo a todo lo que estaba dentro de la

misma.

La masa informe que era ahora el cuerpo de la chica, estaba casi completamente dentro del agujero, cuando su palpitante ojo amarillo terminó de arrastrar la cabeza de Kainer adentro.

Se hizo un borrado en blanco.

2

Kainer despertó en una gran avenida flanqueada por dos líneas de árboles cobrizos, parecidos a hayas.

A unos pocos metros de él se encontraba una gata negra de gran tamaño.

Sus dos enormes ojos miel relucían a la luz del alba y tenía un tatuaje púrpura que le iba de la frente al final de la cola.

Kainer estaba muy alterado, aunque una curiosidad incuestionable salía de él sin esfuerzo. Además, ya no sentía náuseas ni los efectos del estupefaciente: parecía haber salido de un sueño profundamente reparador.

La calle de adoquines resquebrajados se fundía perfectamente con las intenciones de la gata: "Estás en tu casa" parecía decirle, mientras esta comenzaba la marcha.

Las hojas de las imponentes hayas volaban a su alrededor, pero ni una sola se posaba en el pavimento.

De vez en cuando miraba hacia atrás para cerciorarse de que Kainer le seguía. Pero de una manera desapegada, como echando un ojo a la estela que dejaba tras su paso.

Por un momento Kainer se desvió un poco del trayecto para ver más allá del enorme borde de árboles. Encontró un enorme abismo con incontables islas suspendidas.

Se dio la vuelta y enfrentó de sopetón a la gata delante de él, que levitaba. Del susto estuvo a punto de precipitarse, pero su cola le sostuvo en el último momento.

-Ahí no encontraras la salida -dijo esta, que como si nada, volvió al suelo y se puso de vuelta a su destino andando sobre sus cuatro patas.

Su voz era parecida a la de la chica de la discoteca que se perdió en el sumidero; amén de sus ojos y tatuaje, pero tenía un tono extrañamente

solemne.

Su cola extensible iba lentamente volviendo a su tamaño inicial yendo del segundo cuarto al último de un reloj imaginario.

Anduvo tras ella por lo que parecieron varias horas hasta que esta, de repente, se frenó en seco.

Ya era bien entrada la noche, y, a falta de algunas estrellas en ese extraño lugar, sólo brillaban sus ojos y tatuaje.

La felina empezó a hablar tras unos segundos que se le hicieron larguísimos a Kainer.

- ¿Entiendes por qué estamos aquí? -dijo, aburrida.

-Lo entiendo lo suficiente como para no haber flipado al momento de despertar aquí y haberme liado a guantazos con mi cara -dijo Kainer. Demasiado tranquilo a decir verdad y sin cansancio aparente tras la caminata-.

-La perspectiva en la que una gata empieza a hablar y me doy cuenta de que me salva, con su cola, de no caer rebotando entre una ensalada de islas flotantes, me hace pensar a su vez, que, o bien, entiendo algo muy chungo que explique todo esto y por lo que sea no consigo hacerlo consciente, o bien, se me está cociendo la cabeza en una cuneta y estoy alucinando fuertemente.

Una enorme isla pasó volando por encima de sus cabezas.

-Por cierto -prosiguió Kainer-, no sé si me veo en la obligación de no saberlo, o es que no tengo ni la menor necesidad de saber qué o quién eres.

La gata no pareció inmutarse de la última parte de su discurso.

-Estás pasando por un puente entre realidades -terció, tras lamerse una pata y cepillarse la frente-. Pero esta no es una realidad cualquiera. Al igual que a la que te diriges. Puedes considerarla como una realidad auxiliar.

- ¿Una realidad auxiliar? -dijo Kainer, mientras la extrañeza iba ganándole el juego.

-Sí, es una realidad que fue generada para resolver algo.

- ¿Y no será que todo es una película que me estoy creyendo producto del

LSD?

-Una película con mucho que contar -replicó la gata, aproximándose un poco hacia Kainer-. Ven aquí, tienes que saltar.

-¿Saltar?, ni de coña -dijo este, con bastante firmeza-. Acepto gato parlante como animal de compañía, pero no un salto al vacío.

-Si no saltas, te quedarás aquí para siempre. ¿Es eso lo que quieres?

-Por un momento le pareció ver a Kainer una línea de expresión ascendente, como de cuestionamiento, surgir de su ojo izquierdo-.

Llamaradas de fuego fatuo serpenteaban su tatuaje.

-Probablemente no te ocurra nada, pero la alternativa... -continuó.

Se quedó mirándole inquisitivamente un tiempo. Las hojas se arremolinaban alrededor suya.

-Vale, vale -dijo Kainer, resignado.

-Tómalo como un salto de fe. No tienes ya nada que perder Kainer -dijo la gata misteriosamente-.

¿Cómo que...? -le salió decir-. De repente, se tropezó sospechosamente con uno de los adoquines y el tambaleo le llevó de bruces a una caída libre.

<<Buen viaje. Nos volveremos a ver...Espero>>. Fue lo que logró oír a la gata, mientras se aferraba a la consciencia.

Capítulo 2. Si el fuego te devuelve la mirada, que lo hará...

1

Aterrizó en un campo baldío. El día ya iba quedándose sin luz y estaba lleno de gente con túnicas oscuras que miraba atentamente a un hombre subido a una gran tarima de madera. Un enorme halcón se posaba en su cabeza, como un estridente sombrero de taxidermista.

Notó una resistencia interna debido al cambio de presión, luz y temperatura. Por un momento pensó que se estaba enfrentando a los efectos postreros del alucinógeno, pero fue recomponiéndose a medida que su vista iba ganando enfoque.

Hacía un calor infernal y los presentes despedían un olor fuerte a sudor y azufre.

Una ligera calima se abría paso.

Árboles desnudos, que se alzaban como manos carbonizadas en deseo al cielo, enmarcaban, junto con una cerca de dólmenes y sotobosque marchito, una pradera sedienta con un presente que distaba mucho de lo que pudiera haber sido su lustre primordial.

El hombre, que se encontraba en un púlpito, abrió un desastrado pergamino y comenzó a hablar.

-No deis la espalda a vuestro camino interior, aunque el calor sea agotador y transforme vuestra carne: aunque cambie lo que pensabais de vosotros mismos y vuestra relación con los demás. En el interior mora la delicada piel en que os enfundaréis en vuestro renovado y eterno comienzo -fuertes toses seguían su habla.

Tenía la cara y los brazos hinchados por la viruela y al rascarse le supuraban las pústulas; bajo el reflejo del sol parecía resina manando de un anciano árbol.

De pronto, el ave rapaz bajó a su hombro y comenzó a picotear una buba hinchadísima de su mejilla. El viejo se mantuvo estoicamente en silencio, pero se podía ver cómo hacía fuerza para contener el dolor al apretar los puños. La sangre, de coloraciones blancas y amarillas, le fluía vivamente bajo el torso. Mientras, se iba generando un pequeño pandemónium de plegarias.

<<Aaarrgggh..., isí!, ¡el profeta no desestima el dolor!>>decía uno. << ¡El dolor se convierte en dicha si nos bañamos en él!>>, se podía oír a otro. Rápidas retahílas de aforismos recalcitrantes surgían, pero su contenido vacío, que sólo ganaba fuerza por la intencionalidad del grupo, los hacía indistintos.

-Todo proceso que en esta vida vale la pena pasa por el reconocimiento del dolor. La distorsión se encuentra cuando negamos el fuego -dijo el hombre.

- ¡La distorsión se encuentra cuando negamos el fuego! -gritaron al unísono los congregados.

¿Dónde diablos me he metido?; ¿en qué año estoy?: es como una versión mala de un videojuego indie de terror, pensó Kainer.

Un joven tísico, que parecía haber cedido unos cuantos años de vida por una causa extenuante, la cual, al juzgar por sus ojos perdidos, no parecía tener muy en mente, abordó a Kainer de pronto.

- ¡Eh, hermano!, ¿dónde tienes tu hábito? -inquirió-. Ya sabes que no podemos cantarle nanas a la llama si no vamos todos con él. La uniformidad en todas las formas.

Sus dientes estaban torcidos de toda suerte imaginable y tenía los secos labios agrietados y llenos de llagas y úlceras. Abrir la boca parecía costarle un mundo. Sospechosas manchas reseca se ganaban un hueco en su vestimenta.

-Ehmmm... eh... claro -repuso Kainer, mientras miraba de reojo por si alguno más se acercaba. Este debe ser el que cobra las entradas, pensó

con sarcasmo, para intentar tranquilizarse-. Lo que ocurre hermano, es que una gata muy traviesa me lo ha robado y necesitaría uno nuevo, y, la verdad, es que he perdido la lista de tarjetas y entre ellas la de nuestro queridísimo sastre. ¿Serías tan amable de darme su dirección?

Tras sacarse un moco mirando a nadie a lo lejos respondió:

-No entiendo por qué pareces tan poco agotado, pero los recuerdos de Verwoist me dicen que en el fondo estás explotando de ansia. Me recuerdas un poco a él... -dijo el desahuciado. Una desagradable sonrisa le surgía a expensas de la armonía interior de Kainer-.

-Sí... Verwoist -murmuró Kainer. Fue súbita la forma en que empezó a tomarse la situación en serio y no como una alucinación. La ansiedad comenzaba a inflar su tripa con ardores punzantes-. ¿Y-y qué te ha dicho Verwoist concretamente?

- ¡Claro! No estuviste cuando nos comimos la cabeza de Verwy. Has debido venir de la congregación de Merister, ¿no es así? -dijo el joven. De pronto su lengua hizo un barrido por su boca-.

Los sectarios parecían seguir la misa como si nada, aunque la conversación estuviera llevándolos de a poco al centro de la muchedumbre.

El calor y el olor mareaban a Kainer seriamente. Fue incapaz de responder en el momento: estaba en pleno procesamiento del miedo que se apoderaba de su garganta a razón del cariz que iba cobrando el suceso.

Los dólmenes acunaban la voz del viejo y le daban resonancia.

-Será por eso que no saboreaste sus recuerdos... -dijo el joven-. Allí en Merister no hacéis lo mismo, ¿verdad? Nosotros nos dimos cuenta hace unos años que, como algunos gusanos, podemos retener los recuerdos y epifanías de nuestros compañeros al comernos sus cabezas, je. Conocimiento brindado por nuestro queridísimo profeta que habla con todos los seres.

Varios mechones de su largo cabello ceniciento se repartían por el cuello de su ropaje.

-Así las cosas -continuó-, Verwy nos habló de un extraño misionario que vendría del sur. El cual estaría siguiendo las migajas del pasillo entre realidades. Sí... eres tú. Vamos a necesitar tu ansia.

-No-no sé de qué me hablas amigo -dijo Kainer, intentando encarcelar por todos los medios su terror-. Creo que lo mejor será que vaya a por un

hábito y vuelva lo antes posible para aclarar las cosas.

- ¿Vas a perderte la nana a la llama? -inquirió el extraño joven-. No renuncies a mirar.

-Para nada. Como te digo, y siguiendo tu sentido común, considero que no... no haría honor a-a la llama si no voy vestido apropiadamente.

-Déjale Oirt -pronunció de pronto el profeta. Todos los presentes dirigieron al punto la mirada hacia ambos.

El sol estaba cayendo y un fuerte contraluz hacía del profeta un extraño eclipse.

Kainer no se había fijado anteriormente, pero ahora caía en la cuenta de que no había parado de interiorizar sus palabras. Podía percibir aún su zumbido. De la misma forma, sabía ahora sin duda alguna que llevaba un tiempo sobrevolando al joven y a él una sombra. Esa sombra por supuesto era el ave del viejo. Una pluma sanguinolenta se aposentó en el dorso de su mano. Pegó tal respingo que casi se tropieza con una roca.

-El momento llegará Kainer -terció el profeta, que entrelazaba las dos manos-. En uno, tres, como mucho nueve soles. Llegará. El dolor se tiene que acomodar a la carne, no al revés. La suya está aún tierna hermanos. No sufráis, más dejarle ir.

<<No podrás cerrar la boca por mucho tiempo sanguinario>>, escuché en mi cabeza. <<Habrás de decir las palabras que ahora no quieres ver. Señalar las heridas que ahora crees no tener. Vomitar la sangre vieja que ya pereció. Bajo el ansia. Entre el fuego>>.

Oirt, el joven enfermizo, estaba mirando a Kainer de hito en hito. Tenía una de sus manos agarrándose el labio inferior; a diferencia de uñas tenía costras. Si es algún tipo de mensaje, no lo capto, pensó Kainer. Sus pupilas dilatadas estaban tan secas que apenas reflejaban la luz. Cientos de venas rojizas buscaban con afán llegar al iris; a un azul muerto.

A su vez, el resto de presentes se posicionaban hacia Kainer, pero todos ellos llevaban la capucha bien calada. Algo de alivio para este entre la asfixia que le aferraba.

Sin mediar palabra, Kainer comenzó a andar hacia atrás. Al poco, se aventuró a hacer un giro completo de su cuerpo. Quizás haya girado con demasiada brusquedad al final, pensó.

Una decena de encapuchados con los hombros de cuero tachonado con punzones salieron del embotamiento y se dirigieron a los cuatro dólmenes

principales de la estructura.

A medida que caía el sol lacerante a su indeseada noche, llamas rugientes surgían de grandes antorchas.

Ahora sí. Las caras de ángulos caprichosos y sonrisas caídas se iban contorneando al amparo del ardiente. El interior de la mente de Kainer era un témpano provisional. Notaba como si su lengua fuese un calcetín de esparto. Pero no hicieron nada. Simplemente se quedaron ahí. Mirándole. Con sus apollilladas mentes encendidas.

Empezó a alejarse contando sus pasos. Necesitaba la afirmación mental de que estaba poniendo tierra de por medio de esos desquiciados. Los sonidos de la arena le marcaban el tempo. Uno, dos, tres..., nueve. Al noveno paso un viscoso crujido bajo su pie izquierdo anunció olas negras. Su protección psíquica provisional se abrió.

Lo ominoso clavó sus zarpas.

Lo que acababa de pisar era una calavera. No le quedaba un ápice de cerebro, pero mantenía trozos de carne ahí y allá. Una ristra de gusanos verdes salía de la parte de la mandíbula que había recibido el grueso de su pisada, confundándose con la flácida lengua. No encontraba rastro del resto del cuerpo.

No pensaba nada, no sentía nada. El terror que se abría paso por todos sus poros era un ente ajeno. Mutante. Salió volando. Fue a buscar su lugar entre el nido de víboras a su espalda, que expresaban la catarsis a través de terribles risas. Malévolas e implorantes.

<< ¿Te ha comido la lengua el gato?>> espetó el profeta a lo lejos. << ¿Dónde te has dejado las bromas? Lo que vivirás será más real que el olor de la sangre>>.

Kainer desconocía de dónde sacó el tesón, pero se puso en marcha y se alejó de ese rincón de locura.

Lo que no sabía es que, eso, sólo era la carta de presentación.

2

Caminó durante horas por el bosque colindante al lugar de la misa macabra.

Se encontraba de lleno en la madrugada de un cielo de estrellas rasgado por las ramas de chopos perfectamente alineados cuando un búho salió

despedido a lo alto, hacia la acaparadora luna llena de reflejos azulados.

Nunca imaginaría que fuese a echar tanto de menos a esa maldita gata, pensó.

Juzgaba el paso del tiempo en función del sol, ya que sus pertenencias tecnológicas se debieron perder en algún momento entre el maremágnum de estímulos.

El frío se hacía cada vez más presente.

Tenía la ropa llena de polvo y el instinto de supervivencia se había aligerado lo suficiente para que la necesidad de comida y agua estuvieran cada vez más presentes. Al igual que la fatiga, y el sueño, que pedía su entrada en el mundo de Morfeo cerrando sus ojos con legañas de arena y deshidratación.

Delante de él se encontraban unas caballerizas, y al lado, un establo. A unas decenas de metros, divisó una hacienda.

Había un espantajo del que brotaba un manojito de paja del lateral de la cabeza. Un par de cuervos salieron en desbandada.

Se aseguró de que no hubiera ninguna luz encendida y se dirigió a hurtadillas al establo, pasando entre un campo de hierba alta.

Por suerte, la puerta estaba entreabierta y para mayor goce, localizó un cubilete con algo de leche. Bebió el contenido de una sentada.

La leche fluía por sus entrañas, formando un ligero pastiche con la sequedad de su boca. La primera experiencia positiva en este sitio, pensó.

Entró en el establo. A izquierda y derecha tenía algunas vacas dormitando en estrechos recintos. Se percató de que una de ellas estaba rodeada por tres terneros que se apretaban contra ella. Pero había algo raro: uno de ellos tenía una larga cola negra. Muy tupida, sobresalía claramente.

No quiso darle importancia. Estoy en una realidad desconocida, donde a saber qué cosas pueden darse, incluso, puede que todo sea producto de mi imaginación... pensó, sin demasiadas esperanzas.

Al final del lugar había un generoso pajar de heno. En estas circunstancias es hasta apetecible, pensó. Se tumbó lo más ergonómicamente posible y cayó rendido.

Le despertó un lametón vacuno a la tarde del día siguiente. Delante de él, una niña con graciosos tirabuzones y un tanto peripuesta, se desternillaba al mirarle. Mientras, comenzaba a comerse una manzana.

Parece la reencarnación de Shirley Temple en aquella película que me ponía mamá de pequeño: Ricitos de oro, pensó.

Se estaba recreando tanto, que se le cayó la manzana. Uno de los terneros apareció como un proyectil y la engulló. La pequeña no se lo tomó nada bien:

- ¡Noo Freddy! ¡Era la última que me quedaba! -espetó. El enorme lazo rojo que llevaba en su cabeza no paraba de contonearse-. Ahora tendré que desviarme y pasar por el manzano... Con la prisa que tengo por llegar a Merister con la tía Ann. Hoy es domingo de despertar. Además, tu mamá querrá que tengas hambre para su lechecita, has tenido tan pocos hermanos que debe sentirse muy sola.

El ternero de extraña cola no dejaba verse por ningún lado.

- ¡Oh, hola! Perdona que no me haya presentado. Me llamo Ezila. Tengo nueve años. ¡Me hace mucha gracia como vas vestido!

-Hola Ezila. Yo soy... John -Fue el único nombre que se le ocurrió en el momento-. Je...jejeje, sí, lo compré en una tienda de disfraces en, eeh, Merister.

-Encantada John... Uhmm ¡ese nombre me hace sentir bien! -quedó obnubilada un tiempo-. ¿En Merister? Llevo yendo toda mi vida y nunca he oído hablar de una tienda de disfraces, qué raro... ¡Y mira que a mí me gustan los disfraces! -Se puso a dar saltos.

Lleva un vestido muy bonito, a decir verdad, pensó Kainer. Era de satén, con imaginativos encajes y volantes. Una de esas prendas que hacían parecer más mayores a las niñas del siglo diecinueve. Estaba dejándose los botines y la falda perdidos de barro.

-Está en un lugar un poco escondido -dijo Kainer, con poca seguridad. La chica parece bastante avisada, tengo que andar con pies de plomo, pensó-. Sé dónde está porque es de un amigo mío. La abrió recientemente. Lo-lo único, que me lo mandó por correspondencia y aún no sé cómo llegar a Merister desde aquí. ¿Podrías decirme cómo llegar?

- ¡Claro! Puedes venir conmigo, ¡y así me enseñas la tienda! ¿Oye, qué haces durmiendo en mi establo? Es muy incómodo. Yo probé echarme una

siesta hace unos días con Freddy, pero no lo conseguí.

-Pues verás, perdí a mis acompañantes ayer por la noche a unas cuantas horas de aquí -repuso Kainer, dando un vistazo al lugar-. Lo malo es que fueron interceptados por un grupo de bandidos. No pude ver demasiado, estaba... haciendo mis necesidades a cierta distancia y conseguí escabullirme, ¡por suerte!

- Oh, ¡qué valiente! -la niña comenzó a jugar con su detallado cinturón-. Pues espero que tus amigos estén bien, al fin y al cabo, los deseos de la llamita van en todas direcciones. O eso dicen.

La niña da golpes cada vez más fuertes en una habitación precintada de mi cabeza, pensó Kainer.

- ¡Sí! Los deseos de la llama... Emm, Ezila, ¿qué se hace exactamente en el domingo de despertar? -dijo Kainer, con las brasas de ansiedad de antes elevándose. Si esta niña tiene algo que ver con el grupo de tarados, no voy a llegar muy lejos, pensó-. Allá de donde provengo... no tenemos esa celebración.

-Eso no me lo puedo creer. Su luz llega a todas partes -pasaron unos segundos muy incómodos-. ¡Bueno! No pasa nada. ¡Los deseos de la llama van en todas direcciones!

- ¿Y qué cosas soléis hacer? -insistió Kainer-. ¿Qué haces aquí sola, Ezila? -La niña había cogido al ternero Freddy y estaba apretándolo con fuerza contra su pecho; sin hacer caso de la pregunta de Kainer. Del mugido que soltó podía escucharse un lamento-.

La explosión de nerviosismo de Kainer se vio interrumpida por una entrada en su plano de visión. Una gata negra cruzó por la puerta, de lado a lado del establo. Recortando el horizonte, al que este llevaba tiempo sin tener en cuenta.

Donde antes estaba el espantajo, ahora se recortaban dos figuras entre una bola de llamas. Con una mano se cogían, con la otra señalaban a Kainer. Tenían sonrisas forzadas que se estiraban hasta detrás de las orejas y las cuencas de los ojos vacías.

Kainer asfixió un recuerdo y un símbolo.

Se esfumaron antes de entrar en la mente del tiempo. Eternizados en los temblorosos miembros de Kainer y en plegarias mudas.

<<Acúnate>>, le dijeron. <<Arde hasta el alma. Abrigala, renacida, con

la carne del niño. Vuelve>>.

Capítulo 3. Esta casa huele a fruta prohibida y a viejo

1

Al volver los ojos, se encontró a Ezila abrazándole. Se había evadido tanto que no se había dado cuenta.

-Yo te cuido, no tengas miedo -le dijo. Le rodeaba un aroma peculiar, como lo que los japoneses llaman kareishu. El olor de los ancianos-.

-Tranquila, estoy bien -dentro de Kainer se gestaban notas discordantes. Trincheras olvidadas-. Tengo que irme Ezila. Me acabo de acordar de algo... Tengo que irme.

-Vale, de acuerdo. Pero si te vas, al menos llévate esta manzana -La sacó de un bolsón.

- ¿De dónde has sacado esa manzana, Ezila? -inquirió. Lo cierto es que estaba muerto de hambre-.

Asió la manzana evitando mirar a la niña a la cara y la guardó con brío.

Un flashback le secuestró por un momento: él y su madre plantando un manzano en la Calle Sombrerero. Recordó la impotencia que sentía, sus capas emocionales rompiendo la realidad de su entorno como guardianes defectuosos.

-La tenía aquí -replicó Ezila, cortando la momentánea evasión de Kainer: se señaló un lateral de la falda con gracilidad-. La tía Ann dice que soy muy olvidadiza. No recuerdo nada de...

-Ya me seguirás contando pequeña, ¿vale? -le cortó. Tengo que encontrar a esa gata para que me saque de aquí cuanto antes, pensó-. Necesito hacer algo urgente.

-Vale. Pero no te olvidarás de mí, ¿no? -Kainer no supo identificar todos los matices, pero entre ellos había soberbia, melancolía y cierto reproche-.

-No, Ezila -con sorpresa comprobó que algo le ataba a esa niña. Había verdad en sus palabras; a pesar de la evidente incomodidad que generaba a Kainer. Existía en él un sentido de responsabilidad añejo, sin embargo, negado; ya macerado, y todavía, vivo.

Kainer posó su mano con afecto en el hombro de la niña y caminó hacia la salida. Antes de salir ella dejó aún una sentencia. Provenía de ese vínculo a regañadientes que formaban: <<Siempre nos contamos las cosas a

nosotros mismos, ¿no crees? A la inocencia incorruptible>>.

No era ella.

Kainer pudo oír cómo mordía la manzana.

No miró atrás.

2

Las dos figuras de antes no habían dejado un resquicio de su presencia. El espantajo recuperó su lugar.

Kainer se encaminó por donde la gata cruzó. Rodeó el establo y dio con un caminito. Lo enfiló. Pudo observar un carruaje en el camino principal que daba a la hacienda. En este se subió la pequeña Ezila.

Una mano, que sobresalía de un vestido negro, le aupó adentro. Su diminuto cuerpo se adentró, seguido de un correr de cortinillas. Lo último fue el chasquido del conductor, que, junto un golpe de látigo, puso en marcha a dos bellos corceles blancos. Un símbolo se encontraba plasmado en la parte anterior del vehículo: una cuna.

Kainer Prosiguió su marcha. Al final del camino había un campo embarrado y, delante, un manzano. Un manzano con una llovizna constante encima. Alzó su cabeza, pero no había nubes. La precipitación era de generación desconocida.

Estaba repleto de manzanas. Rojas. Muy rojas. Como las de Ezila.

Ahí estaba ella. Era inconfundible. La gata negra de la gran avenida. Estaba dando círculos alrededor de una manzana.

-Hola, Kainer. ¿Qué tal ha ido tu primer día? ¿Más movidito que uno de tus días de fiesta? –dio algunos toquécitos a la fruta, hasta que se cansó y la envió a lo lejos-. A lo mejor tengo algún caramelito que te guste, para que no pierdas la costumbre. O quizás, un cuaderno, para que no se te escape un detalle, ya que te has quedado sin aparatitos electrónicos.

- ¿De qué va esto? –Los rayos del mediodía atravesaban el manzano. Ramificaciones ficticias de la gata se encontraban en las sombras.

- ¿Quieres jugar un poco? Estoy algo agarrotada de observarte. Eres muy aburrido. Puedes tirarme una manzana para que la busque, o... podemos continuar donde lo dejamos en el baño.

- ¡Ya basta! ¿Quién es esa gente que sabe mi nombre? ¿Y Ezila?

¡Devuélveme a mi realidad, joder!

- ¿A tu realidad? ¡Jajaja! Qué gracia. Escucha, eres tú el que accediste a venir aquí, yo sólo te llevo adonde quieres estar.

- ¡¿Qué accedí a venir aquí?! -le costaba gran esfuerzo bloquear la angustia-. Fuiste tú, puta tarada, la que me agarró del brazo y me arrastró a este desfile ridículo.

-Ya me entenderás. ¿No te parece buena la combinación de colores de este sitio? A lo mejor le vendría bien una saturación diferente aquí y allá, pero es aceptable -bajó algo la cabeza; lo que Kainer tomó por un ligero mohín de arrepentimiento-. Vayamos al grano. Tú posibilidad de supervivencia pasa porque entres en esa casa -señaló con la cola la hacienda de Ezila-.

- ¿La casa de la niña? - Kainer no quería entrar ahí. La perspectiva de un armario lleno de vestiditos tétricos, me revuelve las tripas, pensó.

-Eso es. La pequeña impertinente y vivaz. Menuda es. Dicho esto, voy a tener que ausentarme. Acuérdate de enviarme un gif gracioso y de actualizar tus redes sociales -proyectó una secuencia en que un hombre daba una galletita a un gato.

- ¡No, espera! -una musiquita empezó a sonar-.

-“Una niña vino aquí, vino aquí, y ella ya se quiere ir, quiere ir, bajo la nanita va, isí que va!, para por siempre mimir, ¡ay mimir! Si su...” - cantaba la gata. Mientras, desaparecía entre neblinas purpúreas-.

3

Pasó por una pequeña plantación de tabaco al dejar atrás el manzano. Sus hojas eran de un verde intenso. Un delicado cenador negro cobijaba una mesa, que contaba con dos sillas: una muñeca daba una improvisada velada a un conejo de peluche.

La hacienda, de ornamentada fachada, saludaba a los invitados con gárgolas dantescas.

Había una serpiente con dos patas que mudaba de piel, un querubín con mirada desencajada y piel arrugada adherido a una especie de bañera tentacular con ojos, un ave de rasgos humanoides que se comía varias

veces a sí misma...

Las ventanas estaban tapiadas.

Un ademán de burla se le insinuó a Kainer. No lo dejó operar. Ya no hay tiempo para dulcificar las cosas, pensó. Tengo que tener los ojos bien abiertos, como si me sometiese a la técnica de Ludovico; asistiendo a la impertinencia de cada fotograma. Apaleando mis excusas.

El portón principal estaba abierto. Entró con reparos y sin saber muy bien el porqué. ¿Debo hacer caso a la gata?, sólo me ha traído problemas, pensó.

El vestíbulo le recibía con una sucesión casi ceremonial de velas de cera. A la izquierda, se situaba un gran espejo dorado con cenefas en el marco. Su camisa estaba hecha unos zorros: el vómito se mezclaba con restos de paja y una pátina de arena. Un líquido grasoso rezumaba de su calcetín izquierdo.

El hombre del reflejo era él, pero no se reconocía del todo. No era una cuestión morfológica. El tiempo, en ese sucedáneo de continuidad espacial, le estaba convirtiendo en su observador distante.

Treinta y tres años, pensó. Desperdiciados en inseguridades, malas decisiones, negación... En primaveras alquiladas de habitaciones de motel para sofocar todas mis buenas acciones con almohadas de barquitos a la deriva.

Lustrosas escaleras de mármol rosa ascendían, bifurcándose a ambos lados, hacia un piso superior. La comitiva de velas seguía hacia allí, manchando de cera el suelo y la barandilla.

En el descansillo de estas se situaba una vidriera. No debía tener muchos años. Reflectaba la luz en varias trayectorias. Encerraba un acto litúrgico en el que un corro de niños bailaba rodeando una pira. Sujetos adultos con trajes elegantes transportaban en volandas a una anciana desnuda. Decenas de comensales, a los laterales, disfrutaban de platos con manjares varios.

Emprendía su marcha hacia las escaleras cuando con el rabillo del ojo pudo ver una sombra atravesar el vestíbulo hacia lo que parecía el salón.

Necesito algo que poder utilizar como arma antes de entrar ahí, pensó. En una mesita bajo el espejo había un pequeño candelabro de latón. Lo colocó fuertemente contra su pecho.

Su respiración era entrecortada y notaba cómo la adrenalina apretaba su

yugular palpitante.

La poca luz que se filtraba por las ventanas y las lonas blancas que cubrían los muebles eran su única ayuda visual en la estancia, por otro lado, oscura.

El intruso empezó a hablar.

-La falsa inocente ha de morir -dijo-. Al igual que tú. No es la rabia de El Iracundo lo que has de sufrir por toda la eternidad, para proveernos de la ofrenda definitiva de dolor, como quiere el profeta.

De repente tropezó con algo moviendo un mueble, lo que produjo un chirrido. Eso ayudó a Kainer a situarle.

-Tu ansia podría también traer peligros -dijo-. Disidencias. Yo sé algo que Verwy sabía, que el viejo no quiere ver. Verwoist era hijo del fuego, sus sesos calcinados hablan verdad. Había en el tono emocional de su carne reparos hacia tu vida, aunque sus palabras no lo dejasen claro. Amo al profeta, pero en esto se equivoca, no creo que consiguiera interpretar bien a Verwoist, ni tampoco el resto que le probó. Es preferible que mueras. Aunque ese cerebro no se puede

desperdiciar. Quizá pueda sustituir a mi amado profeta con la precognición que puedas aportarme. Ya está falto de perspectiva.

Una voz familiar las pronunciaba. Insectoide. Kainer pasó unos instantes buscando la raíz en su memoria. Oirt. Era Oirt, el lacayo del profeta.

-Hey Oirt -dijo Kainer con elocuencia- Creo que vas a tener que volver con tu profeta, parece que se te ha desgastado la correa.

Kainer no paraba de dar vueltas sobre sus pies y de girar el cuello delirantemente.

El muy hijo de perra se mueve rápido, pensó Kainer. No puedo dejar que me pille por la espalda.

Me encanta probar mi conexión con la fe. Mi capacidad para ablandar carnes y romper resistencias. Todos son conejitos cuando enfrentan mi voluntad férrea, pensó Oirt.

-Kainer... -susurró Oirt con una voz estridente-, no utilizaré aquí el cuchillo. No derramaré sangre tan preciada en este lugar infecto. ¿Sabes a qué hora volverá la niña? Me encantaría donar vuestro dolor de manera conjunta.

Pasó por la espalda de Kainer varias veces sin hacer nada. Es como si disfrutase de dejarme al punto justo de histeria, pensó este.

La niña ha sido concebida por esos elegantones de Merister -continuaba Oirt-. No entienden las escrituras. Se me escapa cómo han conseguido que transicione, pero es una aberración. No está bien hecha. Bagh...

Kainer escuchó el arrastre de una lona. Creyó anticipar lo que haría con ella, por lo que se acercó al halo de luz más ancho para facilitarle el ataque. Esperó. Arriesgándose a estar en el lado por el que no se aproximaría y rezando para que Oirt no se percatase de que tenía el candelabro contra su pecho.

Se equivocó.

No le tomó por la espalda e intentó ahogarle. Le tiró la manta encima, adhiriendo algo tan pesado que cayó, dando con la nuca contra el suelo. Cerdo astuto, pensó Kainer, mientras la vista le jugaba una mala pasada. Oirt se puso encima de él y, confiado, continuó hablándole.

Le han metido en esta mansión de algún terrateniente pretencioso, para hacer gala de ella en sus misas absurdas y pastelosas. Herejes santurrones.

Quitó el candelabro a Kainer y lo puso contra su hombro.

Kainer no conseguía ver su cara, ya que llevaba puesta la capucha, pero por su forma de hablar sabía que estaba extasiado. Su saliva le cayó en la boca. Dio una fuerte arcada.

-Será así entonces como ocurrirá -susurró Oirt, preparando un golpe descendente-. Primero tú, luego la asquerosa niña.

Accionó el golpe, pero este no llegó a la cara de Kainer. Hizo un movimiento lo bastante brusco para producirse una picazón en alguna de sus asquerosas costras y tuvo que rascarse: ese fue el momento de Kainer.

Endiñó un puñetazo en el costado de Oirt con toda la intención que pudo. La disnea que le produjo le dio el tiempo suficiente para quitárselos de encima a él y su trampa improvisada.

Con la urgencia, Kainer olvidó arrebatarse el candelabro.

Es un esqueleto andante con el vigor de un leopardo, pensó Kainer: tenía apenas el segundo metro recorrido cuando sintió una mordida. Un dolor sordo de los que se recuerdan estalló en su pierna izquierda. Imaginó

vívidamente su rótula seccionada. Y estaba en lo cierto.

Lo último fue el candelabro cerca de su ojo. Oirt le dejó inconsciente.

Te equivocabas profeta, no tardaré nada en aguar su carne para las llamas, pensó Oirt. Conozco vías del ansia que tu ni intuyes. Yo soy un agente importante del fuego. Siempre me has subestimado, y por ello te arrepentirás, amado.

4

Al despertar, el jardín de la hacienda se encontraba en la perspectiva del cielo de Kainer; un mar de nubes anaranjado hacía las veces del suelo. El terreno embarrado próximo, las gotas de agua cayendo incesantemente y el caminito que llegaba a su posición, le dieron la información necesaria para saber que colgaba del manzano. Sus manos también estaban atadas por las muñecas.

Veía doble y borroso, y sentía tremendas náuseas, por lo que supo que tenía una conmoción cerebral. El dolor de su rodilla era insoportable, además, una gran hinchazón la inflaba.

Caía el crepúsculo.

Oirt creaba un mejunje a base de jugo de manzana y de su sangre, que le fluía de los brazos. Estos, eran un amasijo de cicatrices rúnicas recientes.

Kainer debió hacer evidente su vigilia, porque Oirt se soltó a hablar:

-Sería una simétrica trinidad que ingerir para ofrecer en dolor al fuego. La sangre del artefacto que mantiene a Ezila lozana –sostuvo una manzana en una palma y la sopesó con sus ojos de pez hasta que la espachurró en el recipiente de mezclas-, mi sangre, y la tuya... la del duelista. Sí... definitivamente eres él. Una pieza central en el juego de la ira.

Kainer se fijaba en las huellas que la gata había dejado antes mientras pensaba en la forma de salir de ese atolladero.

-Delicioso elixir... iohgg! -prosiguió-. Pero no puedo ingerirlo de esta manera. Me es requerido adulterarlo un poco, ya que será la salsa con que coma tu cerebro. Todo es por el bien del supradolor. Alguien ha de hacer de faro en nuestra decadente organización. Yo seré quién haga uso de tu ansia por ti, yo seré ahora, el segundo al mando. El Iracundo estará orgulloso y volverá su fuerza. Todos seremos infantes renovados.

<<El ansia, el dolor como ofrenda al fuego, el supradolor, la falsa inocente, el juego de la ira, los infantes renovados... El Iracundo>>. Todo este sinsentido va constelando algo en mi inconsciente; pese a mis

reticencias, pensó Kainer.

Un brillo iridiscente surgía entre ellos a la vez que un fuerte viento arreciaba; removiendo el esbelto campo de hierba. La inclinación de la llovizna del manzano no se veía perturbada.

- ¿Sois... argh, tod-todos aquí tan feos? -inquirió Kainer, bajo la aflicción punzante.

Su mecanismo del humor no se rendía. Desde niño fue siempre su forma de afrontar los problemas: muchas veces tomaba el control de tal forma, que sentía que no era él mismo. En ese momento se dio cuenta de que había sido su mejor peor amigo-.

>>Me gustaría ayudarte con tus problemas personales... iuuff!, te recomiendo El Poder del ahora de Eckhart Tolle. Ese sí es un verdadero profeta. Acerté al regalárselo a... iahhrrg!... mi querida y bipolar amiga Lara. Se portó genial conmigo esa noche. Bend-benditas sean las recomendaciones de Amazon.

Quizás romperle psicológicamente sea la vía para poder provocarle y atraerle hacia mí; desviando su foco en el cuchillo un tiempo, pensó Kainer. No puedo forzar la pierna, tengo que intentar cortarme las ligaduras de la muñeca.

- ¿Sabes?, Verwoist era más sabio aún que el profeta, pero nunca quiso destacar en la organización en términos jerárquicos. Se limitaba a mantener viva el ansia en nosotros y aconsejar al viejo -le nacían en el rostro profundos surcos al hablar-.

>>Huía del foco de atención. Era el enlace con El Iracundo. Milenario. Llevaba tanto o más aquí que La Ira de la Inocencia... nuestras queridas escrituras. Muchos dicen que él fue uno de los autores, más nunca afirmó o desmintió tales aseveraciones. Sólo nos dejaba ver lo que él quería. Aún en su muerte.

Caperuza verde, ojos saltones, aterciopelado... Un duende se ligaba a ese nombre: Verwoist.

-Luego llegaste tú -prosiguió, algo taciturno- No puede ser casual, quizás él proviniese de donde tú vienes; de otra realidad entre el pasillo de realidades. Te asemejas tanto a él... Pero Verwoist sólo nos dejó claro que tienes un papel importante aquí y que hemos de aprovechar tu insigne dolor.

No consigo alterarle lo más mínimo, pensó Kainer. Era como si Oirt hablase consigo mismo y sufriese algún tipo de solipsismo.

- ¿No... no te cansas... de dar círculos alrededor de conceptos necios? - replicó Kainer, hastiado- No sé quién te crees que soy... pero mi vida no tiene nada de especial. Si es mi dolor lo que quieres, llevo durmiéndolo más de quince años. Vas a tragar anestesia... ijajaja... aaah!

-Creo que ya es hora de donar algo de sufrimiento ceremonial por tu parte -dijo Oirt con parsimonia.

Se sacó un cuchillo tallado de un cinturón bajo su túnica y se lo puso en la frente a Kainer.

-Quiero que sientas con fuerza mientras te abro la cavidad craneal y te rajo los brazos -repuso, mientras el viento le movía su gollumescos y ralo pelo a cachos-, ya que, posteriormente, cuando coma tu cerebro, no podrás sentir nada mientras te marchitas. Curiosidades del cerebro.

>>Empezaré por los brazos.

- ¡No!, ¡espera Oirt! -la situación sólo ofrecía ya a Kainer el recurso de la negociación y la súplica- ¿No-no crees que tus compañeros y las palabras de Verwoist puedan estar en lo cierto? Quizás sea más factible dejarme vivo y estudiar con más detenimiento mi carne ¿No es posible que puedas mante-mantener tu posición en la...? -antes de que terminase la pregunta puso el cuchillo a la altura del bíceps de Kainer y empezó a hender con precisión la hoja. Después, lamió un poco la herida-

- ¡Aaaarrhgh! -espetó Kainer con sus escasas reservas de aliento.

No podía ver apenas a su captor: la noche pedía su hora. Desfallecía, el dolor le hacía desmayar. De pronto, la iridiscencia cercana cobró una potente luminiscencia y agarró firmemente a Oirt.

El fenómeno torció la muñeca de este que sostenía el cuchillo, y, posteriormente, le arrancó el brazo de cuajo. Kainer pudo escuchar el crepitar de sus fibras al separarse y de sus huesos al partirse. Arrojó al decadente a metros de distancia. Sus gritos de hiena debieron reverberar a kilómetros a la redonda. Me va a perforar el tímpano, pensó Kainer.

Un cuerpo de imposibles proporciones iba tomando la textura del nácar oscuro, y después, de la piel humana, donde antes sólo había una iridiscencia.

Finalmente, Kainer pudo ver que era Ezila. O algo parecido.

- ¡Ya he llegado! -espetó alegremente-. ¡Qué traviosos sois los encapuchados!

5

El brillo de la "Ezila mutada" los alumbraba a pesar de la oscuridad. Oirt era sorprendente. Poseía un deseo tan obsesivo, que permanecía impassible a lo ocurrido en su estado físico; como una lagartija a la que le hubiese cortado la cola. ¿Quizás debido a su costumbre al sufrimiento?, pensó Kainer.

Reptó como una serpiente a su cuenco de mezclas y se puso a beberlo con desesperación. Perseveró poco en su empresa, ya que Ezila le quitó con saña el recipiente de sus brazos. Vertiendo el contenido, y al poco, metiéndoselo con un golpazo entre los dientes.

- ¡Oaarghh...p-puta! -espetó. Algunas astillas salieron despedidas de su supurante boca, que quedó desdentada de parte de su zona superior. Observó sus dientes en el suelo como quien ve pasar una hormiga.

Si un artista de lo macabro y surrealista los hubiese visto, hubiera arriesgado el pellejo por pintarlos al óleo.

Ezila fue a Kainer y le rompió las ataduras de sus piernas con un giro de mano, después, le depositó con gentileza en el tronco del árbol. No le costó ningún esfuerzo. Cuando se acercó para desatarle las manos, un hedor a carne asada, tierra, sangre y manzana le puso los pelos de punta.

Seguidamente, le arrancó con presteza y habilidad la parte baja del pantalón, partió dos ramas gruesas, se cortó dos trozos de su falda, y le entablilló burdamente la pierna. <<Esto servirá por el momento>>, dijo.

La voz que saldría de ella y su psicología, ya no eran las de una niña, sino las de una adulta entrada en su treintena. Sin embargo, su cuerpo cambiante se resistía a dejar de lado la infancia. Sus piernas, a pesar de ser de tamaño adulto, tenían la estructura y textura propias de las de una cría: con pocas caderas y tersura sin igual.

Llevaba la misma indumentaria que cuando Kainer le vio en el establo. Eso le generaba aún más disonancia.

- ¿Qué tal, apuesto John? -dijo, por fin-. Perdona mis modales -Se peinó con las manos el pelo y lanzó un beso a Kainer. Tenía el escote y el torso llenos de sangre-. Se han extendido un poco las celebraciones en Merister,

pero han sido fructuosas –hizo una media sonrisa y le miró coqueta.

Se volvió a Oirt y continuó su parlamento.

-Os encanta actuar de manera ineficiente. ¿Cuántos de vosotros tenéis que morir para pasar el testigo a Merister? -realizó un gesto de decepción forzado.

Oirt se agarraba con las dos manos la boca, intentando parar la hemorragia.

-Vuestro dolor sólo da para niños débiles que mueren entre pucheros a su madre -dijo con aplomo-. Yo no guardo el vínculo con ningún progenitor.

- ¡Tú eres...! -intentó decir Oirt.

- ¡Mírame! –cortó Ezila-. Acaso El Iracundo me gana en vitalidad, pero nadie más. Ya hace tiempo que no se avista, ¿será que ahora me servís a mí sin daros cuenta? Sería una maravillosa ironía...

- ¡Blasfema! -espetó Oirt. Su dentadura partida le daba un tono siseante al habla- No eres natural. ¡Medio niña! Puede que nuestros niños mueran, pero ellos lo eran en carne y alma... ¿Dónde está tu carne aniñada? Envejeces por momentos.

La cabeza de grandes calvas y quemaduras de Oirt daba el aspecto de una patata cocida con raíces. Kainer no pudo evitar sentir lástima de su indignidad no atendida.

-Entendisteis todo mal -replicó Ezila con condescendencia-. Habéis sido engañados por vuestro amo. Nadie en este reino de pesadilla puede llegar a aniñar. Llevabais años engordando su poder mientras os destrozaba el alma. No llegáis a peones, pues si fuese así tendrías una función más allá del puro teatro.

>>Su culto sólo era un medio para un fin -miró de soslayo a Kainer y pronunció-: atraer al mosquito al fuego. Odia esta tierra, no tiene arraigo aquí -extendió los brazos señalando el lugar-. El día no llegará, en qué, cómo os prometió el pequeño Iracundo, poblaréis los pastos yermos cogidos de las manos con las sonrisas de la ira de los infantes renovados.

Ya era más cercana a una anciana incipiente.

- ¡Mentiras, todo mentiras! -espetó Oirt-. Vieja podrida... ¿Y cómo es que El Iracuando no auspicia a Merister?

-Porque tiene miedo -repuso Ezila tranquila-. Teme darse cuenta de que allí ya no es nadie. Una lumbre marchita, que sólo ilumina viejos

esquemas y corazones ciegos. Yo fui tocada por algo que me hace más real.

Una furibunda cara de enajenación tensó las facciones de Oirt, hasta tal punto que parecían salirle los globos oculares.

-Tú llegaste hace una vida –replicó con rabia-. ¿Qué sabrás de nuestros ritos y verdad? Nada asegura que no te explote la cabeza o se pudra tu piel. Esa elasticidad corporal no tiene porqué durar mucho más.

O me trato la herida de la cabeza en poco tiempo, o como poco me quedarán secuelas, pensó Kainer.

-Sé lo suficiente para estar convencida de que, si tragas, aunque sea una gota de estas manzanas, vendrás como un sabueso a suplicar más dolor.

Comenzó a esparcirse la sangre del busto por los brazos, posteriormente, se pasó una mano por la lengua.

Kainer tenía enfrente un fauno intergeneracional completo. Dios santo, qué le han hecho a esta niña, pensó. El torso, de una anciana de setenta años ya, rompía el tiempo a la altura de las caderas, de donde salían unas piernas joviales con esencia propia. Su voz ya tenía el tono agrietado y pajaril de la vejez.

-Vamos, muerde esta manzana un poco -asíó una manzana sin mirar, tensando las tumefactas venas azules de su brazo, y se la lanzó rodando.

-Así haré, pues el ansia esta conmigo y el dolor es el arma de mi voluntad -repuso Oirt con inusitada gravedad.

Cogió la manzana, y, tras un instante de duda, le dio un mordisco profundo.

Una convulsión nerviosa le comenzó a recorrer el cuerpo, mientras sus huesos crujían como troncos pasados por un serrucho. Pero se encontraba pletórico. Giró la cabeza como un demonio y empezó a comerse el hombro allá donde le nacía el muñón.

Los gruñidos de dolor se mezclaban con el placer.

-¡Boaagh, sí!! -espetó desgañitándose.

Cesó por un momento para dirigir su atención al manzano. Apenas se distinguía su boca. Se adentró en la capa de lluvia, ahogando la cara en el barro como un perro tras días de cautiverio.

- ¡Ya lo entiendo! -pronunció con sorpresa-. ¡La respuesta no está en el fuego sino en la tierra! -espetó con júbilo.

Capítulo 4. Interludio plasmático

1

Kainer recordó entonces el aroma a abono en una tarde de primavera. Los cerezos en flor con sus pétalos blancos como la leche -que caían alfombrando el césped recién segado-, creaban un lugar calmo y neutro dentro de los pitidos, las prisas y los cambios constantes de la ciudad.

La humareda de un puesto de perritos se alzaba tras Gemma, su madre, mientras esta le decía:

-Kainer, cariño, pon más por aquí.

Kainer sacó con la pala, de una bolsa de plástico blanca, un poco de abono, y lo puso sobre la semilla del manzano, ya algo cubierta.

Los ojos turquesa de Gemma reflejaban el sol acanelado con resignación y Kainer, no podía evitar sentirse ausente, pues su madre lo estaba.

Gemma era de esas personas que expresan mundos con los ojos.

Kainer se la imaginaba en uno de esos teatrillos de marionetas antiguos en que sólo participasen estos. Como si la vida se hubiera rendido a sus encantos y decidiese expresarse sólo a través de ellos. Los asistentes se mantendrían expectantes al siguiente paso dramático acontecido en esos pocos centímetros de puro contenido. Su iris proyectando las historias inefables que se guardan por siempre en rincones del alma.

Pero esos ojos no podían mentir. Había una pátina cian protectora ya cansada de ocultar una tempestad oscura.

-Ya hacen dos años cariño... cómo pasa el tiempo. Yo creo que plantar el manzano aquí, donde los dos jugabais juntos a pesar de todo, es el lugar adecuado -continuó Gemma con una sonrisa cansada. Se echó el cabello negro atrás, dejando a la vista sus orejas, a las que Kainer tenía por las propias de una elfa: con la punta de estas y la parte correspondiente del hélix de la misma, en forma de flecha. Después, colocó el último puñado de fertilizante-.

No sabía qué decir, pensó Kainer mientras recordaba. Sé que ella también me culpaba, pero luchaba con todas sus fuerzas contra ello. Vivir con

papá, en cambio, se hacía imposible por momentos.

-No quiero que tu padre y tú sigáis así –prosiguió-. Quiero que entiendas cariño que no fue culpa tuya –acarició la mejilla de Kainer con su delicada mano-. La señorita Aly me comenta que ya estás mucho mejor. Qué susto nos diste el año pasado, por favor cariño, piensa en nosotros, te queremos con locura.

-Sí mamá... -replicó Kainer bajando el rostro.

-Él... simplemente... ocurrió –siguió Gemma, y tras unos segundos de silencio, dijo-: Siempre supimos que decías la verdad. Pero ahora... después de las pruebas que te hicieron y la... regresión, estamos plenamente seguros de ello.

Kainer observó a dos niños que entraron en el parque y se subieron a los columpios. Sincronizaban los movimientos a la perfección. Una niña pasaba correteando por el puente de un palacete rojo de madera. Desapareció de la vista de Kainer al pasar por una escultura estrambótica; a través de la boca de un niño cabezón de plástico.

El gesto de la estatua era de evidente sorpresa, pero Kainer también veía angustia.

Volvió la vista a su madre, que esperaba, paciente, una réplica por su parte.

¿Por qué no le abracé entonces y le dije que todo saldría bien?, pensó Kainer recordando. ¿Cómo pude ser tan débil y egoísta? Tras aquello, papá perdió el trabajo y cada vez estaba menos en casa. Mamá se deslomaba a todas horas para mantenernos y se encargaba de todo. Niñato desagradecido...

Recuerdo cómo fantaseaba con haber hecho las cosas de manera diferente, con haber sido el hijo que ellos se merecían.

Gemma, decidió no forzar las palabras de su hijo. Agarró la mano inerte de Kainer y juntos aferraron una regadera. Vertieron la primera agua con que el manzano crecería.

-Es un método de desapego: dejando ir en tristeza -dijo Gemma, solemne-. Pero también de esperanza: una promesa para la renovación de las cosas -miró a su hijo, que hundía los dedos en el abono.

>>Eras la persona más importante en la vida de tu hermano, pero eso es así hijo mío, porque él también lo era para ti. Él lo sentía así, nunca lo

dudes. Erais las dos semillas de mi corazón, ahora, lo seréis también de este manzano –besó la frente de su hijo. Posteriormente, se apartó un poco para dejar salir dos lágrimas de sus ojos de mil mundos-.

Se levantó con torpeza y se dirigió a su bolso. Sacó unas cuantas vallitas de madera y las puso alrededor de la pequeña plantación. Después, le acercó una placa a Kainer con una foto impresa. Este la colocó con unas juntas en la cerca creada.

En esta, donde se podía ver a Kainer con su hermano mellizo, ponía: En amada memoria de John Serrot.

2

-Vámonos cariño -repuso Gemma con tacto.

Los dos cruzaron el parque con la última fuerza del viento de la tarde.

Un hombre les recibía con las puertas delantera y trasera abiertas de un estilizado Range Rover Velar de tintura blanca perla.

Desgarbado y de gesto desenfadado, vestido sin ninguna pretensión ni tino: una chaqueta marrón desgastada junto con unos pantalones amarillos cortos. De aquellas personas que visten de manera funcional y que no tienen reparos en llevar complementos pasados de moda porque tienen valor personal.

-Hola cosita -dijo con ternura el hombre, mientras acompañaba a Gemma al coche agarrándola de la cadera-. ¿Cómo está hoy el jinete del continuo? –inquirió a Kainer elocuente, y, seguidamente, le palmeó la mano-. ¡Bienvenido a mi cápsula de sucesos señor! ¿Adónde nos dirigimos hoy? –Kainer no contestó.

Pasaron unos segundos incómodos-.

-Hoy no, Jake –repuso Gemma, que señaló a su hijo con la cabeza que entrara en el coche-. Vamos a casa.

Las ramas de los cerezos se reflejaban en los cristales del todoterreno.

Qué buen tipo ese Jake, pensó Kainer recordando. Compartíamos muchas cosas juntos: el gusto por los cómics de ciencia ficción, el amor por los Guns n' Roses, la pasión por la escritura... Respetaba y quería mucho a mamá, pero ella siempre le tuvo más como a un buen amigo. A pesar de estar separados, papá vivía en casa, ya que pagó parte de esta y mamá

empatizo siempre con él.

-Claro... perdona chaval–murmuró Jake avergonzado.

El recuerdo avanzó unas semanas en el tiempo.

3

Kainer se encontraba en el Centro de Recuperación Emocional Niños Resilientes.

Delante de él, la señorita Aly le observaba con las gafas a medio bajar y un gesto de cavilación mientras manejaba algún tipo de información en un pad anclado con un brazo metálico al suelo.

Era una peculiar mujer negra de ojos dispares rondando los cuarenta, que guardaba esa genética superior por la que el colágeno de la juventud se mantenía unas décadas más. Un ojo negro tizón, otro, azul claro.

La gente bromeaba diciendo que era de una antigua estirpe de chamanes vudú y que su ojo azul se debía a que algún ascendiente suyo atrapó el espíritu de una mujer caucásica por no haber cumplido su parte de un trato; manteniéndola así encarcelada por generaciones. Aseveraban, que cuando se cabreaba, si uno se fijaba bien, podía verse a la mujer dando golpes en el interior de su pupila.

Nada más lejos que un conjunto de comentarios racistas y envidiosos que un antiguo competidor al puesto se encargaba de difuminar por Twitter para intentar minar su posición. El litigio que surgió, concluyó en los tribunales, con una deuda considerable y una pena de prisión de cuatro meses para el susodicho con cargos por injurias y daños psicológicos, entre otros.

Vaya mujer... siempre sabía qué decir, pero sobre todo qué callar, pensó Kainer recordando. Era claro que la vida le había impelido a formar alguna clase de contención psicológica. Aún con todo el aplomo de que hacía gala, yo notaba que necesitaba entenderse a sí misma a través de los problemas de los demás. Era como si algo dentro de ella se ajustase cuando lograba avanzar conmigo.

Las primeras compulsiones que sentí hacia una mujer fueron hacia ella. Recuerdo aún el placer culpable de sábanas manchadas.

Kainer podía ver colores púrpuras en el aire del incienso de lavanda que inundaba la consulta. Aly le había dicho cuando se conocieron que eso que le ocurría se llama sinestesia, y que muy pocas personas lo tenían; una de cada cien. Le contó, que incluso había un niño capaz de "sentir la velocidad" de las personas. Esta, pudieron medir, se manifestaba bajo estelas de diferentes colores en función de la rapidez y la aceleración de cada persona.

<<Puedes imaginarlo de la siguiente manera: hay pequeños umpa lumpas en tu cabeza que se divierten cambiando tu percepción a su antojo>>, le dijo entonces Aly, divertida.

Kainer, que estaba abstraído observando la cubierta de un gran libro con ribetes rojos, fue aludido por ella.

-Bueno... Kainer –dijo, con pequeñas pausas-. La semana pasada me dijiste que ya no sentías esos síntomas por los que parecía que no te sintieras como tú mismo: la despersonalización. Acuérdate que no hay nada raro en ello; es muy normal: es un síntoma propio del trastorno de ansiedad.

El embotamiento de aquellos tiempos, pensó Kainer recordando, era algo ya tan arraigado, que no me acordaba de cómo era la normalidad. Aun así, sabía que me sentía entre una malla de rejas ajena al sentido de uno mismo propio del resto de personas; y al mío, antes de la depresión. Cómo si me hubiera sido arrebatado el plano privilegiado de la existencia.

Estoy bien Aly–dijo Kainer, mintiendo. No quiero que mamá siga pagando tanto dinero por mis sesiones, pensó-.

- ¿De veras? –repuso Aly con reservas-. Me gustaría creerte cariño, pero esta semana te noto especialmente fuera de ti. Me ha dicho tu madre que te ve un tanto alterado de más.

-Es posible, sí –dijo Kainer algo avergonzado-. En verdad... estoy teniendo algunas pesadillas, pero por favor Aly, no se lo digas a mi madre. Te juro que estoy avanzando. Mi madre no puede pagar...

-No te preocupes de eso Kainer –replicó cortando Aly, de forma tranquilizadora-. Han llegado las ayudas del gobierno. No tenéis que pagar más por las consultas; a partir de ahora serán gratuitas.

-Sé que aquellas sesiones con Graham no fueron nada cómodas para ti. Verás Kainer... quiero ser lo más sincera contigo, ya que ya tienes trece años y eres un niño muy maduro e inteligente para tu edad. No podría engañarte, aunque quisiese. A lo que voy, hijo, es que... tenemos miedo

de lo que puedas hacerte estando sonámbulo. Aún no conseguimos encontrar la fuente de tus cambios de temperamento, y se ha convertido en un asunto... legal. Ya-ya que todavía no se ha establecido quién tiene la responsabilidad... de lo ocurrido a tu hermano. Por esto pido todo el esfuerzo por tu parte para que todo salga bien para todos.

- ¿Cómo? No entiendo. Yo nunca me he despertado por la noche estando sonámbulo y menos para hacer nada... extraño -replicó Kainer con ansiedad y a trompicones.

-Kainer... ¿no te ha contado nada tu madre? -replicó Aly extrañada-. Sí es así... no entiendo cómo... Le comenté que es necesario que vayas siendo consciente de estos episodios cariño, ya que habré de practicarle hipnosis uno de estos días y creo que, de otra manera, podrías pasarlo mal.

>>Tu madre me dijo que en hace unos días te vio en el salón. Hablabas con una figura imaginaria a la que te dirigías por: El hombre de las grandes ideas; entre otros nombres. Jugabais con tus cartas de fantasía y leías e imaginabais relatos de ciencia ficción.

A Kainer le vino a la mente sin esfuerzo. Una figura musculada, con una cabeza de enormes dimensiones rodeada de pantallas, de dónde surgía una mezcla sin concierto de las películas y series preferidas de Kainer, a través de las cuales no podía verse ni un poco de su cara. Siempre se encontraba sentado de rodillas encima de un plasmático agujero negro de bordes traslúcidos y posicionaba las manos como si rezara.

Una antena le salía de la nuca, la cual vibraba cuando hablaba, con una voz radiofónica y lejana, como la de un astronauta retransmitiendo desde el espacio.

Le surgían a su vez cuatro titilantes alas membranosas dispuestas como las de un hada o una libélula.

Olía a almidón y a sala de cine.

<< Parémonos en el horizonte de sucesos. Aquí todo lo que ha ocurrido es cuestionable y maleable. La imaginación es nuestra mejor amiga, Kainer. Elevarse por sobre los riscos limitantes que nos han dañado con filos inmisericordes. Nos hacemos fuertes y lejanos. Intocables. Las ideas y sus historias nos devuelven a un infinito momento zero. Fuera de las causas y sus consecuencias>>, reflexionaba este.

<< ¿Estás bien?>> Solía preguntar a Kainer, a lo que este debía

responder: <<Todo está bien, corto y cambio>>.

Kainer volvió entonces al momento presente.

-Sí, Aly –dijo, sentencioso, sorprendido de sí mismo-. Él me hace ver que nada de lo que veo aquí y haya pasado, tiene que ser definitivo.

-Eres consciente de que es un recurso de que haces uso, ¿verdad? Que... no existe de verdad –repuso Aly, que alzó la cabeza y se ajustó las gafas-. Lo cierto es que son raros los amigos imaginarios en la adolescencia, pero se dan en algunos casos.

-Por supuesto que sé que yo lo he inventado, pero también que eso no le hace irreal –respondió Kainer, y continuó-: sus enseñanzas y su visión me han ayudado. Hace poco leí a Carl Gustav Jung y sus Tipos Psicológicos: la frontera más profunda del hombre es el inconsciente, no el universo. La zona entre bambalinas. Donde nunca sabes cuándo topará con tu final, pues nunca terminas de ser nadie.

-Eso que dices no es del todo cierto Kainer.

Era una mujer de manos recias a pesar de su pequeña estatura. Las posaba con intención en los respaldos de su decorado asiento -que tenía en los pomos dos espirales-, convirtiendo a este en un extraño trono que custodiaba esa pequeña pero cargada estancia-.

-Puedes verificar que te turbas cuando te critican, ¿verdad? Eso hace cierta y definida de manera importante tu identidad. De la misma manera, puedes notar el dolor de tu cuerpo, esto demuestra que tienes anclas suficientes con lo que existe aquí.

Kainer miró por la ventana de la consulta, que se encontraba en un primer piso. Vio a una ardilla atravesar con ímpetu un seto. Esperó unos segundos para verla salir por el otro lado, pero el suceso no se dio.

-Me da igual lo que me ancle aquí –susurró, encogiendo los hombros, y cambiando el foco de la ventana a Aly.

-Pensar eso, además de peligroso, es irresponsable. ¿No lo crees así? –inquirió con acritud la psicóloga-. Creo que tu madre se merece que tengas los pies en la tierra.

- ¡¿Tú qué sabrás lo que quiere mi madre?! -espetó con indignación Kainer-. Soy yo el que tiene que vivir con ella y su angustia. ¡Yo el que tiene que vivir con la culpa de haber mata...!

-Perdóname Kainer -repuso con arrepentimiento Alyson-, desde luego que entiendes mucho mejor que yo a tu madre. Lo decía por eso mismo.

Cariño, tú no mataste a tu hermano.

De repente, una secuencia vino a la mente de Kainer entonces: el momento de la desaparición instantánea de su hermano, que recordó en bucle través de las pantallas de El hombre de las grandes ideas.

-Bueno... ¿Qué te parece si hablamos de esas pesadillas? -repuso Aly, con cierta indecisión.

El Kainer del presente recordó el vértigo en su mente. Perdió el contacto con el pasado, traído de vuelta por Ezila.

Capítulo 5. Las raíces de nuestros tiempos

1

-Despierta –susurró Ezila al oído zumbador de Kainer-. Tenemos mucho que hacer y primero tengo que curarte eso.

Kainer se observó la pierna, que estaba tomando un color azulado. Su cabeza le retumbaba. Su cuerpo desprendía el olor acre de la infección húmeda.

Observó con pasmo que Ezila volvía a tener el aspecto de una treintañera.

La escena le era lejana y notaba dos fuerzas dentro de él. Una de ellas quería volver al sueño-recuerdo que acababa de tener; perderse en sus infinitos dilemas y en los futuros y pasados que pudieran haber sido. La otra, se afanaba construyendo puentes endebles primero, pero que a base de prueba y error creaban tendones vivos, innegables e influyentes, que en último término ganaron la partida. Dejando abierta únicamente la ventana de esta realidad y sus tramas.

-Debe ser fascinante sumergir la mente entre las redes de hongos del bosque de las realidades –repuso Ezila, que estaba fusionando a Oirt con el árbol por grupos de tendones-. Pero has de saber, que todo es un único organismo. Incluso las abejas obreras y sus cuidadosos pero pringosos

pañales –dijo, gustándose, mientras miraba los ojos comatosos de Oirt-.

La noche era completa, pero Ezila brillaba como una gran luciérnaga.

- ¿Qué le haces, Ezila? –inquirió Kainer, que intentó sentarse en una posición más cómoda sin éxito, al tirar de sus dormidos miembros-.

Ella, posó en su mano un poco de material arenoso de una bolsa de su bolsillo y se lo sopló ligeramente a Kainer, induciéndole el sueño. Después, le llevó como un saco de pienso en el hombro al interior de la mansión.

Las velas titilantes seguían esperando con deseo ser flanqueadas.

Ezila se paró un momento en el descansillo, dedicando una mirada a la vidriera apagada, sólo iluminada por su propia luz.

Llevó a Kainer hasta su alcoba y le dejó en su cama, que asemejaba una gran cuna. Tenía un dosel con diseños caprichosos y una heráldica sobre el respaldo de las almohadas: una cuna en llamas.

Se dispuso a tratar su malograda pierna aplicando un denso ungüento sobre el que extendió unas gasas. Seguidamente, se pasó una mano por sus partes bajas:

-Sí, me excitas de verdad, esto acelerará tu curación... y lo demás - pronunció para sí misma.

La habitación contaba con una decoración ostentosa.

Tapices de seda y lino ilustraban simbologías de diversa índole: en una, una mujer parecida a Ezila entraba en una madriguera, saliendo al otro lado convertida en niña; en otra, un enorme árbol abrazaba con sus raíces dos bolas azules; en una escena pequeña, una niña clavaba una enorme espada en el pecho de un niño en llamas.

A excepción de la cama de grandes dimensiones, el resto del mobiliario era el propio del cuarto de una niña.

Apagó las velas de la estancia y abrió la ventana para que la luna y el cielo estrellado entraran con su eco furtivo y descubridor.

Se quitó su vestido y se acercó a Kainer. Su cuerpo desnudo, ahora sí, recortaba unas caderas de mujer, además del resto. Algunas cicatrices se intuían aquí y allá, pero en general era un cuerpo bonito.

Esperó paciente varias horas para que la pierna se le curase lo suficiente y

le despertó con un beso.

2

-Gracias al dolor sincero de Oirt -murmuró con suavidad Ezila-, hoy puedo sentirme completa bajo el estado físico que supuso el mejor... y el peor momento de mi vida. El momento en el que amé de verdad y sufrí como nunca. Porque sólo se sufre una vez de verdad y es esa sola vez la que siempre se queda contigo. Rompiendo el pasado y el futuro. Abriendo un hueco espinado, pero siempre añorado.

Ezila pasó sus ahora suaves e impertérritas manos por los cabellos de Kainer. Su tacto era hechizante y calmante.

Tengo la pierna totalmente curada... no puede ser, pensó Kainer mientras la movía.

¿Qué tiene este... ser?, continuó. Es como si consiguiera no sólo cambiar su físico y su mente, sino la manera en que lo concibo. Como si negara la certeza, o la cambiase, de lo que hubiese supuesto para mí. Hace nada no me generaba más que aprensión y miedo.

-Sé qué, hace unas horas, has visto a una anciana desgastada y desquiciada, pero ahora no soy ella. Mantengo la ilusión, las notas del viento sobre mi alma, la impronta de mis años de juventud. Todo en mí son aún zarzas floridas. Tampoco soy esa pequeña impertinente que viste en el establo: de hecho, ella es la más alejada. La más estancada. La que me condenará o borrará por siempre. Pero no la culpo, ella no entiende. La culpa es de la vieja. Mohína y hastiada.

Tomó la mano de Kainer y la acercó a su pelo. Su pelo rubio cobrizo de tirabuzones acaracolados.

-Lo que sientes -continuó-, cosa que percibo sin margen de duda, no es artificial; no te estoy hechizando. Tu cuerpo se da cuenta de la conexión evidente entre nosotros. Explorando esta posibilidad de mi identidad.

A Kainer le costaba mucho mediar palabra. Se sentía obligado a escucharla. Como si ella formara parte de un puzle esencial que le vinculara. irremediamente. Innegablemente. Además, su olor a manzana le transportaba a una matriz. A una cápsula de tiempo entre la añoranza y el deseo.

-Siempre soy la misma persona, sí -dijo, como intentando disipar ciertas dudas internas-, pero mi esencia se sirve de las raíces entre realidades para cambiarme a mí y a mis objetivos por un tiempo. No me comprendo

del todo, lo admito, pero quiero hacer las cosas bien. Esta vez.

La luz de la luna encendía las curvas y los giros de su cuerpo. De ese cuerpo que pedía comprensión a gritos. Gritos entre diferentes secuencias con sus diferentes protagonistas. Secuencias solitarias. Ahogándose entre brazos fervientes y ojos inertes. Que nunca llegaban a formular la petición de auxilio.

-Sólo puede quedar una línea de continuidad.

De pronto se mostraba con una voz que era como una cascada: una pausa entre todo lo demás. Propia de una inteligencia firme, probada por los avatares de la vida; arremolinada y con rocas peligrosas en el fondo. Perspicaz, de ojos ovalados y grises y de comisura de los labios elevada.

>>Sólo puede quedar una sola yo. Nos molestamos entre nosotras. Esto hace que nos mantengamos en una indeterminación constante. Hemos de elegir: una Ezila, un dolor. El problema es que la vieja quiere decidir por ella y por la niña y yo no quiero a ninguna de las dos...

-Es... como si te conociera de antes -dijo Kainer, intentando controlar los impulsos que se incordiaban dentro de él-. Pero el sentimiento no nace de darme cuenta de un acontecimiento pasado, sino de una... especie de carga personal velada. Que me persigue ahora y siempre y me define. Está ligada a la idea de mí mismo. Estoy harto de este tira y afloja que tengo conmigo mismo. No sé qué busca, porque no puedo concebir de dónde viene exactamente.

Kainer no se había percatado de su contacto físico con Ezila, cuando apartó avergonzado la mano de su cuerpo.

-No trates de entenderlo, sólo sigue el proceso que intuyes delante tuya -dijo Ezila, apacible. Sabes, sin entender el porqué, que unir tu destino conmigo en este teatro de fuerzas, es lo que quieres. Y es que lo que quieres, aquí, en este trasmundo, tiene una fuerza despótica y que escapa a cualquier cuestionamiento.

>>Conocí, en otra vida, en otra realidad, grandes ideas, todas ellas sin verdadero asidero. Débiles. Su único cometido era negar las causas del dolor. Llegué aquí, por amor y me di cuenta de que aquí sólo hay odio. Pero su odio es certero y no miente. Todo huele a sufrimiento, pero este nace del mismo vientre que el verdadero amor, que no tiene cabida en ninguna otra realidad, pues estas siempre niegan su furia. Y eso, sí que no lo niegas, ¿verdad? Deseas tanto como yo consumir, esta noche, aquí, en esta cama-cuna, una certeza ardiente. Una novedad sin condicionantes. Deseas darme un hijo.

Ezila hizo un recorrido con su cabeza por toda la estancia. Empezó a generar puntos de luz parecidos a estrellas entre ellos.

-Que aquí nazca la verdadera chispa. Que aquí repare durmiendo las contradicciones del día y despierte siendo la verdadera llama.

Los tapices de las paredes tomaban nuevas apariencias bajo la lumbre de las pequeñas luces, escapando a anteriores concepciones.

-Insemíname, Kainer. Aquí yo soy la madre de todos los cambios. La que trae la sombra profunda a la verdad y la define. La que descubre al Padre.

Tengo que hacerlo, pensó Kainer. Por todas las decisiones de mi vida, tengo que hacerlo. Y deseo hacerlo...

-Entra en mí sin miedo. Sin culpas. Nuestra fusión es bienvenida en esta tierra. Es requerida.

De pronto, un sonido crepitante se alzó de la tierra aledaña a la hacienda. Unas enormes raíces entraron por la ventana y rodearon la cama-cuna.

-No hay espectadoras más sinceras y necesarias que las raíces. Pues provienen de aquí y de cualquier lugar que encuentre en sí parte de nuestra identidad y lucha.

Una sarmentosa y bulbosa raíz traspasó la columna de Ezila, convirtiendo la piel de su espalda en un remedo de corteza. Sus miembros se contornearon ligeramente, pero no manifestó un sólo sonido.

-En este intercambio de alientos, yo soy tú y tú eres yo. Cuando dos causas perdidas se unen encuentran la victoria en la certeza que surge de ellos sin necesidad. La identidad se halla en el encuentro. Las contradicciones internas, las fatigantes preguntas, la soledad de más de una cara... aquí hacen de abono.

Unas gotas blancas comenzaron a surgir de sus pezones y a deslizarse por sus ojos cual lágrimas.

-Ya soy madre. Es tan cierto que lo seré, que el tiempo esta de mi parte. Me brinda las reacciones fisiológicas que tendría una lactante. Más hay algo nuevo, y sobrenatural y esas son mis lágrimas: no son de tristeza, no son de júbilo, son fuente. Fuente de posibilidades. Inagotables. Son círculos de retorno, de siempre acabar, pero, sobre todo, de siempre empezar. Empieza conmigo una y otra vez, Kainer.

Entonces, otra de las raíces le alcanzó a él. Su dolor fue tan grande, que tuvo la sensación de que pertenecía a varias personas. Sí, es de los dos,

le dijo en su mente Ezila.

-Las llamas biológicas nos conectan -susurró Ezila, palpando su arbórea espalda-. Estos rizomas que huelen a barro fértil, conocen mejor que nada el dolor. Nos conocen mejor que nada. Son más nosotros que nosotros. Pues son las extensiones sinápticas de todas nuestras variaciones. Al dolernos en ellas hacemos un voto de confianza en lo real de la vida. Sea lo que sea.

Una hebra de la raíz, salida del sacro de su espalda, le atravesó más hondo. Sintió una extraña sensación energizante en su perineo, y un dolor vago se mezcló con la excitación de una fuerte erección.

-Ven a mí. Que tu semilla sea diestra y furibunda. Traspasa toda resistencia.

Kainer introdujo su nudoso pene, que asemejaba una fuerte rama, en el interior de Ezila. Notó al principio una gran oposición, que hizo gemir sonoramente a esta.

-No pares, Kainer. Crea un nuevo símbolo para trascender.

Las luces les arrancaban sombras y brillos danzantes. Se sumaban en cada sacudida a un rito; que ninguno de los dos entendía del todo. Aunaban sus votos a una fe ignota. Removidos por su instinto, que parecía comprender, al que no le importaba la sinrazón.

-Sí... -las gotas de leche les salpicaban-. Yo moriré, pero daré a luz antes a un hijo. Después, mi yo pequeño me sepultará en su psique y sabrá del engaño de la vieja...

Sus pieles se aferraban y liberaban bajo la fricción de las raíces. Por momentos perdían el aliento.

-Yo soy la que está a mitad de camino, la que se encargará de que la pequeña no vuelva a ser la vieja. Sabrá de su existencia y las dos se separarán. Así, mi yo pequeño podrá vivir sin un inconsciente parásito. Y este parásito, este yo viejo, por el que siento una profunda lástima, podrá perecer finalmente, después de tanto dolor innecesario. Creó a la pequeña, pero fue su peor decisión.

De pronto, Kainer se vio barrido por una conciencia de culpa y turbación que siempre había estado ahí. Titubeante.

No. Para. Esto está mal, pensó Kainer. Deja la moral de lado en esto, Kainer, susurró Ezila en su mente.

-Este hijo no es un ser orgánico Kainer, es energía. La energía necesaria para separar a mis dos contrapartes en guerra. Sé que eres alguien que viene de fuera. De un mundo confundido, pero cierto. Tienes energía creadora.

Su unión se fragmentaba. Kainer encontraba una salida. Se apartó de Ezila y las raíces le acompañaron. Despegándose de las columnas de ambos y de la cama y saliendo por la ventana.

-No puedo seguir con esto -sentenció Kainer-. Va más allá de toda consideración moral Ezila. Esto está mal de base. Tengo una responsabilidad contigo. Tú lo sabes, y te estás aprovechando de ello.

- ¡Él no puede vencer! -espetó Ezila, enajenada.-. ¿No lo entiendes? Va más allá de mí misma. El Iracundo, ese niño ajado, llevará a todos a la perdición. Si yo continúo con la psique y el cuerpo partidos, si no me curo, ¿quién podrá detenerle?

-Estás enferma, Ezila... Y yo te ayudaré, lo prometo, pero de otra manera. Primero tengo que entender mi responsabilidad en todo esto.

-Eres responsable, sí. Tú has posibilitado que yo, esta identidad de Ezila, pueda hoy ser más que un hueco en su inconsciente. Que Ezila pueda ser más que una anciana mal hallada y una niña perdida. Y por esto, doy las gracias a Oirt, ahora guardián del manzano, pues por su estómago corría tu sangre cuando le conecté a este.

Kainer se miró el bíceps, donde antes hubo una cicatriz, y recordó con desagrado que Oirt había probado su sangre.

-Volveré a por tí, Ezila. Este manzano... es... Tengo que llegar a Merister. ¿Por qué mantenéis esta locura ahí? Esa vidriera que hay en las escaleras, ¿es el ritual que hizo que la Ezila anciana se desdoblara... y, crease a la Ezila niña?

-Demasiadas preguntas... Lo que te quería decir antes, ahora ya es definitivo: me has fecundado. La vieja morirá, se deshará como una mota de ceniza en una charca; uniéndose al Iracundo en el olvido de los ídolos rotos. Lo mismo ocurrirá conmigo. La Ezila niña quedará liberada. Su psique se unificará.

- ¿Fecundada? No es posible, no he eyaculado.

-Eso no es necesario. La responsabilidad que sientes ha echado raíces -las venas del vientre de Ezila comenzaron a tomar una coloración fluorescente-. Me llevas dando poder muchos años duelista. Esto sólo es la culminación de tu obra -una sonrisa burlona de dientes de animal asomó a

su cara-.

-Hija de puta... Eres ella, eres la vieja.

-Por poco tiempo. Verás, mañana a estas horas ya sólo seré una niña. Una inocente niñita por toda la eternidad -repuso con sorna, haciendo pucheros-. Mi nueva oportunidad, mi verdadera oportunidad. Perdona por el show, me encanta hacerme la damisela en apuros de palabrería grave.

Kainer comenzó a temblar de ira y desconsuelo, pero algo le aplacó. Supo que la seguridad en sí misma de Ezila era frágil y costosa.

-Siempre nos contamos las cosas a nosotros mismos. ¿No crees, Kainer? Al infante en nosotros; al ansia primordial. La tribu es secundaria. Es una excusa. Llegar al final es volver al principio. Como un meteorito. Arrasando toda construcción. Lacerando las fibras hasta llegar al alma y dándole la vuelta a la piel para contener el tesoro en la inocencia verdadera. Renovada. Elegida.

-Te esfuerzas en aparentar fortaleza, Ezila, pero es como si dieras coletazos. No te asientas en nada. Creo que necesitas más de esa filosofía que tus adeptos.

-Coletazos... Yo lo definiría más como el trueno que sigue al rayo después de la tempestad -dijo, moviendo el pelo con soberbia. Poca broma lo que hemos conseguido hoy aquí. Un día te sentirás orgulloso. Por lo pronto creo que el manzano necesita comer, démosle un poco de tu cargada esencia.

Las raíces agarraron a Kainer, suspendiéndole en el aire y sacándole con brío por la ventana. Ezila sólo hizo un ligero movimiento de cuello para verle marchar con el rabillo del ojo.

Las ramificaciones de la raíz comenzaban a atarle de pies y manos y sentía sus pelos absorbentes adhiriéndose, pero de pronto, un disco flotante del que salían dos enormes esferas color miel, cortó ésta en dos. Un grito funesto surgió de la habitación. Kainer se precipitó, atravesando el disco. Hacia nuevas realidades; de insidiosas preguntas y esclarecedoras respuestas.

Capítulo 6. Nuevas realidades, antiguos viajes

1

Kainer se vio flotando sobre una estructura minimalista metálica. Su campo de visión estaba combado hacia fuera, por lo que dedujo que debía

tener algún tipo de casco. Restalló un interruptor y, descendiendo con fuerza, se ancló en el suelo de la estructura.

-Qué raro que sigan funcionando tan bien los anclajes antigravitación de tu traje después de tanto tiempo. No había otro a mano, este se te hizo a medida -una voz de soprano hablaba a través de un transmisor en su casco-.

Kainer se puso a buscar por un rato a la gata, hasta que, sorprendido, se cercioró de que la tenía en la espalda. Este bajo de la misma y tras otro restallido, dando un controlado salto, se ancló con habilidad a la plataforma.

-Bueno, ¿qué tal el cambio de aires, o, más bien, su ausencia?

Se encontraban en el interior de una especie de bóveda trufada de enormes tubos y diversos paneles. La estructura metálica llevaba como un puente a una pequeña compuerta.

- ¿Por qué me dijiste que me metiera en la hacienda de Ezila?

La gata dio una voltereta lenta en el aire. Su traje plateado refractaba la luz como un caleidoscopio.

-Neyra, mi nombre es Neyra. La confianza y el contrato social dan asco, creo que ya te mereces que te lo diga. Si no te hubieras metido en esa casa, no hubieras hecho lo que ella quería, y si eso fuese así, no hubiésemos tenido un hermoso portal para poder llevarte a esta realidad. ¿Sabes? Ya has estado aquí antes, aunque no te acuerdes y tu mente se resistía a venir. Esa Ezila... tiene algo así como un vínculo contigo y, bueno, ella nació aquí tiempo ha -dijo, realizando un ademán de pedantería afectada.

-He estado aquí antes... No me sorprende, haces conmigo lo que te da la gana. Dime quién es ella. Por favor.

- ¡Hombre! Qué amable de repente. Ella es una viajera entre realidades, como tú y yo Kainer. Y, yo no te traje aquí contra tu voluntad, al igual que la vez de la discoteca. Ambas veces han seguido tus designios. Pero existe un detalle importante, la primera vez que saliste de esta realidad, lo negaste. Contaste conmigo en su día para que te abriese los ojos de a poco -un destello metálico recortó sus pupilas-, para que volvieres a venir. No querrás saber sin más lo que supone la información que adquiriste en este lugar.

Unos pitidos intermitentes empezaron a sonar y la compuerta del final del

camino se despresurizó.

-Por ahora lo mejor es que salgamos de este sitio echando leches. ¡Corre!

Kainer dudó por un momento, hasta que vio que la compuerta comenzaba a cerrarse. Neyra, que consiguió cruzarla antes, agarró con la cola a Kainer por la cintura en el último momento. Salieron los dos de la construcción esférica mientras un sonido sibilante y un soplido de presión dura se producían en el interior.

-¡Uf! No pierdo facultades. Hemos salido de una estructura de antimateria. Nuestros átomos no corresponden a este sitio y, digamos, que es muy caprichoso al respecto. Hay que pasar por una de estas para que nos hagan una pequeña reconfiguración atómica antes de aniquilar todo átomo sobrante que haya dentro y podamos haber traído.

-Vamos a la nave -prosiguió-, voy a presentarte a unos amigos.

Delante de ellos, una imponente y estilizada nave rojiza deslizaba unas escaleras.

2

Dieron con un hangar. Dentro, tres pequeñas naves de reconocimiento se enfilaban contra un campo de energía por el que debían entrar y salir.

Un diminuto individuo de, máximo, un metro veinte de estatura, les esperaba sentado sobre un conjunto de cajas apiladas de suministros varios. Llevaba un abrigo forrado de color ónice negro. Una barba recortada en forma de dientes de sierra cubría una cara oblonga de rasgos marcados. Su mirada nacarada anticipaba un temperamento locuaz y de modales rudos.

-Neyra, cuanto tiempo. No puedes olvidarte de nosotros. Habéis aparecido directamente en el cubo de transfiguración, hum, interesante. ¿Y tú aspecto humano? ¿Una gata?

-Radu; león estelar. Sí, las vías inter-realidades son una materia que cada vez controlo más -bulló cual serpiente y le lanzó un guiño- Nos esperabais, sin embargo; deduzco. Teníais el cubo con la puesta a punto. Respecto a lo de mi aspecto, bueno, ya os conté que para convencer a Kainer era esencial una narrativa fabulesca. Tiene algo que ver con los arquetipos primordiales de la psique y la figura del gato como agente femenino del instinto... o algo así. No te lo tomes a mal Kainer.

Un equipo de mantenimiento de uniformes color pistacho y embozados, hacían uso de diversas herramientas de soldadura y partición para

arreglar uno de los pequeños veleros espaciales.

-Desde luego, muy propio de ti -La mirada que dirigió a Kainer fue una mezcla de sorna y exultación-. Dudaba de tus capacidades, pero nos dijiste que estarías para este mes si todo salía bien. Además, Ghadaer tiene un coco exquisito para adivinar los movimientos de un objeto de su interés en el espacio-tiempo -lanzó una sonrisa cómplice a Kainer-. Su presciencia es un verdadero activo, como sabes.

Neyra se encogió de hombros y, poniéndose a dos patas y pulsando un botón de su antebrazo, cambió espectacularmente su figura, transformándose en una humana.

- Pero ¡¿qué?! -restalló Kainer con sorpresa.

A la mente de Kainer volvieron las mezclas efervescentes de la ansiedad, la borrachera y el deseo sexual.

-He sintetizado un poco del espectrum del cubo para cambiar de forma después de que me vieras en mi estado felino. ¿Verdad que me quedaban bien esos bigotes y esa tupida melena de refinada peluquería? Todo un ejercicio de compromiso, te lo prometo.

>>No me cabe la menor duda. Bueno, ya estás aquí de nuevo Kainer, no recuerdas nada, ¿verdad?

Pasaron unos segundos de confusión, duda y cuestionamiento para Kainer. Fútiles y sin resultado. Un campo borroso de innumerables patas se demarcaba en su interior, incidiendo vaporoso en su sistema nervioso, pero sin posibilitar la porosidad de la reflexión de su neocórtex.

Hebras de información débil querían juntarse para darle apoyo, pero se deshacían al llegar a la aparente consistencia necesaria para ello.

Algunos operarios se le quedaron mirando, con los útiles rígidos en sus manos, como estatuas de cera. Siguieron su labor cuando Kainer se decidió a responder.

-Me gustaría, pero de momento sólo crece una clase de responsabilidad esquiva en mí. He salido de la anterior realidad con la fuerte sensación de pertenecer a todo esto de manera fundamental, pero también con la clara noción de que nadie sabe verdaderamente por qué o, en vuestro caso, me lo va a decir. Entiendo, por tu...

-Mejor. Puede que entiendas a esos otros, pero no a Neyra o a mí. Desde luego sé lo que viviste la anterior vez aquí, pero seguimos tus consejos, Kainer. No, nosotros no buscamos ocultarte nada, sólo queremos que no se te fría el cerebro y para eso tendrás que esperar para tener una

imagen más amplia.

-Entró en contacto con la manifestación de la fuente. Estuvo conectado al manzano a través de Ezila. Lo ha conseguido Radu. No hay peligro.

- ¿Qué ¿Alguien me puede explicar de una vez que narices está pasando?
-inquirió Kainer, alzándose de brazos-. Y por favor, sé que os es casi imposible, pero queréis dejar de dialogar sobre cosas que me conciernen con esa ligereza. Estoy aquí.

-Discúlpanos Kainer. Es algo demasiado delicado como para no atajarlo rápidamente -terció Radu con tono deferente-. Si es cierto que has dado con la fuente, no tardarás en saber todo lo que sabemos. Todo lo que sabías. También lo concierne a Ezila. Pero debería acordarse de todo ya Neyra, ¿no es así?

-Desconozco por qué no, pero ya no hay riesgo en contarle lo que vivió antes. Esta era una posibilidad que barajamos. Los datos del cubo muestran el mismo estado en su mapa mental que cuando dejó El Sistema; podemos estar prácticamente seguros de que no se verá afectada su plasticidad cerebral, ni la... integridad de nadie. Podemos decir que es la misma persona que antes de salir de aquí, aún con los recuerdos de Vrideland. Aunque no debemos darle toda la información de golpe.

Kainer se revolvió receloso y estudió por unos momentos la salida de un velero estelado que rompía la barrera del sonido y salía como una vela azul por el estiramiento de su escudo.

-Justo a tiempo -dijo Radu, que giró rápidamente el cuello para mirar a la nave sin afectar en nada la postura del resto de su cuerpo-. Hay un agente -continuó-. Es como una incómoda luciérnaga que se alimenta de tu lucidez. Creemos que viene de Vrideland, como lo llamamos aquí; esa realidad de cabezas obtusas y ceremonias caldeadas de dónde vienes.

-Es Verwoist... Es aquel del que hablaba tanto Oirt -terció Kainer-.

No mires hacia adentro por el momento, se dijo. Se sorprendió logrando bloquear esta noción sobre este que volvía tras haberla dejado hibernando cuando entró en su consciencia estando conectado al manzano. Según Oirt estaba muerto, pero el manzano le confesó lo contrario. Aquel cráneo que pisó no debía ser el suyo. No les contó aquella parte; no se fiaba de ellos-.

-Verwoist. ¿Qué te hace pensar que es él?

-Oirt me contó cosas. Insinuó que Verwoist seguía vivo -Siento que necesito ocultarles esta verdad por el momento, pensó. La información

sobre esta persona es demasiado sensible para cederla sin más.

-Bien, ya sabemos algo nuevo; ahora hay que rastrear esa certeza hasta su origen. ¿Y ese tal Oirt, quién es? -inquirió Radu-.

-Un adlátere del profeta de la llama de la zona en que me encontraba de Vrideland -repuso Kainer con rabia y escrúpulo-. Ahora parece haber... evolucionado. Ezila le conectó al manzano y sentí su mente transformándose.

-Forma parte del entramado, Radu -intervino Neyra-.

-Tenía una estrecha relación con Verwoist; más si cabe que el profeta -terció Kainer. ¿Por qué no me contaste estas cosas estando en Vrideland? -inquirió, arrastrando aún la irritación que le nació al hablar de Oirt-.

-Pensamos que podría afectarte. No podía entrometerme en tu camino, Kainer -terció Neyra-. Habías de enfrentarte tú solo a tales cuestionamientos. Es complicado.

El semblante de Neyra se tornó inseguro y en apariencia sincero, pero Kainer notaba algo oculto en sus intenciones. Siempre había en ella un factor burlesco y dionisiaco.

-Como antes te he comentado, cuando saliste de esta realidad, lo negaste -continuó-. Temo por ti, pero aquí vives una especie de tragedia que no conseguimos entender tampoco nosotros, menos aún controlar. Al respecto de ti estamos atados de pies y manos. Sólo podemos intentar guiarte.

El hangar se quedó vacío de cierto cometido cuando el último velero espacial salió despedido. Sin embargo, parecía haber ido recogiendo una densidad psicológica a medida que estos iban saliendo; quedando ahora preñado de pensamientos en el aire.

Se podía observar con mayor claridad la amplitud del lugar.

- ¿Qué sentido tiene intentar guiarme si soy una <<fuerza>> de tal magnitud? -repuso Kainer, encogiendo los hombros y con un tono de recelo y cierta inquina-.

-Nosotros llevamos más tiempo aquí, pero tú representas algo mucho más importante en el devenir de estas realidades. Por eso, nuestra tarea tiene todo el sentido que, en último término, tú quieras darle.

Radu observaba la conversación con distraídamente, pero sin perder el

interés y menos aún la consideración.

-No quiero llevarte a engaño, te necesitamos. Estas realidades se desmoronan y con ello todo lo que pertenece a ellas. Implosionan, bajo la locura de un grupo de megalómanos. Entre ellos, el Iracundo en Vrideland.

- ¿De dónde surgen estas realidades? -preguntó Kainer.

-Bueno... en cierta forma -Neyra se quedó mirando a Radu, que asintió- nacieron de ti -un remedo de timidez se volcó como una ola en las facciones de Neyra-. Por eso hemos de tener cuidado con lo que te ocurra por dentro. Podrías poner en riesgo la integridad de estas.

- ¿Qué? -inquirió acusadamente y tras unos segundos.

A pesar de las dudas que Kainer quiso imprimir en su pregunta, sintió reverberar ese conocimiento en cada una de las estructuras de su identidad.

De pronto, ese hangar, y las personas que Kainer tenía delante, parecían una misma cosa. Un mismo flujo energético con sutiles cambios vibratorios.

Las luces de tonos nacarados de los diversos sistemas, pitando al cabo, cuando sus sensores identificaban algo que sus logaritmos habían programado como relevante. La puerta espacial a una nada negruzca, otrora no notada y ahora implorante por mostrar su visión única y macroscópica de su cosmos. Las puertas abiertas y selladas hacia pasillos donde el trasiego de una actividad generaba huellas térmicas, colectivas y con objetivo... Todo parecía de pronto fuertemente encapsulado.

Encapsulado por él mismo, pero extraño, como las entrañas del inconsciente. Él se encontraba fuera de esa cápsula, unido por un cordón umbilical; un intercambio de fluidos ya viciados iba y venía.

La cápsula, en parte desconchada y resquebrajada, era arañada por manos pródigas, surgidas del sinsentido, buscando mezclas de mundos prohibidos.

Le invadió una sensación de fatalismo.

-Si, Kainer. Eres en parte nuestro demiurgo. Sólo, que, en tu caso, olvidaste tu obra en un rincón de tu inconsciente. Por eso tenemos que andar con cuidado con los resortes que activamos en tu psique.

-Es imposible. Yo... -se le atascaron las palabras-.

Radu se alejó un momento, como dejando cierta intimidad esencialmente necesaria, y se dispuso a acarrear con un transpaleta magnético los suministros en que se había sentado. Donde correspondían en función de su color, a la derecha de donde se encontraban.

-Pero las cosas con cierta carga de complejidad necesitan servirse de sustento constante -continuó Neyra, con cierto reproche.

A lo lejos, arriba, Kainer pudo ver una figura de proporciones alargadas. Llevaba una gabardina roja, viva como la sangre, que parecía tener vida propia. Su pelo castaño, largo y ondulado, le aferraba los hombros como una medusa a medida que daba órdenes a un contingente de la tripulación.

Se quedó mirando a Kainer al acabar, apoyando sus codos en una balaustrada metálica.

-Has sido negligente -prosiguió Neyra-, probablemente porque hiciste que surgieran estas realidades sin darte cuenta, por lo que encontraron un medio para crecer y ahora curvan el espacio de realidades pertenecientes a tu universo.

Kainer no daba crédito. Un intenso mareo se entremezclaba con una carga de náuseas en la boca de su estómago.

-Nos lanzaste a la materialidad. Pero toda esta carga simbólica y onírica que representamos queda huérfana de arraigo en este sitio. Las fuerzas que rigen estas realidades te repelen ahora. Como la semilla que busca solaz lejos del progenitor que le abandonó. Eres de alguna manera la pieza más débil aquí; aunque esencial para revertir todo esto.

-Yo nunca quise... ¿Cómo he sido capaz de crear todo esto?

-Quizás debamos rendir cuentas a tu Big Bang y no seas más que un efecto supeditado a una causa, al igual que nosotros. El caso es que tienes que ayudarnos; tienes que ayudarte.

Pasó un largo minuto de silencio en el que Kainer se fue hundiendo cada vez más en sí mismo. Sus ojos inertes miraban al suelo. Con la respiración acelerada por la adrenalina. Temblando.

-Dejémoslo por ahora, Neyra -terció Radu. Se acercó a Kainer e intentó ponerle la mano en el hombro para tranquilizarle, encontrando un mohín de displicencia-.

-Kainer, por favor... sé que es algo muy duro de procesar -dijo Neyra-. Pero te necesitamos. Creo que lo mejor ahora es que descanses. Mañana habrá tiempo de sobra para aclarar las cosas.

-De acuerdo -dijo Kainer, ausente.

3

Neyra le condujo a su camarote personal, donde le habían preparado un curioso lugar donde dormir y mantener aislados sus sueños y pulsiones inconscientes de las mallas mentales que le conectaban a Verwoist.

Era una bola globular de plasma azulado compuesta esencialmente de spectrum, le explicó Neyra. Sustancia, propia de esta realidad, que podía realizar reconfiguraciones a nivel atómico. <<Al menos, en El Sistema, tenemos la suerte de contar con esta sustancia; no he conseguido transportarla a Vrideland para servirnos de ella. Está fuertemente arraigada a este lugar; se niega a salir>>, le había dicho después de mostrarle el habitáculo.

Al parecer, era la sustancia que Neyra había utilizado para dotarse de poder arquetípico e influenciar a Kainer para entrar en Vrideland.

Permaneciendo dentro, siempre teóricamente, podría esquivar las invasiones a su alma en una fase tan relevante de la identidad como es el sueño.

Kainer no entendía la razón del alcance del entendimiento de estas cosas por parte de Neyra y los demás. Asimismo, no le terminaba de cuadrar el cambio de actitud de Neyra.

Sentía que no se pertenecía a sí mismo. Como si estas realidades y los individuos que las habitaban hubiesen evolucionado para cuestionarle.

Al acercarse a la bola, tras haberse acicalado y duchado en el baño improvisado en uno de los laterales del habitáculo, así como después de haberse puesto un sedoso pijama que encontró doblado en una carpeta en la pared, sintió perder paulatinamente los sentidos, hasta que se quedó profundamente dormido dentro de ella.

4

Despertó la mente antes que el cuerpo.

Se veía desde fuera. Su figura, alzada en el aire dentro del plasma azul, encogida como la de un nonato dentro de un útero, se difuminaba por las

ondulaciones del espectrum.

Entonces, abrió los ojos, y se vio, simultáneamente ahora, desde fuera y desde dentro. Una sensación de vértigo le recorrió todo el cuerpo, hasta que, finalmente, su consciencia convergió de nuevo dentro de su cuerpo. ¿Quién soy?: una duda le atravesó de forma fugaz y punzante.

El plasma parecía conocer sus intenciones, ya que, cuando se decidió a salir, este le bajó hasta el suelo y le facilitó la salida.

Sintió el cambio auditivo de contraste, así como cierta resistencia al atravesar el globo, pero cuando consiguió salir por completo, se sorprendió al ver que no tenía adherida partícula alguna de la sustancia azulada.

Al pensar en su aspecto, algo actuó bajo el material de la pared, que generó de pronto un espejo. Quizá toda esta habitación está compuesta de espectrum, pensó.

Algo había cambiado dentro de él. Sutil: casi una pequeña piedra lanzada al centro de un estanque. Un ajuste en apariencia superficial.

Se cambió y salió del camarote en dirección al de Neyra, que recordaba de la noche anterior cuando esta se lo había mostrado; aunque era fácil de localizar. El alargado holograma de un gato le sonrió al acercarse a la puerta y le lanzó un beso.

Justo antes de que pusiera sus nudillos para llamar a la puerta, esta se abrió.

Neyra estaba ahí plantada, mirándole con una fijeza inusitada incluso para ella. Cubierta por una toalla negra agarrada por la espalda y con las palmas de las manos enfrentándose haciendo un juego con las yemas de los dedos.

-No te esperaba tan temprano -susurró sugerente y sin ápice de vergüenza-, me pillas poco preparada.

-Neyra, no estoy de humor para tus jueguitos. ¿Qué hemos venido a hacer aquí?

-Bueno... pues nada complicado, más allá de tener que poner en jaque una parte de tu mente. Este Sababi, se está tragando literalmente a la población del sistema de planetas que comprende esta realidad y cambiándola a su antojo.

Kainer bajó los ojos con culpa.

-Sí, Kainer. Es él, es tu hombre de las grandes ideas; el visitante de tus sueños de niño. Él fue el primero en nacer, antes que El Iracundo y su realidad. Pero no deberías ser tan duro contigo mismo. Eso sería... egoísta por tu parte, necesitamos que nos ayudes y te mantengas estable emocionalmente.

-Lo comprendo... Lo que no entiendo Neyra es porqué, ¿por qué fui a Vrideland si acabar con este Sababi es ahora lo principal? ¿Por qué si...?

Una memoria que no era suya llegó de pronto a Kainer: una chica traspasando un umbral entre realidades; la ilusión y el desconcierto le atoraron la garganta: Ezila.

De pronto, un alud de entendimiento le abrió los ojos.

-Porque Ezila... porque Ezila proviene de esta realidad -siguió Kainer, temblando-. y para ayudarla tengo que entender la razón de ser del primer motor de todo. De Sababi, del spectrum.

-Eso es. Parece que el spectrum está potenciando tus conexiones neurales. Sí, sentiste su llamada y supimos de los riesgos, pero pensamos que lo mejor era ir a aquella realidad y estudiar ese poder -dijo Neyra, pensativa-. Por eso diste a parar con ella en aquel establo nada más llegar a Vrideland. Todo aquello tenía que pasar así. Ella tenía que encontrarte aquel mismo día. En su momento de mayor fertilidad. Acudiste a su llamada, te plegaste a su desquiciado espíritu.

Hubo un incómodo silencio que Kainer cortó con celeridad:

-Noté una llamada, sí, y su fuerte deseo -continuó Kainer abstraído, sin atender a la provocación de Neyra-. No sabía por qué la recibía, sólo que tenía que llegar a esa realidad de alguna forma y apaciguar la situación; encontrar esa... fuente, tan conectada a ella. Después, volver aquí, a la realidad que surgió antes, para terminar de resolver la situación con Sababi. Creía que era esencial, pero no estoy seguro de haber hecho lo correcto.

Neyra giró un momento el cuello para ver un mensaje que surgía de su muñeca a través de una pantalla holográfica. Dibujo un contorno rápido con el índice y volvió la mirada a Kainer como si nada.

Tenía los brazos en tensión y estaba nerviosa, aunque hacía lo posible por ocultarlo. Kainer intentó mirar receloso el mensaje.

-Antes de salir de esta realidad, del Sistema de Sababi -terció Neyra-, pensamos que tendrías que volver a la realidad principal, tu realidad, para

poder entrar a Vrideland ya que no encontramos otra forma. Estas realidades no sólo emanan de ti, sino de tu mundo. Pediste mi ayuda para que, una vez ahí, te transportara desde este a Vrideland. Yo soy la que hace posible los viajes. Lo supe la primera vez que entramos juntos en estos mundos.

- ¿Nos conocemos de antes? No consigo recordar nada de eso -dijo Kainer.

-Sí... Aunque eso ahora mismo no es relevante.

- 'No es relevante'... ¡Para mí sí lo es!

- Kainer... Tenemos una conexión demasiado fuerte. Por favor, deja que esa información te llegue de a poco -De pronto, su semblante cambió: - Te llevé a Vrideland sin complicaciones -sentenció, algo a la defensiva.

-Desde luego, pero no sabíamos que yo perdería la memoria de lo vivido en el Sistema de Sababi y lo negaría todo. ¿Cómo lo supiste?

-Ehmm, no...

- ¿Cómo llegaste a la conclusión de que, la única forma de llamar la atención de mi inconsciente y llegar a Vrideland sin que me contaras todo lo que había vivido, para no provocarme un shock que trastocara la integridad de las realidades, era dotarte de poder primordial? ¡Responde!
- Kainer lanzó por los aires un vaso que había en la mesa de la estancia, haciendo un ligero corte en la muñeca de Neyra. Los cristales se desperdigaron por toda la estancia como un disparo de escopeta. Neyra, permaneció callada y ahogó un grito-.

>>Sabías que convertirte en un símbolo que incitase el misterio de las realidades creadas por mí sería efectivo: la forma de gata, el sexo... Y me llevaría a Vrideland. ¡¿Cómo?!

Neyra se limpió el corte desmayadamente y se tocó una mejilla con el dorso de la mano; seguidamente, se quedó mirando un punto en el techo. Estaba un poco ida.

-Hay algo en mí Kainer -dijo con solemnidad y temor palpables-. Una conexión contigo. Más grande que la que tienes con la mayoría de los habitantes de estas realidades. Quizás tan grande como la que tienes con las entidades: con El Iracundo y Sababi, puede que incluso como la que tienes con Verwoist o Ezila. -

Eso no explica que sepas más cosas que yo Neyra -dijo Kainer sin apenas empatía-. Y no me vengas con eso de que al haber creado estas realidades sin ninguna intención y haberlas dejado de lado no tengo

apenas poder y conocimiento consciente sobre ellas.

-Sólo sé que estuve al principio de todo... Que este tatuaje que me recorre el cuerpo es un estigma. Así como que hay un elemento externo a ti, en tu realidad, a través del cual me diste la vida y soy la llave de tus transiciones; de tu paso entre una realidad y otra. Hay veces que simplemente sé cómo lograr que ocurran. Soy la única que puede viajar entre ellas como tú y Ezila -aunque tú sólo puedes si previamente te llevo a tu realidad-. Creo que soy la que posibilita que los tres viajemos... cuatro, si cuentas la presencia constante de Verwoist.

Paró un momento el diálogo para acariciarse el tatuaje que le recorría la muñeca y le llegaba hasta el cuello.

-No para de quemar... -dijo, e intentó taparse lo que pudo del tatuaje cruzando los brazos.

Kainer fue saliendo poco a poco de su rabia y se fijó por primera vez en el corte que le había hecho a Neyra en mitad de la discusión al lanzar el vaso por los aires.

-Vale, Neyra -dijo Kainer, bajando claramente el tono de voz y modulando sus palabras-. Descubramos entonces juntos por qué ocurrió todo esto y qué es eso que hice.

Tras la conversación, Neyra entró en una de las habitaciones de su compartimentado camarote para cambiarse, mientras, Kainer se quedó esperando sentado en un sofá que contaba con reposa brazos y piernas a suspensión, que se ajustaban automáticamente en función de la posición más óptima del cuerpo.

Neyra y Kainer se dirigieron a la sala de operaciones para conocer la situación y al capitán de la nave. La estancia, en forma circular, era rodeada de manera casi diáfana por una cristalera. Se reunieron con Radu en el centro de la misma y observaron al unísono cómo se aproximaba Ghadaer, con sus andares amplios y las puntas de su gabardina realizando peculiares movimientos.

-Bienvenido abordo Kainer. Yo soy Ghadaer, aunque creo que mi nombre me precede en la boca de Radu. Un placer -Realizó una curiosa reverencia que Kainer no terminó de concretar. Un mechón de su largo pelo volvía cual muelle a su posición natural al terminar el gesto, dejando ver en su hombro un escudo con un ave rapaz en el centro-.

Kainer movió la cabeza en señal de saludo. El presciente... No me gusta

que hurguen en mi futuro. Si lo ha hecho, sabrá que es así, pensó Kainer.

Así que este es él... pensó Ghadaer. Todos los meandros relevantes del río se curvan en él, sin duda. Le recuerdo de siempre. El creador ausente...

Siempre he recordado el futuro con él como pivote. Pero viéndolo ahora aquí, con esa aura de impotencia, deja cierto poso de ridiculez en mi trabajo... Más que un creador pareciera un meteorito sin la más mínima noción de la chispa de vida que salió de su interior.

Se dieron finalmente conversaciones sobre temas relacionados con las acciones que la tripulación aparente estaba llevando a cabo y sus motivos:

- ¿Qué objetivo tiene todo este despliegue? -inquirió Kainer-. Da la impresión de que formarais parte de un ejército.

-Y así es -terció Ghadaer, sin tener que adelantarse a Neyra o Radu: como haciendo efectiva una autoridad-. Toda esta gente conforma una red que se extiende en una, digamos, coalición. Aunque no es así por un reconocimiento oficial. Actuamos de manera clandestina.

- ¿Y qué se supone que hacéis? -preguntó Kainer.

-Somos una contrafuerza, y tú, espero, eres nuestra arma nuclear -respondió Ghadaer, haciendo un gesto expansivo con la mano.

-Pasaré por alto tu condescendencia -replicó Kainer-, ¿una contrafuerza a qué?

Neyra y Radu se mantenían cerca, pero claramente al margen.

-Hacia lo que creemos es una de las personificaciones de tu fracaso... Hacia Sababi, nuestra caprichosa deidad. Verás, su optimismo es de una necedad sin igual. Es como un agujero negro que transforma la realidad a su antojo sin atender a las consecuencias. Siempre con su amplia sonrisa sin rostro.

Continuaron hablando algún tiempo más sobre ese poderoso individuo del que había hablado con Neyra: El hombre de las grandes ideas. La luciérnaga humanoide que le visitaba en sueños. Ese tótem misterioso que le animaba a vivir en sus mundos de fantasía. Del que estuvo hablando con su psicóloga Alyson en aquellos tiempos de ruptura de la estabilidad emocional en su vida, pasado un tiempo de la muerte de su hermano John.

Ghadaer y Radu comenzaron a manipular un gráfico sobre la mesa redonda central. Un pequeño cinturón de asteroides en forma de espiral

cubría el plano superior del gráfico, y debajo del cinturón, se encontraba una baliza blanca de tres discos.

-Hemos estado registrando los movimientos cerca de este cinturón de asteroides por más de tres semanas -terció Ghadaer, sin levantar la vista del gráfico-. En el centro del mismo es donde un contingente de Sababi estuvo realizando algún tipo de extracción la última semana en que estuviste aquí, ¿te acuerdas? Nos ha comentado Neyra que te han llegado olores del pasado tras tu sueño de spectrum.

Kainer dirigió una severa mirada Neyra, después, a Ghadaer.

-Tienes que entenderme Kainer, nos jugamos mucho -dijo Neyra, que iba vestida con un elegante traje rojo encordado-. Es esencial que Ghadaer intuya las posibles vías de desarrollo del futuro y para eso necesita toda información relevante.

Kainer dio un resoplido de indignación y se encogió de hombros.

-Sí, de algo me acuerdo... -replicó Kainer con reticencia-. He visto el momento en el cual Ezila saltó de esta realidad a Vrideland. Podía notar su desasosiego y su ansiedad: parecía buscar algo al otro lado. Estaba impelida por una fuerte sensación de pérdida. Pero no veo cómo puede ayudar eso para entender a Sababi.

-Todo lo que ha nacido en esta realidad ha sido creado a conciencia por Sababi -terció Ghadaer-. Algo en lo que tú y él no coincidís.

